

Diego Dublé Urrutia

Fontana Cándida

POEMAS

(1895-1952)



N a s c i m e n t o

Diego Dublé Urrutia

Miembro electo de la Academia Chilena de la Lengua

Fontana Cándida

POEMAS

(1895-1952)

PROLOGO DE

Francisco García Krautz

Editorial Nascimento
Santiago 1953 Chile

Es propiedad

Inscripción N.º 15.358

N.º 2638

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1953

A L E R O

¿A quién, Mercedes, sino a ti, lucero
de este mi dulce atardecer, pudiera
pedir, para mi añosa primavera
de lágrima y canción, benigno alero? . .

¡Si todo es tuyo en mi ensoñar primero
y en mi queja viril, si estás entera
en las tribulaciones de mi espera,
y en mis ansias de nauta y de romero!

Tú, la paz. . . tú, la luz. . . tú, la fontana. . .
tú, la celeste atlántida, y la humana. . .
tú, el encantado lago de Paulina. . .

¡Gracias, mujer!. . . Desde su nicho escaso,
mi madre, toda amor, te cede el paso.
¡Caminemos!. . . La noche se avecina.

A MI MADRE*

Tú has hecho un incensario de este vaso de arcilla,
tú has prendido la llama que en mi cerebro brilla,
es tuyo el sacro incienso que la llama consume,
¿qué tributo más justo? Sea tuyo el perfume.

(*) Dedicatoria del libro «Veinte años».

DIEGO DUBLE URRUTIA Y SU OBRA LIRICA

En noviembre de 1925 escribía a un librero de Santiago, la Casa Garnier de París, dueña de la tercera edición de las poesías de Dublé aparecida en aquella ciudad, en 1905, que esa copiosa edición, difundida en todos los países de lengua castellana, se había agotado "desde hacía mucho tiempo". Naturalmente en Chile había desaparecido mucho antes. De modo que este poeta, para la generalidad del mundo lector, desde hace a lo menos treinta años pertenece al mundo de los poetas que fueron; sin que obste a ello el constante recuerdo que de sus poemas hacen los textos de enseñanza, las radiodifusoras, las antologías y hasta las frecuentes visitas que en su apacible retiro regalan al autor, parejas de estudiantes encargados por sus maestros de tareas biográficas o interrogaciones históricas...

Y hasta creemos que para muchos, y a pesar de todo, este autor de tanto renombre en otro tiempo, ha sido un poeta de circunstancias o de una escuela ya pasada de moda... Pero a la vez se nos ocurre que al que menos aflige este inmerecido olvido es al propio poeta, que, a lo mejor, estima sus poesías como estimaba las suyas el más clásico de los poetas de la lengua, cuando decía de ellas: "... en mis mocedades y casi en mi

niñez, cayeron de entre mis manos estas obrecillas...” Y esas obrecillas son el orgullo del idioma castellano.

De ahí que la presente edición se deba a la feliz iniciativa y a la insistencia, si no a la porfía, de la Editorial Nascimento... Como asimismo este prólogo se escribe para satisfacer el reiterado deseo del editor, lo que para nosotros es muy honroso, porque le reconocemos su experiencia y calificado criterio en estas materias.

Cuando, en julio de 1898, apareció en Santiago la primera colección de versos de Dublé, titulada “Veinte Años”, se publicaron decenas de artículos encomiásticos en la prensa del país y del extranjero, muchos de los cuales hemos tenido a la vista. Y desde luego, imposible no citar algo siquiera del extenso artículo que le dedicó otro notable joven de aquella época, diez años mayor que él, cuya memoria nos es tan grata y respetable a todos los chilenos: Carlos Silva Vildósola. Era este personaje, conterráneo del poeta y pariente suyo. Unidos por lazos de sangre, lo estaban también por el común cariño a las fecundas y gloriosas tierras de Angol, ciudad en que nació Dublé y muy cerca de allí, en el pintoresco fortín de Chihuaihue, sobre el Malleco, Silva Vildósola. Y ambos hijos de militares, que tanto renombre habían alcanzado en esa ilustre región, en el desempeño de las delicadas misiones que allí los tenían destacados. De ahí el cariño y la elocuencia con que el crítico y periodista se expresa de las tierras que Dublé, el primero en nuestra moderna historia literaria, describe y canta:

“Habrán de convenir todos los que recorran las páginas del libro —decía Silva Vildósola—, en dos puntos, que son un título bastante para dar a este joven el título de poeta: es, el primero, que siente cosas tan bellas, y las dice en tan galana y ade-

cuada forma, que no es posible leerle sin honda emoción; y es, el segundo, que todo lo que siente, piensa y dice es suyo, fruto genuino y sincero de su alma, que no halló en libros ni copió de nadie, sino de la naturaleza y del propio espíritu, fuentes eternas del arte. Grandes o pequeñas, con mucho valor o escaso mérito, las poesías de Dublé Urrutia son originales, no van por la trillada senda que siguen, sin ánimos para hallar su propio camino, todos nuestros jóvenes: tienen, en suma, el sello personal de un espíritu independiente y fuerte.

"Dublé Urrutia nació de una raza de guerreros en la vieja tierra araucana, en alguna de las improvisadas aldeas que los soldados alzaban en aquellos días, en los breves intervalos de la guerra inacabable, y que hoy son prósperas ciudades, emporios de actividad agrícola y comercial. El paisaje solemne y triste de la campaña araucana, limitado al oriente por los volcanes de los Andes, cerrado al poniente por la boscosa y parda cordillera de Nahuelbuta; el cuadro patriarcal de aquellas poblaciones en que se agrupaban las familias de los militares a la sombra de un cuartel; los marciales ecos de las cornetas que repetían dolorosamente como una queja angustiada, los montes y cañadas; el cuadro, en fin, de la raza muriente, la grande, la invencible nación que cantó Ercilla, brutalmente aniquilada por los vicios que se le ofrecían en nombre de la civilización: todo eso dejó en el alma de Diego Dublé una huella profunda, y todas esas memorias de cosas muertas resucitan hoy, en sus poesías, en cantos empapados por las nieblas del recuerdo y en las nostalgias de lo que fué.

"Nadie ha descrito jamás los campos chilenos con más delicada penetración de su íntima poesía, de su pobre belleza, triste, desnuda de toda majestad, de su humilde encanto y del amor

fuerte y heroico con que esta tierra, fecundada con tanta sangre, retiene a sus hijos adheridos a su suelo, a sus montañas y a sus costas.

"No hay, no; estamos de ello bien seguros; no hay en cuanto se ha escrito en Chile un trozo de poesía descriptiva semejante a la admirable composición que Dublé Urrutia titula "La Tierra", ni a algunas estrofas de "El Recuerdo", ni a la admirable segunda parte de "El Preludio".

"Eso es haber visto con ojos de artista el suelo natal...

"Eso es conservar la realidad viva del paisaje, la exactitud de la emoción que produjo, y hacerlas sufrir, conservándolas, esa idealización que da un sello para distinguir la obra de arte de la copia servil y mecánica.

"¡Ah! ¡Yo las conozco también esas tierras viejas!...

"También allí, en los días de la indiada, de los malones, de los parlamentos; bajo el techo improvisado de un fortín, sacudido por el furioso viento austral; entre sonos de clarines y gritos de los centinelas; acariciada por las manos rugosas y pardas de las tristes mujeres araucanas sometidas a la servidumbre; allí pasé mi infancia... mi infancia, una nube rosada del alba de mi vida, que ha cruzado de nuevo ante mis ojos en las melancólicas descripciones de Diego Dublé". ("El Chileno", Santiago, junio 21 de 1898).

Hemos leído bastante la prensa de ese tiempo y no se crea que el artículo que citamos, tan efusivo pero tan razonable, como que sus juicios acerca del poeta en manera alguna son desproporcionados, no se crea que es el más laudatorio. Y es de sorprenderse cómo un muchacho de veinte años no perdió la cabeza con tanto elogio y tanto aplauso. Adviértase que en 1898, por lo mismo que había menos espectáculos y menos distracciones,

la gloria literaria era más admirada, y la prensa podía dedicar páginas enteras a artículos como el citado. Otro escritor, Pedro O. Sánchez, literato y educador, uno de los primeros que en su estilo reflejó con gracia y elegancia la revolución literaria iniciada en Chile por Rubén Darío, amigo suyo, terminaba su crítica recogida más tarde en su libro "Notas y Perfiles" (Valparaíso, 1900), diciendo sencillamente del joven poeta: "Esta frente llameante va camino de la inmortalidad..."

Y tan elogiosos como éstos podríamos citar decenas de artículos de crítica, muchos de ellos de escritores de gran prestigio, para hacer ver el entusiasta revuelo que levantó el aparecimiento del primer libro de Dublé; pero nos parece más oportuno abreviar palabras y entrar luego a hablar del presente volumen, y del orden y forma en que se reproducen en él aquellos versos y los posteriormente publicados por su autor.

* * *

"Veinte Años" contenía las tres colecciones escritas por Dublé, entre los años de 1895 y 1898 y que llevan los títulos de "Pensamientos de la Tarde", "Reminiscencias" y "Melancolía". La primera de estas series, había sido premiada con una mención honrosa en el Certámen Varela de 1895, por un jurado compuesto por Guillermo Matta, Pedro Antonio González y Antonio Subercaseaux Pérez. "Alter Ego (el pseudónimo con que Dublé había presentado sus versos al concurso), decían esos señores, a juicio de la unanimidad de la Comisión, contiene composiciones bastante bellas. Pertenecen en su totalidad a la poesía "nordeana". Son a veces dulcemente melancólicas y a veces amargamente escépticas. A juicio de la mayoría (Matta y Gon-

zález) ellas habrían podido brillar notablemente si el autor hubiere consagrado más tiempo y más estudio a sus temas". Subercaseaux en un extenso voto separado, dice: "... A poco que avance el lector en esta colección viene a encontrarse con una verdadera joya titulada "La campana de las Capuchinas"... "Cuando las ráfagas silban..." "Yo iba solo, como siempre"... "La madre y la niña"... La belleza de éstas y otras poesías es fácilmente palpable. Salen de lo más hondo del alma del poeta y a lo más hondo llegan al alma del lector. Su forma sencilla agrada porque muestran que el autor, sin grandes esfuerzos y por manera muy espontánea, se deja llevar de su inspiración... La influencia de la poesía alemana sobre el poeta salta a los ojos. Es Heine, a lo que parece, su autor predilecto. La colección revela, si no me engaño, que el autor ha sido muy bien dotado por la naturaleza, y que si pusiese en sus trabajos mayor empeño, si abandonase ciertas humoradas de dudoso gusto podría llegar a ser un escritor distinguido..." Hasta aquí ese Certamen y ese Jurado, que introdujeron a la publicidad al nuevo poeta. Hay que pensar que éste sólo tenía entonces dieciocho años, y que esos versos habían sido escritos uno o dos años antes. Parece que puso oído a los consejos de aquellos personajes. (D. Guillermo Matta era ya un venerable anciano y Pedro Antonio González llenaba con su fama el ámbito entero del país. D. Antonio Subercaseaux, gran promesa para las letras, murió pocos años después).

La segunda colección de "Veinte Años", titulada "Reminiscencias", con la que se iniciaba aquel volumen, y que por haber sido escrita con posterioridad a "Pensamientos de la Tarde" (1897-1898) damos en el presente volumen en segundo término, constaba de ocho poemas de ese novísimo tipo criollista o na-

cionalista, tan celebrado por Silva Vildósola y la generalidad de la crítica, y que era en realidad la mayor novedad que traía Dublé a nuestra poesía. Finalmente "Melancolía", la tercera entre las colecciones citadas, comprendía quince composiciones, las más de ellas escritas en ese verso libre o blanco, no usado hasta entonces por nuestros poetas, y que tan altos elogios habían de merecerle años más tarde, como lo veremos más adelante, al eminente crítico colombiano Gómez Restrepo, para quien ese grupo de poesías y algunas de los últimos años es lo que a su juicio más vale de toda la obra lírica de Dublé.

Cinco años después de la aparición de "Veinte Años" nos dió su autor a "Del Mar a la Montaña" (Santiago, Imprenta Barcelona, de Barros y Balcels, 1903), en lujosísima edición de mil ejemplares, que por iniciativa de Samuel A. Lillo fué costeada por suscripciones del profesorado universitario y secundario e ilustrada por pintores y dibujantes tan eminentes como Pedro Lira, J. F. González, Jarpa, Richon Brunet, Backhaus, Pulgar, etc., obra que reproducida en 1905, junto con "Veinte Años", por la Casa Garnier Frères, de París, en copiosa edición, llevó el conocimiento de nuestro poeta a toda América, a España y a los lectores y traductores hispanófilos de varios países de Europa y Estados Unidos.

Cuatro series de poemas, suficientes como las tres de "Veinte Años" para constituir cada una de ellas una obra lírica separada, formaban la obra titulada "Del Mar a la Montaña", cuyo éxito superó, si cabe, al de su hermana de 1898. Se reproduce aquí con algunos cambios, supresiones, adendas o modificaciones que el autor ha querido introducirles, en el orden siguiente: "Hojas de Album", "La Voz de la Raza", "La Procesión de San Pedro y Bendición del Mar en Talcahuano" y "Poemas". Y se

completa la obra con dos secciones de poesías no aparecidas hasta hoy en volumen, sólo conocidas algunas por la prensa diaria o las revistas, publicadas otras en el extranjero o absolutamente inéditas las menos. Son las que terminan este libro con los títulos de "Tramonto Romano" y "Peregrinando". En esta última aparece "Fontana Cándida", escrita en Roma, en 1915, ya popular en nuestros más finos ambientes poéticos, y que da el nombre a los cuatro mil y tantos versos, los más de ellos desconocidos por las nuevas generaciones, que forman el presente volumen.

* * *

Se escriben estas líneas en el año de gracia de 1952. Casi sesenta años han pasado sobre aquellos "Pensamientos de la Tarde" del último Certamen Varela; cincuenta y cuatro años exactamente, sobre la aparición de "Veinte Años" y casi medio siglo sobre "Del Mar a la Montaña" y la reimpresión de ambas obras por Garnier Frères, de París. Posteriormente sólo hemos conocido, de lustro en lustro, y no impresas en volumen, poco más de una docena de obras líricas de Dublé Urrutia, escritas entre los afanes absorbentes de su vida diplomática y las crisis de su vida interior. Sabemos que guarda para mejores días otro volumen de poemas en prosa; pero estas obras, que él estima mucho, no pueden ser consideradas en este prólogo. Más aún, a las observaciones de más arriba hay que agregar que hace, a lo menos, veintisiete años, como lo observamos al iniciar este artículo, que no existe en nuestro mercado de libros uno solo de aquellos volúmenes, parte porque los editores y los secretos del tiempo y del cambio de gustos así parece haberlo querido, cuanto particularmente, y acaso esta causa no es la menos im-

portante, porque el propio autor, dominado por otros órdenes de deberes o preocupaciones, entre las cuales no han sido ciertamente las menores las de carácter religioso, se ha desinteresado totalmente de su producción poética, de su antigua fama, y aun de toda vida literaria, aunque no de todo estudio, hasta que hace poco, como ya lo sabemos, la feliz e insistente iniciativa del gran conocedor D. Carlos George-Nascimento ha dado vida al presente volumen, que si no contiene la *Opera Omnia* lírica de nuestro autor, está muy cerca de representarla.

Tenemos a la vista un gran legajo de opiniones nacionales y extranjeras, centenares de juicios, extensos unos, breves otros, entre los que se cuentan los de todos los que en Chile han hecho crítica literaria pública en este último medio siglo, y muchos, eminentes algunos, que en diversos países del mundo han juzgado a nuestro autor, sea en libros o publicaciones de prensa, sea en cartas particulares que forman en el muy ordenado archivo de Dublé, una preciosísima colección de autógrafos. Nos limitaremos, a extraer de este vasto material crítico, los juicios u opiniones más relevantes que la oportunidad en que escribimos, y el espacio, nos permitan estampar aquí. Por lo demás, quien quiera conocer más de esta materia, puede recurrir a la muy precisa "ficha biográfica" que de sí mismo y de su producción se vió en la necesidad de escribir Dublé, en su libro "Memoria Genealógica de la Familia Dublé", publicado por esta misma Casa Editorial de Nascimento, en 1942.

* * *

Ocurre con frecuencia con poetas de la categoría de Rubén Darío, Amado Nervo o nuestra Mistral y podríamos men-

cionar otros, mucho más característicos entre los de esta talla, que un lector de mediana cultura los reconoce a la primera estrofa. Difícil es que esto ocurra con Dublé, si no es en esas composiciones con que inició el nacionalismo en nuestra literatura, porque sus temas son muy variados y, lo que es más particular, tan diverso el tono del canto de una composición a otra, que nadie podría decir que en este poeta domina la nota escéptica (aunque así se lo dijeron al juzgar las primeras poesías presentadas en el Certamen Varela), la nota dulce, la melancólica o la exultante. Tiene una composición para cada gusto y en todas no hay de común sino el cuidado de la forma y cierto dominio del entendimiento sobre la afectividad.

Contribuyen también a esta grata variedad de la cuerda lírica del poeta, sus dilatadas lecturas, su conocimiento de tantos y tan variados países y fundamentalmente la natural viveza de su espíritu siempre activo, nunca en reposo. De ahí que aparezca patente, en sus primeras poesías, ya la influencia de Heine, ya la de Tennyson; otras posteriores son de indiscutible corte horaciano; y lo que es más curioso, en algunas de tema criollo, como esa del "Lanzamiento", pasajes hay que parecen animados por el hálito del divino Homero. Tal vez por esta variedad de temas y sobre todo por la robustez del acento lírico, dijo de ellas Miguel de Unamuno en carta escrita desde Salamanca, en 1905, a propósito de la edición de Garnier:

"... De cuantos libros chilenos de versos conozco, y no son pocos, es éste el que más poesía contiene..."

¡Qué evocación de la campiña romana y qué hondas meditaciones sobre la grandeza de lo que fué, hace el poeta chileno en "Tramonto Romano", para volver en seguida la reflexión sobre la patria distante y recordar su historia con no menos vigorosa en-

tonación! ¡Y cuán distinto el acento del canto que sugiere la paz nocturna sobre los acantilados de Amalfi con el rumor apacible del mar que lame sus rocas!

Y así las demás poesías exclusivamente líricas, de las que hay un buen número, cada una tiene su nota, como melodías arrancadas por distinta mano. Pero de este grupo debemos destacar una: "Fontana Cándida", especie de confesión o revista del autor que refleja su camino o crisis espiritual y moral, desde su adolescencia hasta su avanzada madurez. Es una composición escrita en elegantes y exquisitos versos. Difícil es que el poeta en su larga permanencia en Italia no haya experimentado la influencia del genio italiano tan inclinado a lo fino, delicado y exquisito.

Más aún, el poeta Dublé se manifiesta como un renacentista en estas poesías, que son las más recientes. Así se deja ver por el cuidado del estilo, por la técnica del plan y la macidez del pensamiento. Es el fruto de una vasta cultura que abarca por igual las bellas letras, las artes y la filosofía. Citemos las primeras estrofas de "Fontana Cándida", como pudieran ser las finales, y notad la robustez de los conceptos:

*Para mí nada pido,
dadme una rama de árbol, una roca,
y las tendré por nido.*

*Mi nombre, pronunciado
con ánimo gentil por vuestra boca,
me hará creerme amado.*

*Evocad mi memoria
al ver una luciérnaga, una estrella,
y me daréis la gloria.*

*Pobre es mi celda, pero
a veces canta o se lamenta en ella
el universo entero*".

De ahí que estas poesías y particularmente "Fontana Cándida", haya sido tan elogiada por críticos eruditos como el colombiano Gómez Restrepo e igualmente por críticos españoles y de otros países. Pero no prescindamos de citar algunas líneas de tan alta autoridad como la de Gómez Restrepo. Decía en un extenso artículo publicado en la revista "Cosmos", de Bogotá, en 1920:

"... Su volumen "Del Mar a la Montaña" (edición de París), le da puesto preeminente entre los actuales poetas de habla castellana... Poeta moderno, pero no modernista. Naturaleza independiente, ha cantado por cuenta propia... Del arte nuevo ha tomado lo que constituye una efectiva adquisición para la poesía: los matices, ciertas sutilezas... Pero, en cuanto a la concepción artística, a las líneas generales de la composición, a la calidad del estilo, Dublé Urrutia es perfectamente original, y aparece desligado de las escuelas en boga... Su filiación podría buscarse entre los grandes maestros de la poesía italiana, del arte clásico... En sus poesías objetivas predomina la compasión humana por los humildes... Sus poesías subjetivas son a veces patéticas sinfonías. En ellas resuenan claras y penetrantes las voces de la naturaleza. En ese grupo que puede ponerse al amparo del gran nombre de Leopardi, y a nuestro gusto son las mejores de Dublé, figuran "Los Viejos", "Crepúsculo", "Melancolía" (de "Veinte Años"), "La Heredad Perdida" (de "Del Mar a la Montaña"), "Fontana Cándida", "Tramonto Romano", "Noche Amalfitana" (publicadas con posterioridad a que-

llos volúmenes), recuerdan las "Odas Bárbaras" o las "Elegías Romanas". El pensamiento palpita comprimido en la concisa y apretada forma y a ratos parece que quisiera romper las ligaduras del ritmo... Se advierte el propósito de dar al estilo mayor densidad y condensación y una fuerza expresiva verdaderamente latina, al modo de Carducci...

Las composiciones de las "Hojas de Album" por su fin y sobre todo por su calidad merecen también consideración aparte. En efecto, todas ellas, cual más cual menos, son de notable mérito. Y tanto más resalta la belleza de estas poesías, cuanto que el lector se predispone en contra de ellas, porque los cree versos de compromiso. Antaño el gusto por la poesía era más universal que en este nuestro tiempo tan utilitario y materializado. Y era más frecuente que ahora que una dama solicitara del poeta o literato unos versos o algún pensamiento. Es fácil suponer que el poeta no estuviera siempre en disposición de espíritu para ponerse en contacto con las Musas, y había que encarar el compromiso. Ahí estaba la habilidad del artista para saber encubrir el desánimo con la apariencia de la espontaneidad y buena disposición. Estos son los pensamientos del lector que tiene delante de sí esta clase de versos. Y por eso resalta más el efecto cuando nos encontramos con la grata sorpresa de que parece que la oportunidad fué elegida por el poeta. Este es el caso de estos ramilletes de ingenio y galantería. Remito al lector a esa composición dedicada a la señora del Presidente Riesco. Es breve. Pero el autor se da trazas para lucir en ella sus mejores cualidades de poeta y escritor. Allí aparece el narrador lleno de viveza, elegante, galante y fino. Diríase que esta composición tiene un aire de minué. Es corta, como decimos, pero la vida que

allí palpita y la variedad de incidentes que allí aparecen, dejan en la imaginación impresiones de un poema de más aliento.

Por fin consideremos ahora esas otras poesías que si han dado notable renombre en el extranjero a este poeta, entre nosotros "toca con su frente las estrellas" como diría Horacio. Nos referimos a esas sus poesías eminentemente chilenas, chilenas por los pueblos, campos o mares en que se inspiraron y más chilenas aún por el ambiente que respiran. También aquí la elegancia del estilo es una preocupación que no olvida el autor, aunque en éstas se ve menos patente que en las que llamamos exclusivamente líricas, porque parece que fueran más espontáneas. Aquí luce esas cualidades muy de él, como la de describir con brevedad, con precisión y con un colorido tal que muchas veces nos hizo pensar: ¿Cómo este poeta no dió en ser pintor? Por fin supimos que sí, que durante algunos años cultivó la pintura bajo la dirección de Juan Francisco González, cuya influencia en Dublé y en varios poetas de su generación y posteriores es considerable.

Y es tan grande el amor que revela la descripción de la tierra del poeta, tan acertados los toques de pincel, tan profunda la observación de la naturaleza, que uno se inclina a pensar que Dublé es ante todo un poeta local. En esto no cede la palma a ningún poeta chileno. Pero ¡cuidado! no piense nadie que con esto desmerezca su producción. "Hazte local y te harás universal", decía Menéndez y Pelayo a J. M. Pereda. Y en efecto, las novelas más locales del gran novelista montañés son precisamente las más universales. Pensemos en cualquier gran poeta, de Homero adelante, y nos encontraremos con que supieron ganar el interés universal a fuerza de ser locales.

Es admirable como su sensibilidad, diríamos franciscana,

por el amor que denota a la naturaleza, todo lo capta, todo lo percibe. Digamos en honor de este poeta que no se puede sentir así a la hermana naturaleza, si no se tiene una limpieza y elevación espiritual propias de santos o de artistas. Y es de notar que estas poesías fueron escritas a los dieciocho años.

Así habla de las aves en la poesía "La Inspiración", en que añora sus horas infantiles de Nahuelbuta:

*... Yo me paraba a veces
para escuchar del ave las matutinas preces;
las tenues letanías que en los cañaverales
modulan desde el nido los místicos zorzales;
los cantos argentinos de diucas y jilgueros;
los himnos de las lloicas y de los carpinteros;
las voces alarmadas de los brillantes loros
que aturden la montaña con sus alegres coros;
la queja melodiosa de la torcaz paloma,
y el grito del milano que por el bosque asoma...
Y, unidos al concierto de tan variados trinos,
las odas virginales, los cantos peregrinos
de mis florestas íntimas, florestas misteriosas
entonces habitadas por sueños y por rosas...*

Pero su cariño por la tierra no sólo es artístico, es humano, como se lo decía un crítico que ya hemos citado. Por eso nace con este poeta la poesía social que entre nosotros va a tener tantos cultivadores, que se puede decir que no hay poeta de nuestro tiempo que no haya encontrado en el problema social motivos de inspiración. Ved cómo Dublé, en su poema "Las Minas", pa-

rece sentir en carne propia la lucha de que es testigo del hombre con la roca en las entrañas de la tierra:

Alguna vez la bestia cansada de tan cruento dolor, despierta y pide, con el ruidoso acento de las revueltas locas que encienden las angustias, un pan de limpio trigo para sus fauces mustias; y rugen; pero entonces ¡Oh justa y santa mengua! el plomo o la metralla le destrozan la lengua...

Y digamos de pasada que no se crea que lo que el poeta sintió otro tiempo en la costa de Arauco o en la cordillera de Nahuelbuta, es cosa olvidada hoy. Los problemas sociales continúan apasionándolo. Por eso entre los recuerdos que adornan su escritorio, están las obras y las fotografías de notables sociólogos católicos, que no echan un pie atrás en la línea de avanzada del poeta de antaño.

Pero ¿quién que lea estas estrofas no recuerda los vigorosos cuentos de "Sub-Terra", de Baldomero Lillo, inspirados en esos mismos lugares? Y es oportuno recordar que aquellos versos precedieron a las páginas de Lillo, que se publicaron después de 1903, año en que este escritor, amigo y compañero del poeta en la Universidad de Chile, llega a Santiago. Y las poesías del chilénísimo Pezoa Véliz van a ser publicadas mucho después. En tanto que la primera colección de versos de Dublé, "Veinte Años", fué publicada en 1898, en la imprenta de Angel Custodio Espejo; y aun esos versos se dieron a conocer en revistas o recitados en el Ateneo mucho antes. Cinco años después, en 1930, Dublé publica "Del Mar a la Montaña", como ya se ha

dicho. De modo que se puede asegurar que todos los escritores chilenos de aquellas generaciones, inspirados en la tierra, han sido posteriores a Dublé. A él, pues, le cabe el mérito de ser la fuente de donde brota la poesía "social" y lo que se ha dado en llamar el "criollismo", y debiera llamarse "nacionalismo", en nuestra literatura.

A este propósito es oportuno citar la opinión de H. Díaz Arrieta (Alone) publicada en "El Mercurio" de Santiago, el 18 de octubre de 1942, con motivo del libro de Dublé "Memoria Genealógica de la Familia Dublé":

"... El año 1903, a los 26 años de edad, publicó "Del Mar a la Montaña", versos que le consagraron poeta chileno de primera clase, admirado, celebrado, recitado. Había en sus estrofas una música de acento nuevo, una fantasía nacional que pintaba con belleza costumbres y paisajes criollos hasta entonces relegados a la prosa, versificada o no... Una escuela nacía al compás de sus cantos, nada menos que el Criollismo. El porvenir le pertenecía..." Y en un artículo posterior, también de "El Mercurio" de Santiago, del 12 de agosto de 1951, decía: "Ninguna antología nacional estará completa sin determinadas composiciones tuyas, resistentes a todos los ácidos, más allá de cualesquiera escuelas. Por un lado, padre del criollismo en alta esfera, por otro ha dado esas voces intemporales, puras, sin par, de "Fontana Cándida", título suficiente".

J. Santos Chocano le escribía desde Lima en 1903, después de leer "Veinte Años": "Es usted el poeta de Chile".

Y Rubén Darío, desde Londres, en 1906, agradeciendo el obsequio de "Del Mar a la Montaña" en la edición de Garnier: "Su patria tiene en usted el poeta que le faltaba".

Y ya que recordamos estos dos nombres, nos parece oportuno

tuno transcribir lo que dijo Enrique Gómez Carrillo, que dominaba por entonces la crítica internacional hispanoamericana, en carta dirigida al poeta: "Si yo hubiera sabido cuanto talento tiene usted, habría pedido a Garnier el permiso de escribir una página inicial... y en esa página habría dicho: He aquí el que viene a ponerse entre Rubén Darío y Santos Chocano, tan cerca del uno como del otro".

¡Cómo exultan nuestros sentimientos nacionales estos juicios de los próceres del arte literario sobre la obra de un poeta nuestro, inspirado en cuanto hay de nacional, aun por modesto que sea, como esa casita en que la vieja narra su cuento del "Fondo del Lago", en un escenario con "el candil en el muro, — el brasero en el suelo, y en un rincón oscuro — el gato, dormitando!" Y luego las particularidades de nuestra vida económico-social, con ese "Lanzamiento" que tantos elogios mereció a Federico Mistral. Y las devociones populares, como "La Procesión de San Pedro", que el poeta sueco-alemán Göran Björkman tradujo al sueco y la juzga como una "composición sencilla en apariencia pero de arte muy refinado, en fin, bellos versos, y en ocasiones música sublime".

Y enaltece aún más la chilenidad de Dublé la opinión de Salvador Rueda, poeta sevillano, que cuando apareció "Del Mar a la Montaña" estaba en el apogeo de su fama. Y a propósito de este libro le dice a su autor: "¡Lado sea Dios que América tiene ya un robusto poeta que no imita la decadencia de Francia!... Pocas veces he visto en un poeta americano, como en usted, cantar su tierra, sus mares, sus montañas, sus labriegos, su propia patria en suma. Falta hacía que se empezase a crear la literatura americana con carácter propio e independencia. No bastaba lo indicado por Andrade y otros; hacía falta que usted

siguiera echando sillares para levantar el palacio..." Y desde Inglaterra el historiador de la literatura española, Jaime Fitzmaurice-Kelly, citado también por Garnier como el anterior, insistía en la misma observación: "Me ha impresionado vivamente la maestría con que reproduce usted los efectos de su sentimiento personal, comunicándome su visión estética de aquellas lejanas tierras y mares que nunca veré. En esta transcripción imponente de aquel paisaje primitivo hay un tesoro de poesía auténtico que ha sabido expresar usted con brillantez singular".

Y como estas autorizadas opiniones podríamos citar otras más como la de Edward Everett Hale, poeta y escritor de Boston, y la de Clarente Vredenburg, de la Universidad de Chicago, que en extensas y elogiosas cartas solicitaron la autorización del autor para traducir al inglés sus versos. El austro-húngaro Werner van Oesteren los trodujo al alemán en 1909, y Henry Hag Merrey, poeta franco-egipcio, vertió en prosa francesa esa delicada y emotiva narración "El Caracol", de la cual Max Nordau expresaba esta opinión: "Entre las hermosas composiciones que más me han conmovido señalo "El Caracol", tan linda por su idea como por su tierno y delicado desarrollo. Es una poesía de antología. Merece ser traducida a todas las lenguas cultas". Y aún podría citar otros juicios más, tan autorizados como éstos, que omitimos para no fatigar la atención del lector.

Pero no queremos terminar estas líneas dedicadas a elogiar las poesías chilenas de Dublé, sin mencionar una que nos parece de particular mérito. Es la narración intitulada "Narcisa" que inspiró el pincel de Juan Francisco González para pintar un cuadro notable por su ambiente y sugerencia.

Es una modesta costurera, cuya silueta aunque no descrita,

nadie olvidará porque se entrevé, como tampoco el tropel de buenos niños que todos los días van a verla.

Su casa es así:

*... En sus balcones
crecían malvas en barriles viejos,
y en su huerto claveles a montones,
pelargonias ardientes, cardenales
y alegres maravillas ampulosas,
y un rosal que atestado de nidas
aplastaba el alero con sus rosas.*

Sigue a continuación una narración encantadora. ¡Qué recuerdo más provinciano por lo sencillo y apacible! ¿Quién de pueblo chico no tiene de su tierra recuerdos parecidos? ¡Felices mil veces los pueblos de Angol y Talcahuano que tuvieron a uno de los suyos capaz de hacer perpetuo el recuerdo de ellos en la memoria de los hombres de alguna sensibilidad! Esa es la virtud divina de los poetas: hacer eterno el recuerdo de los hombres o de las cosas aun por sus pequeñeces.

“Narcisa” es la narración más fina, delicada y perfecta que hemos leído de este poeta y de muchos otros.

Y estamos seguros de que esta narración, como tantas otras narraciones y poesías del poeta Dublé, tan “admirado, recitado y celebrado” hace más de treinta años, volverá hoy a despertar igual fervor y a tener tantos admiradores entre la juventud de hoy como de antaño.

Pero en Dublé si es interesante el poeta no lo es menos el hombre. Llega a Santiago desde Talcahuano, de cuyo puerto se dice cuasi-hijo, después de haber cursado los dos primeros años de humanidades en el Seminario de Concepción, en donde va a dejar en el corazón de sus más distinguidos profesores un afectuoso recuerdo, que no borrarán ni años ni alternativas en el tormentoso Tiberiade de su existencia.

En Santiago ingresa al Instituto Nacional. Aquí el espíritu inquieto de Dublé va a hallar un ancho campo para reñir las primeras luchas por sus ideales literarios. Es el alma de las actividades de esta clase entre sus compañeros. Los contagia con su fervor por las letras. Da vida a una entusiasta Academia y él mismo mantiene un semanario satírico en verso e ilustrado por su propia mano. Y desde allí, con la arrogancia e independencia de un caudillo, se defiende de críticos cazurros o arremete en contra de tozudos bedeles con el acero de su ingenio que mantiene en tensión a todo el Instituto. ¿Qué compañero de ese tiempo no lo menciona con alegre simpatía junto con recordar sus travesuras y mil incidentes graciosos de su vida estudiantil?

Y es digno de anotar que esas composiciones, no obstante la juventud del autor (tenía quince o dieciséis años), ya revelan madurez y buen gusto a juzgar por la muestra que damos en seguida. Es lástima que esa producción casi entera satírica, en una revuelta estudiantil haya desaparecido para solaz de cualquier curioso lector y, sobre todo, para los anales por escribir de ese histórico colegio.

He aquí el soneto con que encabezaba esa producción. Y ob-

sérvese de paso, lo patente que ya es en ella la influencia de los clásicos castellanos:

*Estos, que aquí veréis, descamisados
engendros del humor o la quimera,
salir en confusión de mi mollera,
son, amable lector, mis entenados.*

*Vosotros, los de dientes afilados,
criticastros de vida callejera,
flebótomos del arte, majadera
turba de vagabundos trasnochados.*

*No melléis ¡por favor! vuestra guadaña
en estos mis hijastros, que sería
para tanto poder, muy poca hazaña.*

*Demócrata, cual yo, es toda mi cría,
y en su humilde miseria un alma entraña,
si no grande, sincera cual mía.*

Pero como al salir del Instituto sus orientaciones doctrinarias son ya muy distintas de las que había seguido en el Seminario, aparece poco después el estudiante de leyes como colaborador de "La Ley" de Santiago y de "El Sur" de Concepción, y más tarde como secretario de la asamblea radical. Hay que considerar la acritud de las luchas doctrinarias de aquella época para darse cuenta del largo camino que en su evolución ideológica va a seguir Dublé hasta el 6 de julio de 1928, día en que, después de haber dado vuelta al mundo con honrosos cargos diplomáticos, proclama solemnemente, en un acto público, su adhesión sin reservas a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Para muchos este giro del poeta y del hombre resultaba

inexplicable. Pero para quien hubiera seguido con espíritu de análisis su producción literaria, habría observado que en casi todas sus composiciones, en una forma u otra, se repite como un *leit-motiv* la preocupación religiosa.

Copiamos una al azar:

*Y entre el sollozante
rumor de las arpas
y el roce crujiente
de sedas y gasas,
yo vagaba a solas
con mis sueños místicos ...*

Así dice a los diecisiete años en una composición premiada en el Certamen Varela, de 1895, en la colección que aquí lleva el título de "Pensamientos de la Tarde".

Y después en "Angustia", del año 1902, simbolizando a la Divinidad en una distante "playa ultramarina" que obsede sus noches y sus días, dice:

*¡Tuyo soy! ¡Por ti lucho! ¡Sólo vivo
para ti! Me he olvidado, por buscarte
de la paz, del amor y de este altivo
mundo implacable de que soy cautivo ...
y ¡ay de mí, si no acabo por hallarte!*

La misma "Procesión de San Pedro y Bendición del Mar en Talcahuano", del año 1900, aunque cantada con una sonrisa que no es la del creyente, es una faz del *ritornello* religioso de

este poeta. Muchas veces le hemos oído decir que desde niño jamás dejó de leer la Biblia en un ejemplar que le regaló un condiscípulo del Instituto, eminente profesional después. En su estudio sobre Leonardo Pena publicado en París, en 1913, entre otros pensamientos religiosos encontramos el siguiente: "Las obras de arte más prestigiosas producidas en nuestros tiempos, se salvarán seguramente de la muerte rápida, como en el caso de Goethe, Byron, Shelley, etc., por ese sentimiento de Dios existe en ellos en forma de aspiración, de desesperación, tendiente a la fe..."

En "Spes Vnica", poesía escrita en 1910, en Viena, declara que ante el torrente aniquilador del tiempo y de la muerte que amenaza arrastrarlo todo al pavoroso abismo de la nada, rechaza todo lo que el materialismo ofrece en compensación, y se abraza a la Cruz como a su única esperanza. Sus versos finales son:

¡Corazón, ponte de hinojos! ...
¡Alma, abrázate a la Cruz! ...

Y otras y otras más podríamos citar en que está patente el sentimiento religioso de este autor.

Muchas y muy complejas como en todos los casos análogos de que nos informan constantemente las biografías, han debido ser las influencias que obraron sobre este poeta de raza franco-flamenca, vasca y portuguesa, apasionado amante de la naturaleza, místico, idealista y de tan poderosa fantasía, como lo observa de su estirpe paterna el historiador Encina al referirse a los Dublé Almeida, en su "Historia de Chile"; y tan exaltadamente patriota y nacionalista, que hizo decir al célebre crítico e

hispanista hebreo Max Nordau, en carta de 1906, después de elogiar extraordinariamente el popular poema "El Caracol", y comentando "La Voz de la Raza", aparecida en el libro "Del Mar a la Montaña": "Este poema le honra a usted, por cierto, pero sorprende su autoctonismo en el hijo de una nación tan joven como la chilena. ¿Cómo habría podido ser usted chileno, si sus heroicos padres vascos hubieran tenido por sus montañas pirenaicas la misma adhesión estrecha que canta usted por su terruño natal?"

Revélase seguramente en él y en su obra literaria la herencia del padre militar, matemático e ingeniero en su profesión. Evoco el hermoso óleo que desde la pared y a la derecha del escritorio del hijo, fija la vista en el visitante. Ahí está el Comandante Baldomero Dublé Almeida, en su uniforme de 1879. La frente amplia y desembarazada indica su capacidad intelectual; los rasgos de la boca, carácter; la expresión del rostro es de franqueza; su continente es de todo un jefe; pero hay en los ojos un no sé qué, que traiciona el empaque del jefe y revela la ternura de sus sentimientos supeditados siempre por él a los deberes del militar. A los 21 años se bate con un oficial extranjero de una fragata surta en la bahía de Valparaíso. El motivo, expresiones en contra de la patria. El oficial Dublé arroja un guante al extranjero. Y en una chalupa, mar afuera, le parte la frente de un pistoletazo. El hecho, a pesar del secreto, se difundió por el puerto. Pero el oficial Dublé jamás permitió que en su presencia se hiciera alusión a este duelo que tanta fama le había dado entre la gente de armas. Por fin cae en Chorrillos, por ir piadoso y temerariamente a intimar rendición a un grupo de enemigos, encerrados en una casa, para evitar que cayeran acribillados o quemados por sus hombres. Y ellos lo recibieron a

balazos. Así termina el Comandante Dublé víctima de su temperamento.

Pero no hay que perder de vista una influencia que debió haber sido preponderante en el natural en extremo sensible y afectivo del poeta: la influencia materna. Dublé había perdido antes de los cuatro años de edad a su padre. De modo que desde entonces queda exclusivamente entregado a la dirección de su madre, hija también de militares. De ella hereda su afición a las bellas letras y a la música que el hijo también cultivó en su época, y de ella aprende las prácticas religiosas que tenían que dejar una huella indeleble en un temperamento místico heredado de la línea paterna, en que aparecen desde antiguo tantas personas y personalidades de destacada vida religiosa, de la que, sin embargo, el Comandante Dublé vivió siempre alejado, debido a las circunstancias de su niñez, pues en la infancia quedó huérfano de padre y madre.

De estas vertientes nace el carácter de Diego Dublé Urrutia; franco, afectuoso y festivo... Y cuando en el caudal de la conversación, una de las artes bellas por él preferidas, asoma un tema serio, y hay que hacerle reproches y reparos, la voz se altera, el tono se agudiza, el hombre vibra entero, tremebundo; pero al fin termina riéndose y abrazando al contendor... Es que su alma es blanda y buena como el pan, y pronta al afecto de gentes bondadosas, sin excluir a humildes con cuya visita lo hemos visto entretenido, como asimismo preocuparse de sus problemas.

Hubo también una influencia externa en la evolución doctrinaria de Dublé Urrutia: la de su eminente amigo el autor de "L'Annonce Faite à Marie", de cuyo fuerte y rectilíneo carácter es gran admirador nuestro poeta. Al hijo de guerreros debieron

impresionarle profundamente el verbo y el ejemplo del célebre convertido Paul Claudel; ancho de espaldas, napoleónico de fisonomía, y de tan recia voluntad que, desde su conversión hasta su estada diplomática en Roma, en 1915, había dirigido su vida, según declaración suya, en forma inquebrantable, de acuerdo con un plan concebido en plena juventud. La intimidad durante dos años, con un genio de esta naturaleza, que en el fondo es un místico, su ejemplo y los autoritarios consejos oídos de sus labios, debieron influir decisivamente en el corte de ese tremendo nudo gordiano que parece ser la aceptación del credo religioso, o el regreso a la antigua fe, en espíritus y temperamentos poderosos alejados de ella durante una larga, errante y apasionada vida . . .

No olvida Dublé en sus años de decisión a aquel sacerdote de los Sagrados Corazones, notable en Valparaíso por su acción religiosa, al Padre Mateo Crowley, que se hizo después famoso por sus predicaciones en Europa y aun en Asia. Recuerdos de la amistad del Padre Mateo, hoy establecido en los Estados Unidos, son un precioso crucifijo adquirido en Roma en compañía de él y por su consejo, y un grupo de obras teológicas y de comentarios evangélicos que hasta hoy presiden la nutrida biblioteca de este ilustre convertido.

* * *

Y ahí le dejamos detrás de su amplio escritorio, en el ambiente acogedor de su biblioteca con libros de flamante pasta y sustancioso meollo, en que todo el humano saber tiene sus representantes, desde el Crisóstomo y el Angel de las Escuelas hasta Freud y Carlos Marx de quien fué uno de los primeros lectores

en su generación. Y ante los libros, bellos objetos de recuerdos y fotografías de gente notable con cariñosas dedicatorias al buen amigo y caballero sin tacha. Allí se leen de Gabriela Mistral estas decidoras frases escritas desde Chile para el amigo ausente: "Que 1922 colme de bienes al admirable hombre, al fino y hondo artista. Sabe cómo se le quiere y se le estima en esta tierra, que ha de ser buena, porque usted y unos pocos más, son suyos". Y ese gran artista que fué Juan Francisco González le dice, al pie de su retrato: "Que esta mi sombra te recuerde, oh querido Diego, cómo mereces ser querido, y cuánto te deseamos todos una vida fecunda en belleza como lo es en bondad". Y sobre la chimenea, en que se lee la consigna evangélica *Age quod agis*, y al pie de una magnífica copia de Velázquez, reposa y medita en terracota finamente vaciado, el "Penseroso" de Miguel Ángel; y en la pared del frente, e inmediatamente bajo el crucifijo romano, un retrato de suave sonrisa, plena de inteligencia y de bondad, debido al delicado lápiz de Palmorola, de la señora dueña del corazón del poeta, su compañero. Diríase que el espíritu de ella, hábilmente captado por la inspiración de ese artista, flotara en el grato ambiente de este mundo de arte e inteligencia, latente en esos miles de volúmenes. Su nombre lo leeréis en el soneto-dedicatoria del presente volumen, cuando con lenguaje del alma le dice el poeta:

*Mercedes... lucero
de este mi dulce atardecer...*

F. GARCÍA KRAUTZ

Ex profesor de Latín en el Instituto Pedagógico de Chile, ex profesor de Castellano y Filosofía en el Liceo V. Letelier de Santiago.

I

PENSAMIENTOS DE LA TARDE (*)

(1895-1896)

(*) Libro premiado con Mención Honrosa, en el *Certamen Varela* de 1896. Comisión: D. Guillermo Matta, D. Pedro Antonio González y D. Antonio Subercaseaux Pérez.

I

MI LAÚD

La caja de mi laúd
la fabriqué en una tarde,
con astillas arrancadas
al ataúd de mi padre.

Las cuerdas de mi laúd,
como lo dicen sus sonos,
son fibras deshilachadas
del corazón de los hombres...

Las notas de mi laúd
me las escribe una bruja,
a quien he dado un tintero
y un aposento en la nuca...

En fin, yo soy un cantor
de esas penas y nostalgias
que se cultivan hoy día
como las flores del alma.

II

ALAS ENFERMAS

¡Que se despierten los genios,
que se sacudan las almas,
que se derritan los bronce,
que se desplieguen las alas!

¡Que se escalen los abismos,
siempre arriba, siempre arriba!...
así decían los unos,
mientras los otros decían:

—Escalaremos las nubes,
surcaremos los abismos,
¡siempre arriba! ¡siempre arriba!...
pero decidnos, decidnos,

¿adónde iremos tan alto
que no turben nuestro vuelo
los espectros que llevamos,
desde la cuna, en el pecho?...

III

HIPOCRESIA

1

Cuando verdean las ondas,
cuando las ráfagas silban,
cuando graznan las gaviotas
y el horizonte se agita,
sobre el viejo promontorio
tañe su cuerno el vigía...

Ya lo saben los barqueros,
los barqueros de la orilla...
las gaviotas ya lo saben:
el mar anuncia sus iras.

Los obeliscos de piedra
que en las llanuras egipcias
parecen mostrar el cielo
al viajero que los mira;
los espectros de la noche,
las oraciones del día,
el doblar de las campanas
y el repicar de las mismas,
son agujas que señalan
al más allá de la vida.

Ya lo saben, ya lo saben
los que sueñan en la orilla:
como el mar y como el viento
la muerte anuncia sus iras...

Los camellos del desierto
desde muy lejos aspiran
el soplo del torbellino
que las arenas agita.
—¡Vuela! ¡vuela! buen viajero,
parecen decir las brisas...

Los beduínos ya lo saben;
el huracán se aproxima...
las arenas del desierto
también anuncian sus iras...

4

Y el corazón de los hombres,
ese mar donde se agitan
las olas de las pasiones
con el ciclón de la vida;
ese gigante sin alas
que destroza cuanto pisa,
que se alimenta de larvas
y a las estrellas aspira;
ese misterio... no tiene
ni una atalaya que diga
¡cuándo le impele la fiebre,
cuándo el odio le domina!

Ya lo saben, ya lo saben
los que lloran en la orilla:
¡el corazón de los hombres
jamás anuncia sus iras!

IV

LA CAMPANA DE LAS CAPUCHINAS

A don Leopoldo Urrutia Anguita.

Tienen las Capuchinas
una campana
colgada de una viga
desvencijada;
bordón de mal agüero
que sólo tañe
cuando las Capuchinas
se mueren de hambre.

Cuando, a la medianoche,
su voz resuena,
la misteriosa esquila
no pide, ruega;

ruega y con tanto acierto
que, al otro día,
ya no se mueren de hambre
las Capuchinas...

¡Cuántas almas hambrientas,
abandonadas,
cruzan por nuestras calles
sin ser notadas!...
¡Es que nunca han tenido
las pobres almas,
como las Capuchinas
una campana,
un esquilón de hierro
que al mundo advierta
que ya se mueren de hambre,
que ya están muertas!...

Almas que por la tierra
cruzáis calladas:
la caridad del mundo
quiere campanas...

V

LA LUNA

Cinco alambres de un telégrafo
en el azul dibujaban,
equidistantes y fijos,
un pentágrama...
Tras ellos la blanca luna
se elevaba,
recogida y silenciosa
como una nota de plata.
Pero, a poco,
subió la luna tan alta
que, sabiendo lo que hacía,
marcó *sol* en el pentágrama.

Con vestido tan ajeno
disfrazada,
creyó la pálida luna
que a todo el mundo engañaba...

¡Cuántos míseros candiles
merced a la misma farsa,
no aparecen como soles
en los humanos pentágramas!...

VI

ARMONIAS

A Pedro Antonio González.

I

Las olvidadas campanas,
misteriosas y sombrías,
que sueñan en las ventanas
de las viejas abadías;
cuando las tañen los vientos
dan notas que son lamentos,
lamentos que el alma siente
muy triste, muy hondamente;
descompasados e inciertos
como la voz de los muertos...

Las misteriosas campanas
de triste y lúgubre acento,
que rezan en las ventanas
de las torres del convento,
cuando las tañen las brisas
dan notas que son sonrisas...
sonrisas de un mundo helado,
evocación de un pasado
que duerme bajo la yedra
de las murallas de piedra.

Aquel sauce encanecido
que vela sobre una tumba
—imploración al olvido
del hombre que se derrumba—
tiene, también, notas suaves
con que acompaña a las aves
cuando llegan en bandadas
de las regiones heladas
a marchitar sus amores
en su follaje sin flores.

El triste y pálido anciano
que se desliza entre abrojos
con el báculo en la mano
y el desengaño en los ojos,
también despierta al arrullo
de las almas en capullo...
como al nacer la mañana
la misteriosa campana;
como el sauce encanecido
al dulce peso del nido...

VII

CARTAS

Escribe un viajero
de China a Santiago:
—Tan salvaje es esto
que estoy espantado...
¡Figúrate, Pedro,
que aquí los que sufren
se visten de blanco!

De Santiago a China
escribe un viajero:
—Estoy espantado,
tan salvaje es esto.
¡Figúrate, Fosco,
que aquí los que sufren
se visten de negro!

Escribe a los muertos
un alma viajera:
—¡Siempre tan salvaje
nuestra pobre Tierra!
¡Figúrense ustedes,
que aún se discute el color de la pena!

VIII

LAS HOJAS

Hojas mustias y marchitas
que os arrastráis por la senda,
al pie de los viejos troncos
en las tristes alamedas...

Pobres hijas del otoño
que, en las copas de los álamos,
os marchitáis bajo el peso
de las escarchas de mayo...

Desnudas y silenciosas
doncellas crepusculares,
que tiritáis suspendidas
de las escuetas acacias...

Ofelias, que vais bogando
por el agua transparente,
bajo los trémulos sauces
que os acarician la frente...

Ramerillas de los bosques
que tembláis al acordaros
de esa vida que los céfiros
en otro tiempo os robaron...

Y, vosotras, pobres hojas
que en los surcos del camino
acurrucáis vuestras penas
para escaparlas del frío...

Y, vosotras, que, posadas
sobre las ramas caídas,
hacéis epitafios tiernos
para las hojas amigas...

Ya que la muerte os alcanza,
ya que la vida os repudia,
ya que en cada surco abierto
se os abre una sepultura;

Ya que el cielo un sacerdote
para morir os depara,
confesad con este amigo
vuestras penas y nostalgias...

Decidme si en esa altura
donde soñabais no ha mucho,
hay aves que no sonrían
como las hay en el mundo...

Decidme si allá se miente
como se miente en la tierra:
si hay aves de plumas blancas
que tengan el alma negra...

Decidme si el sol calienta
las hojas de todo el árbol,
o si las hojas de arriba
lo roban a las de abajo...

Decidme si, a aquella altura,
los troncos no suben savia
para las hojas que sueñan,
para las hojas que cantan...

Decidme si es sólo amor
lo que estremece a los nidos,
o si florece en el alma
de la paloma, el hastío...

Decidme, al fin, pobres hojas,
si sospecháis de esa vida
donde las hojas humildes
ni mueren ni se marchitan...

.....

Así les dije a las hojas,
y al escuchar mis acentos
las más niñas, se burlaron,
las más ancianas, gimieron...

Las tristes y silenciosas
doncellas crepusculares,
cayeron, al escucharme,
de las escuetas acacias...

Las que guardaban rocío
en las copas de los álamos,
lo vertieron en silencio...
y se encogieron, llorando...

Las hojas de mala vida,
como unas locas se fueron
riéndose a carcajadas
con sus amantes, los céfiros.

Y, finalmente, al mirarme
tan corrido y cabizbajo,
al trovador de las hojas
se le ocurrió otro epitafio...

IX

ESPERANZA

1

¿Escuchas?... Las olas rugen
al chocar contra el navío;
las tablas del casco crujen
con el viento y con el frío;
posados vienen por miles
los cuervos, en los mastiles,
confundiendo sus acentos
con el bramar de los vientos.

La noche tiende su manto
sobre el cadáver del día;
preludia su triste canto
la reina Melancolía;

ni un luminar, ni una estrella
sobre el abismo destella;
todo tiembla, todo cruje
de las olas al empuje...
tan sólo, a momentos, brilla
sobre un peñón de la orilla,
la trémula luz incierta
de un faro que se despierta.

2

Entre el mudo torbellino
que en el cerebro me azota,
bogando va mi destino,
crujiendo mi barca flota...
Ya en silencio, ya graznando,
los grajos de negras alas
se posan de cuando en cuando
sobre las rotas escalas...

También hay noches que tienden
sobre mi pecho, su manto;
milanos que mi alma hienden,
preludiaciones de canto;
ideas blancas que lloran,
abismos que las devoran,
sacudimientos de cascos
y arrecifes y peñascos...

Pero también llevo dentro
de mi espíritu, en el centro,
un faro de luz serena
que en la noche de mi pena
sus tibios fulgores lanza
sobre ese mar:

¡la Esperanza!...

X

BRILLABA...

1

Brillaba la blanca luna
y el anciano panteonero:
—¿Quién me busca a tales horas?
me preguntó desde adentro...
—¡Yo soy! le dije, temblando,
con melancólico acento,
con una voz que salía
de lo más hondo del pecho...

2

Soñaba la blanca luna,
y el anciano panteonero:
—A tales horas ¿qué buscas?
me preguntó, desde adentro...

—Un rinconcito en la fosa,
le contesté, sonriendo:
un pedacito de tumba
para el cadáver de un deudo...

3

Nublóse la blanca luna,
y el anciano panteonero,
por sobre el muro, me dijo
que le pasara aquel cuerpo...
—¡Tomadlo! le dije entonces,
y sobre el muro subiendo,
le tendí mis manos, frías
como las manos de un muerto...

XI

AÑO NUEVO

¡Medianoche!...

Misteriosa campanada,
siniestra voz de la altura,
nota negra desbordada
del cáliz de la amargura...
yo no sé lo que me augura...

El clamor de esas campanas
¡campanero! mucho dura;
ruidos vanos, notas vanas...
No dura tanto la dicha
ni tan poco, la amargura...

Esa alegría es mentira...
¡señor cura!
su campanero delira...
De seguro que está loco...
¡Campanero!
no repiques tan ligero,
poco a poco, poco a poco.

¡Que esa nota desbordada
del cáliz de la amargura,
en su alegría forzada
yo sólo sé que me augura
paz enferma, pena pura!.. .

XII

FLOR DE OTOÑO

A Alejandro Parra Mège.

¡Cuidado! pálida niña,
la que tiritita en la alcoba,
¡cuidado! que el mes de mayo
por tus ventanas se asoma.

¡Cuidado! que ya el otoño
se estremece entre las hojas
de los álamos del valle,
del arrayán y las rosas...

Las nieves bajan del cielo
y en las vidrieras se posan
para mirar a la niña
que se marchita en la alcoba...

Por las veredas del bosque,
cuchicheando van las hojas
una canción que se llama
«La muchachita en la alcoba»...

Viejecita que la cuidas,
¡por Dios! no la dejes sola,
que en el otoño se hielan
las muchachas y las rosas...

XIII

ALTER EGO

Crujía la seda,
la gasa ondulaba
al son de las dulces,
armónicas arpas;
y envuelto en su manto
de huesos y carne
mi espíritu triste cruzaba soñando
la sala del baile.

La luz me aturdía,
me hastiaba el bullicio,
aquel insensato
fantástico ruido;
crujido de cráneos,
rumor de cadenas
con que el mundo quiere probarse a sí mismo
que no tiene penas...

—¿Qué busca, ese pobre?
murmuró un dichoso...
—Vino, que lo encienda,
bostezó un beodo...
—No, dijo una dama,
¡no es eso! ¡no es eso!
¡si busca una rima que se le ha escapado
con un verso suelto!...

Y entre el sollozante
rumor de las arpas
y el roce crujiente
de sedas y gasas,
¡yo vagaba a solas
con mis sueños místicos,
buscando un cerebro, acaso una sombra,
tal vez un amigo!

Un alma sincera,
pensadora y franca
que fuera en la tierra
mi amiga y mi hermana;
¡un alma sencilla
a quien yo pudiera
confiarle un tesoro que guardo y que nadie
conoce en la tierra!...

Un alma sin nubes
que en esta jornada
ciera mis risas,
llorara mis lágrimas;
una mano joven
que en los malos días
limpiara la senda que cruzan desnudos
mis sueños de artista...

Y entre el sollozante
rumor de las arpas,
yo vagaba a solas
sin hallar el alma...
—¡No! dijo un beodo,
no es eso, no es eso...
¡si busca una rima que se le ha escapado
con un verso suelto!...

XIV

NENUFARES

Cuando miro balancearse
sobre el cristal de los lagos
las corolas transparentes
de los nenúfares blancos,
mi pensamiento se sume
bajo el cristal de los lagos,
para mirar cómo beben
su transparencia en el fango
las corolas transparentes
de los nenúfares blancos.

XV

EN VACACIONES

Hoy ha cruzado mi cielo,
cantando, una golondrina;
hoy duermo bajo aquel techo
que me albergó en otros días.

Hoy ríen sobre mis ojos
las viejas y blancas tablas
del cuarto de mis gorjeos,
del cuarto de mis nostalgias...

¡Qué no diera por saber
lo que se dicen y cuentan
los empolvados papeles
con mi canosa maleta!

¡Qué de cosas no hablarán
sobre desvelos y rimas,
el antiguo candelero
con la moderna bujía. . .

Las caras de labradoras
de los papeles pintados,
todas a un tiempo, parece,
que me estuvieran mirando.

Y hasta las mismas arañas
se descuelgan de las vigas,
me examinan en silencio
y se suben en seguida. . .

Y tú, di ¿cómo me encuentras,
cuartito de mis ensueños? . . .
¿Te callas? . . . ¡ay! cuarto mío,
mejor es callar. . . ¿no es cierto? . . .

XVI

UN VIEJO

Un viejo que nunca miente
me dice que el Padre Eterno
mezcló con miel aquel barro
de que los hombres salieron,

Pero que, luego, indignado
por lo de Adán y su esposa,
sobre las almas que crea
derrama tinta, por gotas...

Hasta aquí sabe el anciano...
¡luego ignora el pobre viejo
que en un alma amiga mía
se le dió vuelta el tintero!...

XVII

LAGRIMA

—¿Por qué lloras tanto?
¿por qué tantas lágrimas?...
cuando era más niño
yo te preguntaba.
Y hoy que por el mundo
vago triste y solo,
pienso, madre mía,
que llorabas poco...

XVIII

AZAHARES

Florecillas de algodón
fornadas en blanca cera,
volad a su corazón
que ya la niña os espera.

En una guirnalda fueron
al templo las florecillas
y al entrar se derritieron
al calor de las bujías...

A la mañana siguiente
la niña llora en su lecho;
¡que el amor, como las flores,
se le derritió en el pecho!...

XIX

EL OTOÑO

Vino un día el padre Otoño
desde su tierra a mi tierra,
bajo la capa raída
de un labrador de Bohemia.
Era muy de madrugada
y en las viejas alamedas
como el vapor de un ensueño
se deslizaba la niebla...

—Ven conmigo, niño triste
que en el Espíritu sueñas,
me dijo el Otoño al verme
de mi casita a la puerta...

Ven a coger flores raras,
vente conmigo a mi huerta:
germinan bajo la escarcha
las flores en que tú piensas.

—Yo sé de un huerto en que aroman
los heliotropos morenos,
las violetas enlutadas,
los nenúfares enfermos,
las campanillas montesas,
los copihues soñolientos,
y esa flor desconocida
con que te adornas en sueños...

Dijo el viejo y, paso a paso,
se alejó por el camino,
murmurando en voz muy baja
un cantar desconocido.
Y yo me fuí tras del viejo
con mis ensueños de niño,
haciendo crujir las hojas
y remeciendo los pinos...

Cuando volví por la tarde,
algo traía en el alma
que no era la vida en germen
que llevé por la mañana...

Algo nuevo, porque al verme
las cabelludas arañas
tendieron en son de fiesta
sus muselinas de plata...

Y algo extraño y misterioso...
yo entendía, claramente,
lo que rezaban las hojas,
lo que decían las fuentes,
lo que soñaban a solas
las florecillas agrestes,
lo que el azul entrañaba,
lo que entrañaba lo verde...

Yo era hermano de la nube
que se columpia en el cielo,
de la estrella que titila,
del reptil y del insecto;
del que llora y del que ríe,
de la paloma y del cuervo,
de las novias esperanzas
y de los viudos recuerdos...

Y yo era el bardo sin hieles
que cultivaba en el pecho
la pálida flor de mayo,
la pasionaria del huerto;

la deseada por el niño,
la obsequiada por el viejo:
esa flor cuyo perfume
se desparrama en mis sueños...

XX

POR UN CAMINO

Yo iba solo, como siempre,
y a la orilla del camino
vi un montón de cruces viejas
con los brazos extendidos.

La zarza crecía entre ellas,
y entre ellas, al deslizarse,
cantaba trémulo el viento
sus quejumbrosos cantares.

Una mujer enlutada
me explicó, bañada en llanto,
el simbolismo siniestro
de aquel monumento extraño.

«Aquí, me dijo, los vivos
al enterrar a los muertos,
con una cruz y una zarza
rinden tributo al recuerdo...»

Por cada muerto una cruz,
pensé, mirando al montón
y, sin quererlo, llevando
las manos al corazón.

No sucede así en el alma,
que no recuerdan los hombres
con funerarios emblemas
sus difuntas ilusiones...

Cuando se troncha un cariño,
cuando muere una esperanza,
silenciosos los entierran
los panteoneros del alma.

Sin colocar en sus tumbas
excavadas en la sombra,
ni sacrosantos emblemas,
ni funerarias coronas...

Porque, si así no lo hicieran
los huraños panteoneros,
toda la tierra estaría
convertida en cementerio...

XXI

A BORDO

¡Oh, qué siniestra amargura
sentí, al mirar, a lo lejos,
tras las brumas de la tarde
los faroles de mi pueblo!
De ese villorrio bendito
donde viví tan contento;
donde se quedan llorando
todos los seres que quiero;
donde se queda mi madre,
donde yo mismo me quedo,
pues no soy en este barco
más que una sombra, un espectro...

Con la frente entre las manos
sentado estoy en mi lecho...
Dolientes y gemidoras
las olas, pasan lamiendo

las ventanillas de vidrio,
para mirar hacia adentro...
y, al divisarme, murmuran
palabras que yo no entiendo,
gemidos entrecortados,
murmullos que lleva el viento...

Así se pasan las horas,
así se deshoja el tiempo:
las olas llorando fuera,
mis penas llorando dentro,
y todas llorando, juntas,
por las playas de mi pueblo:
¡las unas, porque están cerca,
las otras, porque están lejos!...

XXII

EN LA PASCUA

¡La Pascua! ¡La Pascua viene!...
al peso de las guirnaldas
murmuran las ramas verdes...

¡Cantad, humanos, que es Pascua;
no lloréis, que es Nochebuena!
clamorean las campanas...

¿Es la Pascua la que llega?...
al ciprés que las cobija,
preguntan las tumbas negras.

Y les contestan las brisas,
colándose por las rejas
de los sepulcros: ¡la misma!...

¡La misma! dicen los muertos,
alzándose de sus tumbas,
en los sudarios envueltos...

Y entre la sombra se escucha
cómo desgajan coronas
para sus sienes desnudas...

¡Mirad, mirad cómo danzan!
que está en la fosa la gente
que nunca lloró en la Pascua...

Y es de ver cuál van y vienen
por dentro de sus sepulcros,
sin una rosa en la frente,

acongojados y mudos,
entre paredes de mármol,
los poderosos del mundo...

Y es de ver los brazos albos
de donceles y doncellas
que, a través del enrejado,

espantar quieren su pena,
cogiendo las rosas blancas
que cuelgan del lado afuera...

Y es de ver cómo no alcanzan,
y se retuercen y lloran
tras de la reja dorada,

por esas pálidas rosas
que llevan sobre su pecho,
los espectros de las fosas...

¡Y es de ver con qué desprecio
se las lanza desde afuera,
sacándole las espinas,

el corroído esqueleto
de alguna muerta ramera
que nunca las vió en la vida!

XXIII

DIRECTOR...

1

Director de funerales,
no te olvides de mi encargo:
en el cajón que me compren
me tenderás boca abajo.
¡Tan mal me ha tratado el cielo,
tan mal me trató y me trata,
que al diablo marcharme quiero
sin que me vea la cara!...

2

Enterrador de los muertos,
tengo que hacerte un encargo:
de mi nicho en lo más hondo
me tenderás boca abajo...

¡tan mal me ha tratado el cielo,
que en el descanso final
la espalda volverle quiero
por toda la eternidad!..

XXIV

CORAZON MARCHITO

Primavera. Tiempo alegre.
De la alcoba en una esquina,
plegados los labios mustios
por una extraña sonrisa,
sentada, mirando al suelo,
la joven madre medita...

Acurrucada a sus plantas
entristecida la mira,
con la muñeca en los brazos,
una tierna muchachita.

—Madre, le dice, las rosas
ya en la ventana se cimbran,
ya viene el sol que anhelas,
¿te alegrarás, madrequita?...

—¡Pobre Lola! le responde
la joven de la sonrisa,
dándole un beso en la frente
y otro beso en las mejillas.
—¡Sonreiré en el estío,
la primavera es muy tibia!...

Llegó el verano y, cantando,
llegaron las golondrinas,
a mirar por las vidrieras
de aquella alcoba sombría
los rostros color de nieve
de la madre y de la niña...
—¡Despierta! murmura Lola.
¡Despiértate, madrecita!
que ya llegaron cantando
con el sol, las golondrinas.

—¿Tan pronto, mi pobre Lola?...
¡No te afanes, hija mía!...
¿Recuerdas aquellas tardes
en que venían las brisas
a jugar en tus vidrieras
con las hojas amarillas?...
¡Oh, qué bello! ¿Lo recuerdas?
¡Baja, baja las cortinas!...
Sonreiré en el otoño,
que el sol me enferma, hija mía...

Pasó el otoño y pasaron
las rosas y golondrinas,
y otro mayo con sus hojas,
y otros soles y otros días,
y siempre tristes y mustias
de la alcoba en una esquina,
la joven madre llorando
y enternecida la niña...

.....

No esperes ya, dulce Lola,
que renazcan las sonrisas
en los labios apagados
de tu pobre madrecita...
¿Qué podrán tus tiernas quejas
si el Dios de las alegrías
no puso un sol en la tierra
para las almas marchitas?

XXV

MIS CANCIONES

Me dicen que mis canciones,
como la hiel, son amargas,
que son amargas las notas
que mi laúd desparrama.

Que mis rimas envenenan,
que mis versos son puñales,
que yo soy un asesino,
¡que me calle! ¡que no cante!...

A los que así me lo piden
yo les digo que no puedo,
¡que soy un ave sin nido!
¡que si no canto me muero!...

XXVI

PAZ

¡Mirad! la tarde muere, y el sol se pierde ya...
¡se va! ¡se va!

Mirad cómo agonizan tendidos, a lo lejos,
sobre las blancas cimas, los últimos reflejos
del viejo sol austral...

La negra noche llega... ¡no temas, pecho mío!
¡la aurora es la Esperanza; la tarde es el Hastío;
la negra noche es Paz!

II

REMINISCENCIAS

(1897-1898)

I

PRELUDIOS

I

Canto los amores y las alegrías
en que se agitaron mis primeros días;
cuento los ensueños de mis buenos años,
sus blancas visiones y tiernos engaños;
canto las rosadas bienaventuranzas;
canto las virtudes y las esperanzas
que se marchitaron sin llevar su esencia;
canto las tristezas de mi adolescencia;
la aurora, la brisa, la barca, la bruma,
las rocas, el viento, la arena y la espuma...

Como yo naciera bajo un cielo triste
y en un tiempo frío, mi palabra viste
brumosos arreos; como yo naciera
cerca de los bosques y en mi edad primera

soñara mis sueños bajo el sol de Arauco
—la rústica tierra del roble y del sauco—,
mi acento es sencillo y agreste: sencillo
como la plateada voz del jilguerillo
que escuchaba entonces al nacer del alba;
rústico y agreste como olor de malva
nacida a la orilla de un río. . . La brisa
que baja del monte, murmura una risa
que es la misma risa que yo sé. Mi pena
también es agreste: huele a yerbabuena,
como las orillas de los riachuelos
donde, por la aurora, sus brumosos velos
y sus tocas blancas de monjas austeras
lavan las neblinas, como lavanderas.

Acaso, mi verso lleve a vuestras almas
místicos recuerdos, aroma de palmas
benditas, murmullos de cantos corales,
de esos que se cantan en las catedrales.
Acaso, mi verso suene a vuestro oído,
sonámbulo, triste, lejano o perdido
como el rumoreo de una mar lejana,
o como el sonido de alguna campana
que toca las horas sin saberse dónde,
y a cuyos acentos el eco responde
soñando. Tal vez mis pobrísimos versos
os vuelvan los ojos hacia aquellos tersos
y risueños tiempos de dicha ignorada
en que se vivía sin sufrir por nada:

tiempos escolares llenos de alegría
en que se pasaban la noche y el día
soñando con Becker, con Hugo o con Enio,
y en que cada uno se juzgaba un genio...
Pero ya mi canto recuerde frescuras,
canciones campestres, homilias de curas,
historias alegres o tristes, murmullos
de mares lejanos o tiernos arrullos
de blancas palomas; ya sueñe, ya ría,
la historia que cuente será historia mía:
sueño que he soñado, vida que he vivido,
cruzando la tierra, despierto o dormido.

2

Hace muchos años, en tiempos mejores,
yo oí muchas veces a los pescadores
del mar de mi tierra, narrar aventuras
de mares lejanos; contar las locuras
de algún muchachuelo valiente y sencillo
que, muy de mañana, ¡cosas de chiquillo!
se entraba en la barca sin que nadie viera,
porque no querían sus padres que fuera
tan niño a la pesca; pero él los burlaba
y entre los más viejos del puerto cruzaba
los mares de Arauco, tras los ballenatos,
tras de aquellos monstruos que arrojan a ratos

torbellinos de agua; y era cosa bella
ver cómo volvían de la pesca aquella,
todos muy alegres, con el monstruo muerto,
traído a remolque, por el mar, al puerto.

Después, reunidos en alguna choza,
a los hombres viejos y a la gente moza
de tierra, narraba el muchacho los lances
de aquella aventura; los quites, avances,
las fugas del monstruo, los extraños lazos
y el efecto rojo de los arponazos.
Y todos aquellos muchachos y ancianos
de cabellos negros o cabellos canos
le oían atentos; y a más de un abuelo
las locas historias de aquel muchachuelo
dejaban llorando: llorando las idas
gaviotas de antaño, las barcas perdidas
y aquellas corvinas pescadas por ellos,
que ya no se pescan... ¡qué tiempos aquellos!...

¡Oh, tú! buen anciano, que al oír mis cantos
derrames, acaso, tus últimos llantos,
pensando en los sueños y gustos añejos
como allá en la choza los marinos viejos;
y tú, buen muchacho, que ya has recibido
los primeros golpes que no cura el nido
ni sana la mano materna; viajero
que pisas la ortiga del triste sendero

que todos cruzamos: oídme sin pena,
que siempre son dulces para el alma buena
la voz del recuerdo que anima lo viejo
y el eco del mundo que nos da consejo.
Seré el muchachuelo que pesca a escondidas
sin miedo al olaje ni a las sacudidas;
seré el marinero sin miedo al olaje
que os narre los lances de su primer viaje...

II

EL RECUERDO

Los espíritus ruedan con los años
y con ellos las verdes primaveras
y los años felices...
pero aunque todo con el tiempo pasa,
los buenos años no se van del todo,
ni las rosas alegres de la vida
se llevan a la tumba sus perfumes.

En los días helados del invierno,
muy lejos del azul, de las vendimias
y del tiempo feliz de las cosechas,
los pasteles humeantes y los mostos
evocan en las mesas campesinas
los recuerdos alegres del verano;
y el amo sueña con campiñas rubias
de mieses ondulantes, el labriego

con gavillas enormes, y el chicuelo
con azules o pardas golondrinas
rozando los trigales.

En las almas
gastadas por la edad, como en los labios
marchitos, exprimidos, y en las frentes
humildes y nevadas, siempre queda
un ligero perfume de otros tiempos,
de besos muy distantes, de sonrisas,
de trenzas rubias o de bucles de ébano...

Como los mostos en las viejas cubas,
fermentan en los viejos corazones
las dulces esperanzas de otros días...
Los recuerdos alegres son los humos
de los vinos que fueron; los aromas
del mosto fresco, de las vides muertas.

La gota de miel rubia que se duerme
dentro del cáliz de la flor de octubre
vino, acaso, a la tierra desde el seno
de una nube de julio...

¡No! Las rosas
del tiempo bello no se van del todo:
jamás olvidará la planta mustia
los campos verdes y el azul del cielo,
ni el sauce sin calor de las riberas
las plateadas y trémulas corrientes
de los meses alegres del deshielo...

*

El espíritu mío es como un sauce
que junto a la corriente de la vida
se deshoja, despierta y reverdece...
envuelto en su capuz, como un asceta,
refresca su ramaje en la corriente
y vive contemplándose... Las aguas
ruedan, en tanto, sin borrar los rasgos
de su trémula imagen pensativa;
y en las horas murientes de la tarde,
cuando pálido el sol se va muy lejos
y en el terso cristal de las lagunas
se entregan al amor que las consume
las libélulas de alas transparentes,
mi sauce sueña con la azul mañana
en que al beso del sol, junto al arroyo,
como débil burbuja de esmeralda,
brotó del suelo su primer pimpollo. .

*

¡Oh! me parece recordarlo todo...
Mi pueblo con sus calles coloniales
arboladas de acacias; las crujientes
carretas de los indios, arrastradas
por bueyes taciturnos; el misterio
de las tardes de Arauco, silenciosas,

cargadas de recuerdos y tristezas;
a lo lejos, surgiendo de la bruma,
los volcanes andinos; al poniente,
las cordilleras donde en otros tiempos
anidaron los aucas y los leones...
¡Todo postrado en oración!...

Y aquellas
oscuras alamedas, empolvadas
por los vientos australes; y los frescos
follajes de culenes aromáticos,
caídos, dulcemente, sobre el río,
donde iban a beber por las mañanas
los bueyes campesinos, y a bañarse
por la tarde, los chicos de la escuela...
Y aquellas tibias horas del crepúsculo
en que sólo se oían, vagamente,
el son del esquilón, las somnolientas
cornetas del cuartel, y las lejanas
nocturnas melopeas de las ranas...

¡Oh! me parece renovarlo todo
aquí en mi joven corazón... Entonces
la vida bajo el sol se deslizaba
transparente, magnífica, sin ruido,
como las olas de las mares altas...
La niñez con sus vírgenes frescuras
derramaba en mi espíritu en capullo
la plateada y serena transparencia
de las fuentes heladas de los bosques,

y en él se reflejaban, dulcemente,
las agrestes bellezas de aquel suelo
que amó el glorioso Ercilla...

Por entonces
las mujeres de Arauco, todavía
llevaban sus chicuelos a la espalda,
y en los días de duelo y de tristeza
escuchaban aún los viejos robles
las enfermas, llorosas melopeas
de una Raza muriente...

En aquel tiempo,
donde hoy se tienden amarillos campos
de mieses ondulantes, susurraban
bosques sombríos de gigantes robles...

Hoy nada existe ya; ¡todo ha caído!
Las encinas escuetas, solitarias,
parecen despedirse desde lejos,
moviendo, lentamente, sus ramajes...
Y en las cálidas tardes del estío,
cuando bajan las aves de los montes,
aquellos solitarios de los valles
escuchan misteriosas relaciones
de selvas seculares incendiadas
y de nidos perdidos en las selvas...

III

DESDE LEJOS

¡Oh la flor de mis años, la pasionaria mustia
que dobla aquí, en mi pecho, con amorosa angustia
su cabecita blanca... la de color de cirio,
que fué primero rosa y antes que rosa, lirio!...
Muchas alegres mieles y risueñas fragancias
han libado en su cáliz mis juveniles ansias;
pero también al darme sus delicadas mieles
me ha herido muchas veces con sus espinas crueles...

El tiempo más dichoso que en mi recuerdo anida
fué aquel, en que, cerrado como un botón de vida,
mi espíritu en capullo soñaba entre las rosas
y jugueteaba a ciegas con las aves hermosas...
Pero se fué aquel tiempo, y entre sus frescas brisas
se fueron, si no todas, mis mejores sonrisas:
sonrisas virginales, como murmurio de hojas,
que hoy vagan por la tierra de las murtillas rojas.

¡Oh mis ensueños idos!... La azulada corriente que entonces arrastraba su linfa transparente por mi desnudo pecho, no se llevó en su huída las arenillas de oro de mi naciente vida... ¡Sobras de aquellos tiempos, pobres arenas de oro que hoy en mi pecho escondo, sois mi mejor tesoro!

Yo no guardo memoria de los risueños días en que eran cual crisálidas las esperanzas mías; ni de aquella sencilla canción de notas brunas —la canción de los nidos, la canción de las cunas—, dormida melopea, riente y sin aliño, que las nodrizas rumian para adormir al niño.

Tampoco yo me acuerdo de aquellos ya distantes días, en que a la sombra de sangrientas y ondeantes banderas tricolores, a las peruanas zonas se fué a segar, mi padre, las trágicas coronas que hoy velan en su tumba...

Tal la niñez olvida sus dolores y goces...

¡Pero, lo que en mi vida no olvidarán mis ojos, lo que de adolescente no me robó la pena, ni olvidará mi frente cuando las canas bajen, es aquel noble suelo donde se abrió al ensueño mi juvenil anhelo:

aquellas soñadoras, araucanas campiñas,
aquellos rubios trigos, aquellas verdes viñas,
y el Laja transparente, y el manso y cristalino
Purén, con sus riberas de arrayán y de espino...

IV

LA TIERRA

A la ciudad de Angol.

¿Conocisteis, tal vez, las tierras viejas
donde más de un cantor templó su lira,
donde adornan las hembras sus orejas
con pendientes de plata y de chaquira?...
¿Habéis subido a la región lejana
donde pintan la espiga y la manzana,
donde aroma el culén, germina el liuto,
y, al tiempo del otoño, dan tributo
colgados de los trémulos coligües
como lirios de sangre, los copigües?...
¿Sabéis de Arauco, de su león vencido?...
Pues allí, bajo el sol, tembló mi nido
cuando rompían las indianas fieras
sus enseñas y lanzas postrimeras.

Pero yo no he nacido en los sombríos
y hondos boscajes de corrientes ledas,
sino en un valle con alegres ríos,
surcado de apacibles alamedas;
allí donde el Malleco siempre llora
la ausencia de Oña, el cisne de su aurora;
allí donde en los meses estivales
ondulan, sin murmurio, los trigales;
y allí donde en abril, los campesinos
bailan y exprimen los alegres vinos.

Yo amo esas tierras porque en ellas duermen
los mejores recuerdos de mi vida,
y en su viejo dolor palpita el germen
de esta tristeza que en mi frente anida;
yo amo esas tierras como adoro al Ande,
porque es digno de amarse lo que es grande;
y amo las viejas y guerreras ruinas
que cubren sus vallados y colinas,
porque aún palpita en su fosado suelo
la sangre de mi padre y de mi abuelo...

¡Oh noble amor de los paternos lares,
de la cuna distante y sus ternuras:
los cuervos aman sus rugientes mares,
el oso de los polos, sus llanuras;
los pájaros del trópico sus nidos
en ramajes magníficos prendidos;

el águila caudal, la peña erguida;
el reptil que se arrastra, su guarida;
y el hombre, con el ave y con la fiera,
el oscuro rincón donde naciera!...

z Mas, las aves del trópico, arrastradas
lejos del nido, y el pichón marino
que sigue tras los barcos en bandadas,
entregan a los vientos su destino
cuando quieren volverse a sus regiones;
no mendigan los tigres ni los leones;
¡sólo es el hombre el que su sangre cobra
rodando por ajenas sementeras,
tras el pan miserable, que les sobra
a las aves del cielo y a las fieras!...

Si yo volar pudiera, una mañana,
por la orilla del mar, como gaviota,
me echaría a volar tras la lejana
y agreste tierra donde el roble brota;
respiraría las alegres brisas
que me inspiran endechas y sonrisas;
y, en la noche fresquísima y serena,
me iría a descansar sobre la entena
de algún viejo bajel desconocido,
y a la luz de la luna, y al rugido
de las olas, mi voz te mecería,
cantando, ¡cuna amada! ¡tierra mía!...

■ Pero, ya que a mis hombros no son dados
vuelos distantes ni celestes galas,
¡soñemos con los nidos apartados,
que en el sueño también se baten alas!

Soñemos, corazón, con las sombrosas,
cristalinas corrientes de aquel río,
donde bañan sus hebras temblorosas
los sauces de mi tierra, en el estío.

Con aquellas colinas cansadoras
por donde, a pleno sol, bajaban antes
las indianas carretas crujidoras
cargadas de hortalizas refrescantes.

Con aquellos crepúsculos aldeanos
ante cuyos colores adormidos,
sentados en las puertas, los ancianos,
juntos hablaban de los tiempos idos.

En fin, soñemos con el alto monte
cuya silueta, desde el mar divisa
la balandra que cruza el horizonte
con las velas hinchadas por la brisa...

Y con las aves que en los montes cantan
sus cancioneros de campestres notas,
y con la espuma que en el mar levantan
las alas de las pálidas gaviotas. . .

Volvamos a las fuentes cristalinas,
y hacia esos mundos de tristeza exentos,
enviemos, como raudas golondrinas,
nuestros viejos y tristes pensamientos. . .

V

EN EL FONDO DEL LAGO

A mi hermana Aurora,

Soñé que era muy niño, que estaba en la cocina escuchando los cuentos de la vieja Paulina. Nada había cambiado: el candil en el muro, el brasero en el suelo, y en un rincón oscuro el gato, dormitando. La noche estaba fría y el tiempo tan revuelto que la casa crujía... Se escuchaba, a lo lejos, ese rumor de pena que sollozan las olas al morir en la arena, y a intervalos más largos esos vagos aullidos con que piden auxilio los vapores perdidos... Nosotros, los chiquillos, oíamos el cuento sentados junto al fuego, y como entrara el viento por unos vidrios rotos, su frente medio cana, la vieja se cubría con su charlón de lana.

Era un cuento muy bello:

Tres príncipes hermanos
que se fueron, por mares y países lejanos,
tras la bella princesa que la mano de un hada
en un lago sin fondo mantenía encantada.
El mayor, que fué al norte, no regresó en su vida;
el otro, que era un loco, pereció en la partida;
y el menor, que era un ángel por lo adorable y bello,
llegó al fondo del lago sin perder un cabello...
Allá abajo, en el fondo, vió paisajes divinos,
castillos encantados de muros cristalinos,
y en un palacio inmenso, de infinita belleza,
encerrada y llorando, vió a la pobre princesa.
Se encontraron sus ojos, se adoraron al punto
y lo demás fué cosa de poquísimos asuntos,
pues al verlos tan bellos como el sol y la aurora,
el hada, que era buena, los casó sin demora...

.....

Así acabó la historia de aquella noche... El gato
se despertó gruñendo, esperezóse un rato
y se durmió de nuevo. Zumbó la ventolina
en el cañón, ya frío, de la vieja cocina...
Se levantó un chicuelo y sin hacer ruido
enhollinó la cara de otro chico dormido...
Yo, me quedé soñando con el príncipe amado
por la bella princesa, con el lago encantado
y, también, con los tristes y apartados desiertos
donde duermen los huesos de los príncipes muertos...

VI

LA INSPIRACION

A don David Andrews Santibáñez.

En un rincón salvaje del viejo Nahuelbuta,
oculto en lo más hondo de la montaña hirsuta,
entre otras vegas verdes hay una linda vega
donde retoza el puma cuando la noche llega.
En ese campo virgen cercado por florestas
de robles colosales, de pataguas enhiestas,
de pálidos coligües y de helechos tupidos
donde mil aves tejen sus melodiosos nidos,
nació en el alma mía la inspiración, la santa
y humana inspiración que siente, sueña y canta.
No de otro modo nacen en los verdes octubres
las flores en los prados, las leches en las ubres,
las mieles en las palmas, la albura y el aroma,
y en el bosque el arrullo de la torcaz paloma.

Y ¿qué flor no perfuma cuando es hermoso el cielo?
Y ¿qué plateada garza no tiende el raudo vuelo
cuando el azul la llama? ¿Qué riberano espino
sus flores entreabiertas no brinda al cristalino
arroyo que le baña?... Tal hizo el alma mía:
rompió su cáliz virgen cuando era hermoso el día.

¡Y era tan bello el día!... Temprano, muy temprano,
cuando cantaba el tordo, y en el corral cercano
con las perezas últimas de las nocturnas horas
dejaban ordeñarse las vacas mugidoras;
cuando apenas el día mostraba sus colores
y en grupos perezosos los indios segadores
marchaban a los trigos; unido al alma mía
yo me iba por las sendas a despertar el día.

Tremolaba en las hojas el rocío nocturno
y, al escuchar mis pasos, más de algún taciturno
y dormilón rumiante se despertaba; viejos
toros madrugadores mugían a lo lejos,
y a veces me cortaban ocultos manantiales
el paso; vocingleros, de entre los matorrales,
los tordos se elevaban, y en táticas comparsas
dejaban las lagunas los patos y las garzas.

Y yo cruzaba a solas por aquel campo rudo,
ciego como las flores, como las flores mudo;
y en mi inocencia santa yo me paraba a veces
para escuchar del ave las matutinas preces:

las tenues letanías que en los cañaverales
modulan desde el nido los místicos zorzales;
los cantos argentinos de diucas y jilgueros;
los himnos de las lloicas y de los carpinteros;
las voces alarmadas de los brillantes loros
que aturden la montaña con sus alegres coros;
la queja melodiosa de la torcaz paloma,
y el grito del milano que por el bosque asoma...
y, unidos al concierto de tan alegres trinos,
las odas virginales, los cantos peregrinos
de mis florestas íntimas, florestas misteriosas
entonces habitadas por sueños y por rosas...

Y ¿cuál era aquel canto de mi rosado ensueño?
¿algún recuerdo, acaso, para el país del sueño?
¿acaso algún gorjeo para el azul del río,
un cántico a las flores, al viento o al rocío?...
¿Acaso le extasiaban, de los panales frescos
el delicado aroma, los cuadros pintorescos
de las campiñas verdes, los cantos de las aves
o el cándido ropaje de las garcetas graves?...
¡Oh, nada, nada de eso!... Vibraba el alma mía
su blanca, soñadora, primera melodía;
cantaba como cantan ¡oh sol! cuando tú asomas,
las vírgenes vestales, el lirio y las palomas...

Hoy, que ante el cierzo rudo que los vergeles mata
sigue exhalando mi alma la melodía grata
que le inspiró la aurora, como la tierra alienta
sus húmedos perfumes en tiempo de tormenta;

hoy, que desde la playa, lejanas y perdidas,
miro las velas blancas de mis visiones idas,
con la dulce nostalgia de los ensueños viejos
me pregunto a mí mismo por lo que ya está lejos.
¡Si volverán mis alas, ya mustias y sombrías,
a recobrar las nieves de sus mejores días;
si volverán los verdes, risueños avellanos
a brindarme su sombra; si volverán mis manos
a descolgar, temblando, de entre las verdes hojas
los copigües agrestes, como azucenas rojas;
si volverán las aves, si volverán las mieles
y, en fin si, nuevamente, los índicos laureles
cual antes, en las albas de mi infantil historia,
sobre mi frente joven deshojarán su gloria!...

Y mi espíritu calla, y mi frente se cubre
con la púrpura cálida de las rosas de octubre...

VII

PRIMAVERA

¡Ya llegó la primavera con sus flores y sus trinos,
ya llegaron los gorriones, alegrando la pradera
con sus himnos argentinos;
ya sonrío el alma triste, y en bandadas peregrinas
como trombas azuladas,
las lejanas golondrinas
ya se acercan, ya se acercan, tras las frescas alboradas,
tras los tibios himeneos,
tras la eterna primavera, tras el sol de sus gorjeos!

¡Cómo alegra, cómo encanta la estación de los amores!
En el lago y en la selva todo ríe, todo canta:
los jilgueros y las flores,
las libélulas errantes, los alegres ruiseñores.

¡Cuánta mágica armonía!
¡Cuánta luz en la vertiente, cuánta gracia en la fontana!
¡Ya llegó la gran aurora, la alborada del gran día!
¡Ya llegó la gran mañana!

¡Yo amo el sol, yo amo la vida;
yo amo el nardo purpurino, yo amo el cisne de la
[fuente;
y la flor que en los oscuros arrayanes suspendida
se retrata en la corriente!

«¡Primavera, primavera!—va cantando la pastora.
¡Reina azul, edad de flores!
¿Quién al verte no te envidia, dulce amante de la au-
[rora?
¿qué pastora, la más bella, tiene ¡oh reina! tus colores?
Tú te ciernes en la fuente, tú eres néctar en los nardos,
son tu corte los gorriones, los miosotis y los nardos;
tú eres cántico en la selva, tú eres flor en la pradera,
¡yo te canto, yo te adoro! ¡primavera! ¡primavera!...»

Yo también vuelvo a la vida;
yo también siento en mi pecho fulgurar la nueva
[aurora:
mi alma triste que, dormida,
vió llegar la arrobadora
dulce edad de los perfumes, del amor y las sonrisas,

despertó, como despiertan los alados dormilones,
las palomas, los gorriones,
por las auras y las brisas sorprendidos
en sus tibios, blandos nidos...

.....

¡Todo pasa, todo pasa! ¡No es eterna la alegría,
nunca fué el placer eterno!
Ya vendrá la noche fría,
ya vendrán con otros soles los sollozos del invierno...
Pero en tanto que, entre brumas, aquel sol no se levanta,
¡pastorcita, ve a la fuente! ¡pastorcita, canta! ¡canta!

VIII

NATURALEZA

(Junto al mar)

Aquí, donde se humilla la voz del labio humano;
aquí, donde murmura su canto el océano;
aquí, donde la tierra sus límites señala
y al viento del misterio la vida tiende el ala;
aquí, donde el murmullo de las pasiones cesa,
oigamos lo que dice la gran Naturaleza...

Naturaleza es sabia más que todos los sabios,
flota la miel del numen sobre sus viejos labios,
en su potente cráneo todo lo grande gira
y ante su mano ruda la humanidad es lira:
lira en que tañe risas, blasfemias y lamentos,
como en el bosque, arrullos, y en los espacios, vientos.

Naturaleza piensa más que todos los hombres,
su gigantesco genio tiene infinitos nombres;
Ella concentra en uno, por ignorados modos,
todos los pensamientos y los ingenios todos.
Habla con voces claras, y el que su ciencia invoca
siempre recoge mieles en su divina boca.

La mano que ejecuta y el genio que imagina
han bebido en su cáliz la inspiración divina.
Las lirás y los bardos, las aves y los vientos
le deben sus estrofas, su ritmo y sus acentos.
En los geniales pechos Naturaleza late.
Naturaleza canta por los labios del vate.

Todo cráneo que hierve, todo nervio que vibra,
toda latente célula de toda humana fibra,
las faunas y las floras, los vientos y los mares,
no crean ellos mismos sus cantos seculares:
abajo, nada hay libre; arriba, todo es siervo:
Naturaleza es dueña de la savia, del verbo.

Y es justa como es fuerte: si dió al abismo el noto,
también sus manos dieron su brújula al piloto;
si dió la chispa al cielo, también dió a los mortales
el genio que desvía los rayos y los males...
Y ante su trono excelso y ante sus viejas leyes
se inclinan, juntamente, los siervos y los reyes.

Es madre de la estrofa, del ritmo y la armonía.
Sus tintes infinitos le da la luz del día.
Le deben su hermosura los blancos partenones,
su gracia, la paleta; su lauro, las canciones,
y el mismo sacro fuego que alienta el pecho humano
lo ha encendido ella misma con su potente mano.

Espíritu ¿has oído?... La fuerza y la belleza
son dones con que triunfa la gran Naturaleza.
Ella posee el genio que la canción inspira:
rindamos nuestras arpas ante su excelsa lira;
y aquí, donde se escucha la voz de los abismos,
pongamos nuestro oído junto a sus labios mismos.

III

MELANCOLIA

(1898 - 1900)

I

CREPUSCULO

A la memoria de mi 4.º abuelo
Jean Baptiste Du-Bled y Blondel

*Aire-sur-la-Lys, Flandes, 1716.—
San Sebastián, España, 1780.*

No sé por qué, cuando la noche llega,
mi espíritu no duerme ni descansa...
Mi espíritu es una ave que despierta
con las aves del huerto... Yo le he visto
salir por las mañanas, reclinado
sobre algún sueño que soñó en la noche;
buscar la inspiración bajo los pinos,
copiar en castas y risueñas rimas
la pompa eterna de sus ramas verdes;
coger violetas y suspiros blancos
para obsequiarlos a su bienamada,
la pálida Esperanza...

rubia princesa que conoce en sueños,
¡en sueños, nada más!...
Yo le he mirado
tranquilo y melancólico a la sombra
del viejo sauce que en el huerto crece:
a través de los trémulos cabellos
que el cristal de la fuente cosquillean,
él miraba, temblando, deshojarse
las hojas del crepúsculo...
La tarde es la dulce pasión del alma mía;
la tarde es un amor que se despide...
mi espíritu la canta porque es bella;
él también es crepúsculo y la llama,
después de mayo, su mejor amigo...

Muchas veces soñando con remotas
olvidadas edades, con oscuras
leyendas y doctrinas, he pensado
si al sentirme crepúsculo y poeta
no tendré yo, también, dentro del pecho,
la llama espiritual y transmigrada
de algún viejo crepúsculo difunto...
Si no seré la palidez de un día
dormido entre los témpanos del Norte,
allá donde la luz vive muriendo...
o si el tinte romántico que flota
sobre mis pobres y llorosos cantos

no será la neblina de esa tarde
que vió palidecer desde su celda,
cantando a solas la canción del sauce,
Desdémona, la Blanca...

Yo he soñado con nieblas y castillos,
con peñones abruptos y tajados,
y he creído sentir entre el silencio
de los bosques oscuros de mi tierra,
la selvática voz del Nibelungo
que al burgo marcha, deshojando rimas...

En el silencio de mis noches líricas
viene el pasado a mi aposento, y vago,
murmurando canciones olvidadas,
por el viejo panteón de los recuerdos...
de ese viejo panteón donde se duermen
los grandes sueños y las grandes almas;
donde el gusano saborea al genio;
donde vive el espíritu y alumbra
el fósforo fecundo de los cráneos,
trocado por el hielo de la fosa
en lumbre de luciérnagas...

Escucho

el extraño latir de aquellos pechos
a quienes la pasión o el odio humano
no han impuesto silencio todavía;

sonrío con las almas que sonríen,
y sobre el mármol de las tristes, lloro...
Y, cual si fuera mi lloroso espíritu
nacido en otra edad, me dan deseos
de quedarme a vivir con los difuntos...
¡Tal vez es menos mal vivir sumido
con el gusano que las fosas cría,
que rodar como un rápsoda las tierras
de esta patria del odio y del escarnio!...

.....

Así vive mi espíritu...

La aurora

le ve partir; la tarde
palidece con él; y bajo el palio
que le brinda la noche, como espectro
vuelve a su celda, cuando el gallo canta.

II

LAS HOJAS

A Alberto Cabero Díaz.

Por un camino que el viento puebla,
cada mañana,
con los despojos de un encinar;
bajo sus mantos color de niebla
bañado en grana,
dos hojas secas rezando están...

Convento aéreo, desguarnecido,
sin un murmullo de celda o nido,
sobre las hojas su frente escueta
cierne una encina del encinar:
sacerdotisas de algún profeta
para nosotros desconocido,
las pobres hojas tal vez serán...

Con el oído pegado al suelo,
bajo sus mantos acurrucadas,
tal vez entienden lo que murmuran
las rosas muertas allí enterradas...
Tal vez escuchan, si son poetas
—ya que en la tierra todo está junto—,
los epigramas y chanzonetas
de algún risueño clavel difunto...

Tal vez medita su vasta ciencia
—si fueron sabias las pobres hojas—,
en lo menguado de la existencia
de las encinas del encinar.
Tal vez esperan —si no lo han sido—
que llegue un cuervo desconocido
que sus pecados venga a juzgar;
y al figurarse su pico corvo
que las devora de sólo un sorbo,
tal vez las hojas tiritarán...

La tarde muere, se duerme el día;
por los boscajes y las quebradas
soñando viene la noche fría;
sólo se escucha la voz del sueño;
duermen las plumas y las corolas;
sólo murmuran
por el camino, rezando a solas,
las hojas secas del encinar;
mas no están solas, que están conmigo;

yo soy su hermano, yo soy su amigo;
como ellas triste, mi pobre vida,
murmuradora, desconocida,
por los caminos rodando va...

La tarde muere; ya canta el grillo;
buen hortelano, pasa el rastrillo,
mas no lo pases, buen hortelano,
por el camino que el viento puebla
con los despojos del encinar...
que allí, en silencio, mi pobre amigo,
bajo sus mantos color de niebla
dos hojas secas rezando están...

Por lo más santo yo te lo pido,
su misterioso dolor respeta...
sacerdotisas de algún profeta
para nosotros desconocido,
las pobres hojas tal vez serán...

III

FELIZ ¡OH, TU!...

1

Feliz ¡oh tú! que puedes,
selvática avecilla,
libar el néctar sin ajar los cálices;
y tú, panal, que obtienes
la miel de las abejas
sin arrancarles, como yo, la vida.

2

El niño, en su inocencia,
deshoja el blanco lirio
tras la gota de miel que en él se cría:
la flor se troncha y muere,
y al tallo mustio y huérfano
la miel no torna, como torna el ansia...

¡Quién fuera flor! ¡Quién fuera
 panal, abeja o lirio!...
 Así del corazón fluyera el néctar
 sin pena, como fluye
 del lirio o de la abeja
 la miel que da placer, placer sin lágrimas...

Yo sé de muchas almas
 en cuyo seno bulle
 la dulce inspiración, la miel que alegra;
 mas, ¡ay! que sólo brota
 la tierna estrofa, hiriendo
 el tronco al corazón, como a la palma...

Y el canto gime, y lloran
 las almas al cantarlo,
 y aunque el alma del vate no perece,
 su aroma no es aroma
 de flor, es de hoja seca,
 de abeja que se muere, de flor mustia...

IV

NOCHE LIRICA

A Roberto Brenes Mesén.

Yo escuchaba a Beethoven... Como un sueño se esfumaban los plácidos acordes de su Claro de Luna... Los cristales, empañados y fríos, destilaban la luz de las estrellas; y, a lo lejos, como quejas inmensas, se perdían, del paisaje tristísimo en la sombra, los lúgubres ladridos de los perros...

La estancia estaba oscura. Dos bujías, hieráticas y pálidas, brillaban como rayos de luna sobre el piano... sobre un piano negrísimo, perdido del aposento en la penumbra vaga.

Yo estaba allí también, pegado al muro
como una larva, sin acción, los ojos
clavados en la frente luminosa
de mi amigo el artista, que arrancaba
del teclado blanquísimo aquel canto...

 Mi espíritu vagaba
por regiones extrañas a la tierra:
por ese mundo que se forja el sueño
cuando la imagen de lo grande pasa
desgarrando, en silencio, los tejidos
de nuestra fantasía,
como el águila audaz, al remontarse,
las muselinas que la araña tiende...
Cada son, cada nota, cada arpeggio
que exhalaban las cuerdas vibradoras
tomaban formas de visión...

 Mis ojos
las miraban cruzar sin hacer ruido,
a través de la estancia...

 Como un cóndor
sin alas y con vida,
se revolcaba en mi cerebro loco
la suprema inquietud del que se siente
preñado de ambición y de impotencia.
Unas tras otras, las plateadas plumas
de mis alas caían, y con ellas
los primeros ensueños de la gloria...

Que ante el genio que pasa, se descubren
las locas ambiciones, y los cantos
del pobre soñador, como jilgueros
cegados por un astro, se deslumbran
y caen aleteando...

Yo sentía
esa impotencia abrumadora y triste
ante el Claro de Luna...

Somnolientas
las oleadas armónicas rodaban
con la cadencia del reptil que encoge
y estira sus anillos... Yo sentía
el crujir de las hojas, el cimbrarse
de los verdes helechos, el murmullo
del tábano aturdido y, finalmente,
como roscas de hielo,
el vientre del reptil en mi garganta...

Callaba el piano, y la serpiente huía...
Volvía el piano a sollozar sus notas
y otra nueva visión me hería el pecho:
era la imagen del divino artista
que flotaba en la sombra... La brumosa
melena de Beethoven, su ceñuda
mirada escrutadora y la lejana
profunda lontananza de su frente
surcada de grandezas, me imponían
como una tempestad sobre las nubes...

Y me hacía pensar todo aquel mundo
de sublimes cadencias arrancadas
a las cuerdas de bronce,
en esta sollozante y melancólica
sonata que preludian
ha tantos siglos las humanas arpas...
en esta misteriosa partitura
en que alternan la risa con el llanto,
la luz que nace con la luz que muere,
la ceñuda maldad y el bien que besa...

Del río de la vida en las riberas
la vieja humanidad sus arpas pulsa...
Allí coge su pan... En cada invierno
se desborda el torrente y al verano
la espiga fresca le sazona el hambre.
Allí bebe las dichas o las penas,
según estén las misteriosas aguas
cristalinas o turbias. Allí canta
esa eterna canción que se prolonga
desde el sueño del Génesis, la cuna;
hasta la muda eternidad, la fosa...

Canción que encierra en su cadencia extraña
todo son, toda nota, todo arpeggio;
desde el grito primero que exhalan
los hombres primitivos

al borde de los antros misteriosos,
hasta el hondo clamor que nos arrancan
a los hombres de ahora
los callados abismos del espíritu...

Hoy el agua está turbia; se ha trocado
la canción en nocturno... ¿Quién no siente
en el fondo del alma la armonía
de su música extraña y melancólica?...
Yo la escucho en mi ser, yo soy un arpa
de esas que vibran al compás del tiempo...
Yo estoy en la ribera, y la esperanza
me dice que la noche no es eterna;
que vendrá el día, que vendrá el verano
y con ellos la espiga que sazone
las hambres que me acosan y me enferman.

Si así no fuera; si en mi pecho joven
no clamara una voz eternamente,
anunciando la tierra prometida,
la tierra de las mieles no libadas;
si todo fuera un cadencioso sueño
de mi dormido corazón de niño,
ha mucho tiempo que las ondas frías
llevarían cubierta con su espuma
a la fosa común del desengaño
mi lira de poeta y mi esperanza...

V

A UN ALMA BUENA

Tú, que conservas en tus blancas alas,
sin amarguras, el olor del nido,
golondrina de aldea, por la noche
caída del alero...

Tú, cuya tierna y virginal sonrisa
sale a tus labios a mirar al vate,
como rústica niña a la ventana
cuando pasa el Santísimo...

Tú, que aunque niña y juguetona cuidas
de no tronchar las olorosas flores,
como lo hacen las tímidas ovejas
con los lirios del prado...

Tú, que no mientes como mienten todos;
ven a decirme una verdad, reclina
sobre mi pecho tu gentil cabeza
y dime lo que escuches...

—Escucho una canción cuya armonía,
como neblina del invierno, flota,
se posa en el espíritu y empaña
sus límpidos cristales...

Un murmullo otoñal de selva virgen,
un rumor melancólico y extraño
como de mirlos que al venir la aurora
de nido a nido charlan...

No es la voz de la alondra que, hasta el cielo,
cada mañana su canción levanta:
hostia-gorjeo que en el bosque tiene
por sacerdote al ave...

No es la esclava canción del avecilla
que entre las rejas de su jaula ríe
para ganarse una ración de trigo
y una gotita de agua...

No es la música triste y plañidera,
que llama a compasión, del organillo,
ambulante sollozo, que no pagan
los que nunca han llorado..

Es el dulce rumor de un arpa virgen
que la feliz naturaleza pulsa:
es la canción de un ruiseñor que exhala
sus trinos en la sombra..

Es la voz de un espíritu que sueña,
que delira y que canta, como el ave..
Es el perfume de un incienso puro
encendido en un alma..

VI

LAGRIMAS

I

Campana que tocas en los funerales
de mis esperanzas; ecos sepulcrales
de extraños responsos; amargos acentos
que a veces me traen los gélidos vientos
que lamen las costas agrestes que habita
la mitad de mi alma, con mi madrecita...
Yo siento una pena que me tiene enfermo:
lloro cuando escribo, lloro cuando duermo,
lloro cuando pienso, lloro cuando canto,
pero sólo a oscuras derramo mi llanto.
La pena de mi alma no tiene testigos.
Nadie me acompaña... Mis buenos amigos
tal vez no sospechan que llevo una daga
clavada en el cráneo... Soy débil, y apaga
los cirios de mi alma la mano del miedo...
Yo temo a los hombres que ríen, y cedo

riendo, a sus risas... El mundo me oprime.
Yo siento su peso en mis hombros y gime
mi pecho al sentirlo, con ese gemido
que el labio no brota ni escucha el oído...

Yo soy un jilguero que vino a la tierra
con todas las notas alegres que encierra
la fresca garganta de un ave. Mi cuna,
tal vez algún hada, a la luz de la luna
tejióla, cogiendo la pluma más fina
del bosque araucano... La luz opalina
del astro nocturno le dió a mis canciones
el pálido tinte; la brisa, sus sonos;
las ruinas, el sueño; la fuente, su arrullo,
y el mar de los golfos su vago murmullo...
Mas, vino la suerte, llevóse aquel nido
y en la rama seca de un árbol perdido
del mundo, colgólo... La suerte
que abriga las cunas con ropas de muerte,
rodea los nidos de zarzas agudas
y viste de espinas las flores desnudas...

2

Hoy cruzo la tierra como un peregrino
de tiempos remotos, buscando el camino
que lleva a las tumbas. Hoy cruzo la tierra
buscando el perdido sepulcro que encierra

los restos amados de mis alegrías...
Y pasan los soles, y pasan los días
sin que aquel lucero que se fué al oriente
con los Reyes Magos, me diga «¡detente!...
Detente, rey-mago del reino del sueño,
que aquí es donde adoran el místico Leño
los pobres viajeros; aquí es donde mora
la flor de tus sueños, la luz de tu aurora
y el alma del mundo que habitas... Poeta,
calma tus tristezas, tu nostalgia aquieta;
es esta la tumba de tus alegrías...
derrama tu llanto como en otros días
los bravos Cruzados que del occidente
vinieron cual vienes... Poeta, detente...
Y después que llores sobre los altares
de Sion rescatada, retorna a tus lares
llevando la paz en el pecho; la calma
que perfuma el sueño y adormece el alma...
Mas, si se despiertan tus viejos dolores
y las penas vuelven a amargar tus días,
cávate un sepulcro, poeta, y no llores,
que irás a juntarte con tus alegrías...»

VII

LOS VIEJOS

Yo he visto en el invierno
bajar, temblando, los livianos copos
de nieve candidísima; yo he visto
en el pálido otoño,
besadas por los vientos,
en trémulos zigzags, caer las hojas,
mis tímidas amigas, mensajeras
de tantas cosas que yo sé en secreto...

Yo he visto despoblarse en cada mayo
los álamos del huerto,
volar las aves y caer los nidos...
y, alcobas de un amor que no han vedado
los hombres ni los dioses,
he mirado los cálices desnudos .

lejos del ave que cogiera en ellos
el pan de cada día.

Y ante el duelo invernal de los follajes
he pensado en la mística Esperanza
para luego olvidarla; y he pensado
en las cabezas que la edad blanquea,
en las pálidas frentes inclinadas,
y en esos ojos de vidriados tintes
por donde asoman a mirar el cielo
los espíritus mustios y cansados...

¡Invierno!... ¡Ancianidad!...

Como las hojas
—esperanzas, tal vez, del viejo tronco—
se desprenden del árbol y en silencio
se entregan a la tierra y al gusano;
así, del viejo y achacoso espíritu,
al soplo de los años, las ideas
—en silencio, también, como las hojas—
se desprenden y caen...

¡Invierno!... ¡Ancianidad!...

Las pobres hojas
van al camino, del camino al lodo,
del lodo a la raíz, de allí a la rama,
tal vez a germinar donde mis ojos
vuelvan a verlas y a cantar sus gracias...
Pero las hojas que del alma caen

cuando las brisas del invierno soplan,
esas dulces ideas que abandona
la pálida vejez ante los ojos
del gran Espigador ¡no vuelven nunca!...

¡Oh tibio invierno que las frentes nievas,
tú no me haces cantar; no soy tu amigo!

VIII

VOCES INTIMAS

A Samuel A. Lillo.

«Jacob —me dijo mi conciencia un día,
cuando apenas el sol de la mañana
desvanecía con sus rayos tibios
las postreras luciérnagas del sueño...
del sueño de las almas en capullo
que ven un templo en cada flor campestre
y en cada fuente cristalina, un cielo—,
Jacob, yo sé que en lo interior de tu alma
ha plegado la fe su cáliz blanco,
yo sé que tu ilusión se desvanece
como el perfume de una flor tronchada,
yo sé que la pasión te ronda el sueño,
y que el viejo dolor te cuenta historias
de viajeros sin rumbo, de cruzados,
de alegrías difuntas y de risas
que se marcharon, para siempre, al cielo.

«Pues bien, yo quiero desgarrar la venda
que como un sueño tus miradas turba,
y si, acaso, a la voz de mi experiencia
se humedecieran tus pupilas, llora,
que esas que bajan a besar los ojos
son las hermanas del dolor, las lágrimas.

«Jacob, la tierra es miserable, brota
capullos de virtud, hermosas flores
y a veces misteriosas sensitivas
que hasta al aliento del amor se tronchan...
Pero, al capullo de virtud, la tierra
le hace nacer en los ramajes altos
donde sirva de pan para los cuervos;
a la flor delicada, en los jardines
donde la tronchen infelices manos,
para hacerla morir a medianoche
en los altares de algún dios de piedra;
y a la dulce y piadosa sensitiva
la deja el mundo en los zarzales agrios
donde rompan su veste las espinas...

«Eres joven aún: como las aves
que de los nidos en el fondo sueñan,
sólo conoces el azul del cielo,
cortinaje perenne de las cunas;
eres joven aún, y acaso sueñas
con una tierra de color de rosa:

no lo sueñes, Jacob, yo te lo digo,
la tierra no es azul, no hay en su seno
las tibiezas maternas de los nidos, *
ni ese eterno dulzor que nos soñamos
en las plácidas horas infantiles. . .
Por las heridas que la edad nos abre,
el sueño de las frescas juventudes
se va, como el incienso perfumado †
por los muros rasgados de los templos.

«Es la vida, Jacob. como aquel monte
en cuya cima se enclavó al Mesías.
El hombre sube por las agrias cuestas
con la vieja experiencia a las espaldas
a manera de cruz. Allá en la cima
nos clava la vejez en aquel leño,
volviéndonos el rostro hacia los valles
que dora el sol en los primeros años.
Y sólo entonces, desde el alto monte,
clavados en la cruz del desengaño,
enfermos del espíritu y del cuerpo,
nos damos cuenta de la vida humana.

«No sé cómo subí, mas yo he subido,
sonámbula, tal vez, hasta esa cumbre.
Y hubo labios temblantes y marchitos
que apagaron su sed con el vinagre
que yo les ofrecí; piadosos ojos
que murieron mirándose en los míos;

espíritus cansados y dolientes
a quienes les serví de Cirineo,
y hasta labios marchitos, que pagaron
mi pobre caridad, con maldiciones,

«¡Eso es la realidad, eso es la vida!...
Acaso un sueño, pero un sueño triste...»

Así habló mi conciencia, desde el fondo
del búcaro de mi alma, perfumado
con violetas marchitas, pensamientos,
siemprevivas y azules nomeolvides, *
símbolos muertos de recuerdos vivos.
Yo escuché sus amargas reflexiones
deshojando, en silencio, en mi memoria
la margarita de mi ideal tronchado;
y, en silencio también, como el viajero
que se aleja del mundo de los vivos,
me alejé del hogar de mis ensueños
con el bagaje de mis propias ruinas.

*

Y aquí voy, como el hijo del Patriarca,
tras la esposa ideal, desconocida;
tras la paloma que se fué del arca
con la oliva naciente de mi vida.

Y aquí voy, por caminos ignorados,
como el viejo pastor de las consejas,
pastoreando por montes y collados
mis blancos pensamientos, como ovejas.

Y aquí voy, peregrino de otra vida,
buscando, como el pájaro perdido,
un nido para el alma entumecida,
y un frondoso laurel para ese nido.

Y aquí voy, peregrino y solitario,
y mis locos ensueños van conmigo
yo no sé si a la cumbre del calvario
o a la mísera fosa del mendigo;

¡ni lo quiero saber!... ¡El alma fuerte
que las nubes altísimas escala,
ni teme el huracán, ni el rayo advierte,
ni mide la extensión, ni mide el ala!...

IX

¡SE FUE!...

A mi madre.

Era la edad en que, sin miedo, anida
la fe en el corazón... dorada llave
que nos abre las puertas de la vida
sin entregarnos su siniestra clave;
estación misteriosa y pasajera
que llaman los poetas: primavera...

¡Piensa en Dios —me decías,
enlazando tus manos con las mías
y mostrándome el cielo con los ojos—,
piensa en Dios, hijo mío,
que allá está la esperanza, acá el hastío!...

Yo, postrado de hinojos
sobre mi tibio y entreabierto lecho,
te escuchaba temblando,
con esa muda admiración del niño
que piensa que está Dios detrás del techo...

Después, cuando en silencio meditabas,
a través del presente, escudriñando
mi porvenir incierto,
más pálida que el mármol, semejabas
el ángel del amor velando a un muerto...

*

Los años han pasado,
mi cuna ya está lejos,
y del fúlgido sol que me dió vida,
los últimos reflejos
se han perdido del tiempo en la guarida.

Tú llevas en la frente
un centenar de canas,
y yo, no sé qué espinas invisibles
en lo interior del alma...

Hoy, ya no vienes a contarme historias
al borde de mi cama,
como en aquellos tiempos
en que de Dios me hablabas...

Hoy, si tú lloras, lloro;
y canto si tú cantas;
pero así como lloran o sonríen
al rodar por la falda
las hojas amarillas
que mayo desparrama...

Hoy hallo en ti lo que no encuentran todos
un ángel de la guarda,
un Dios que me protege,
un Dios que no me engaña;
que, en fin, madre querida
—te lo confiesa de rodillas mi alma—,
¡tiempo hace ya que se voló del techo
el Dios aquel de que en tu amor me hablabas!...

X

EN LA NOCHE

(fragmento)

.....

Permite ¡oh Noche! que en tus negras aras
murmure una oración y haga un recuerdo...
una vieja oración que me enseñaron
tus hermanas de invierno
cuando les dije que buscaba al padre
de mis eternos sueños...
Es un himno en que riman
la paz y el himeneo,
funerario cantar en que se nombran
sepulcros, cementerios,
atmósferas de sangre,
funerales y cuervos...

Permite ¡oh Noche! que en tus negras aras
murmure esa oración y haga un recuerdo
para mi dulce madre
que vive lejos, en el mar, ¡muy lejos!...
¡Amable mensajera,
sobre tus alas de ébano
transporta a los umbrales
del tibio hogar donde viví contento,
las locas alegrías
de un corazón ya viejo!...
¡Asómate a mi cuarto,
que debe estar desierto...
de mi dormida madre
penetra al aposento,
descorre las cortinas,
arréglale el cabello,
murmúrale mi nombre
y en medio de la frente dale un beso!...

XI

PIEDAD

¿Que es ingrata la tierra? ¿Que es ingrata
y es cruel la humanidad en que te agitas?
¿que no acoge tus ansias infinitas
ni se angustia del duelo que te mata?

¿Que no hay vuelo de tu alma que no abata
su maldad?... ¡di, más bien, que son malditas
tus ansias infecundas y tus cuitas
y esa loca ambición que te arrebató!

¡No maldigas del hombre, que es tu hermano,
y, acaso, como tú, su angustia loca
ve perderse, sin eco, en el abismo;

Mírate en él; extiéndele tu mano
y, anegado en piedad, besa en su boca
la triste humanidad, que eres tú mismo!

XII

TARDE...

Como enjambre de niños que inclinados
de un pozo en el brocal, hundirse miran,
dando rebotes, la moneda de oro
que fuera su placer momentos antes;
así, en la tarde de aquel triste día,
en torno del ocaso, amontonados,
contemplaban los cúmulos de fuego
la caída del sol...

Las brisas tibias,
la tristeza sin fin de los paisajes
todo aquel ornamento funerario
tendido por la sombra y el silencio,
me hicieron inclinar la mustia frente
sobre mi propio corazón...

Tendía
también allí la solitaria tarde

XIII

LA ETERNA LUCHA

A don José Toribio Medina
Zavala y Almeida.

1

¡Lucha! ¡brega! ¡trabaja! ¡labra el nido!
—dice al niño el mentor—; coge la espiga
que abandona a su paso dolorido
con franca mano, la experiencia amiga;
en la boca del sabio pon tu oído;
haz fuerzas para ti de su fatiga,
y encorvado, cual sauce en la corriente,
refresca el labio en su apacible fuente.

¿Ves cómo empieza el clamoreante océano
donde la playa, muellemente, acaba?...
tal de la infancia al florecer lozano
sigue la juventud del duelo esclava.
Fortalece tu brazo, ve tu mano
que el remo es duro y la jornada es brava,
y ¡ay de ti! si tus ansias no encadenas,
que la mar está llena de sirenas...

2

Y pasa la niñez como triscante
música, oída en la mitad del sueño,
y en medio de la mar el navegante
ve a cada golpe recular su empeño.
¡Conforta el alma! —al viajador errante
le grita la gran voz—; desdobra el ceño
y esfuerza el brazo, que esta edad tan breve
no dura al tiempo lo que al sol la nieve.

¿Ves cual coge la abeja el néctar puro
de flor en flor, en el verano hermoso?...
así en su estío, la quietud del muro
que ha de abrigarle, se propicia el mozo.
¡Cómo endulza la miel del tiempo duro
las horas apacibles del reposo,
y cómo en las tristezas de la tarde
redobla el frío al luchador cobarde!

Y al fin la tarde, mudamente llega
 como bruma de invierno, y el anciano
 cansado ya de la doliente brega,
 busca el reposo; mas lo busca en vano,
 que la eterna conciencia —esfinge ciega
 que en los pórticos vela de lo arcano—
 ¡despiértate! le grita al peregrino,
 que aún estás al principio del camino;

¿que no temes el hambre? ¿Dióte, acaso,
 para abrigarte, su vellón, la oveja?
 ¡lucha! ¡cava la tierra! cansa el brazo,
 que la pálida muerte está a tu reja.
 ¿Sabes adónde se va el humo escaso
 que cada día de tu hogar se aleja?...
 Pues, asimismo ignorará el futuro,
 si no sabes luchar, tu nombre obscuro.

Y al fin cae aquel hombre cuando apenas
 comenzaba la lucha de la vida...
 No han tocado sus plantas las serenas
 riberas que soñara a la partida,

ni han logrado los golpes ni las penas
detenerle en su hipnótica corrida
tras la fresca y primera mariposa
que le encantara en su niñez de rosa.

Y, cual siguen las olas su imponente
carrera sobre el náufrago navío,
al humano dolor, indiferente
sigue el abismo en su clamor bravío;
y otro sol, y otros hombres, y otra gente,^s
de la cuna pueril hasta el sombrío
sepulcro, van guiados por su acento,
cual altos ibis que acaudilla el viento.

Que es la lucha a la vida lo que el fuego
a la luz, y al torrente la carrera,
y ¡ay! de aquel que en pestífero sosiego,
lago de fango, su derrumbe espera:
¡menos hombre que el bruto que al labriego
da su afán, más, de cierto, le valiera
haber nacido miserable espino
o errabundo pedrusco del camino!

XIV

ANGUSTIA

¡Oh playa ultramarina, que me esperas!
¿dónde, cómo, y en qué distantes horas
habrán de transponer estas ligeras
balandras que tripulan mis quimeras
el piélago de sombras en que moras?...

¡Oh qué noches más lentas he pasado
pensando en ti, u oyendo la campana
de las horas, o el grito desvelado
del cuervo, que en los mástiles posado
saluda, en cada estrella, a la mañana!...

¡Tuyo soy! ¡Por ti lucho! ¡Sólo vivo
para ti!... Me he olvidado, por buscarte,
de la paz, del amor y de este altivo
mundo implacable de que soy cautivo,
y ¡ay de mí! si no acabo por hallarte...

I V

HOJAS DE ALBUM

(1901 - 1917)

I

BALADA

A doña María Errázuriz de Riesco.

1

Cierto cantor de otra edad
cuenta, señora, de un rey
que rigió la humanidad
sin más ley
que su infinita bondad...
¡Qué alma pura!
¡Qué misterio para sabios
la inagotable ternura
que sonreía en sus labios!...
—«¡Filtro!» —decían las bellas;

—«¡Don de Dios! —la santa grey;
los astrólogos: —«Estrellas
que han dado su lumbre al rey»...
Pero fué en vano, fué en vano
que se inquiriera el arcano
de aquel corazón discreto;
y, como todo lo humano,
murió el rey con su secreto...

2

Pero en cierta vieja fabla
que descifré el otro día,
de una reina también se habla
que al lado del rey vivía:
gran señora,
a quien el trovér compara
con la aurora
por su hermosura preclara;
pero tan discreta, al par,
que nunca el sol vió brillar
su carroza de oro y plata
ni su mantón de escarlata
do pudieran deslumbrar...
«Era ella
—proclama el bardo— la estrella,
la soberana, la ley,
la ternura de aquel rey...

Y, cuando el Sumo Raudal
les arrastró en su corriente,
juntos, el sueño final
durmieron eternamente...

ENVIO

¡Señora! Coged la flor
que os brinda, soñando, un mozo
con dejos de trovador...
Aquel pueblo era dichoso:
lo pastoreaba el amor...

Santiago, 1903.

II

A UNA NOVIA

1

El amor es golondrina
que a quietarse no se allana,
ni en collado ni en colina;
hoy anida en tu ventana,
y mañana
en mi alero se avecina.

2

La amistad es hiedra eterna
que en verano adhiere a un muro
y en el mismo muro invierna,
y que, al cabo, si su tumba
halla el muro, de seguro
con el muro se derrumba.

A la amistad nada arredra...
¡Dulce Lina! 
no te olvides de esa hiedra
cuando seas golondrina.

1902.

III

A ROXANA

1

Si fuera tu patria el Lacio
o mi cuna hubiera sido
bajo algún laurel florido
del claro país de Horacio,
yo hubiera, a tu honor, Roxana,
en sacrificio, rendido
dos palomas a Cupido
y una corza blanca a Diana.

2

Si yo fuera un caballero
de los tiempos medievales,
por tus manos imperiales
y por tu cuello altanero,

haría morder la tierra
y renegar de su dama
a los Nueve de la fama
y al mismo Artús de Inglaterra.

3

Y si en la edad de algún Luis
hubieras tú paseado
bajo el Gran Trianón dorado
tu erguida y ducal cerviz,
¡ay! de Luis XV, el galano,
si al figurar un minué
te hubiera oprimido el pie
o acariciado la mano...

4

Que esta es la prez que acredita
—joven, latina y feudal—
señora tan principal
como es la que en mi alma habita;
oro y mirra ¡pesia a Dios!
que daros no puede ahora
quien vive por vos, señora,
y muere, también, por vos...

1902.

IV

GRACIELA

¿Has visto a mi paloma?...
le pregunto a la alondra, por la tarde,
y a la estrella del alba, cuando asoma;
y el ave y el lucero,
que aún no viene —me dicen— la que espero...

Y una alondra perece,
y otra estrella despunta, y otra alondra,
y mi blanca paloma no aparece,
y mi alma que la aguarda,
¡cuánto tarda! —solloza— ¡cuánto tarda!...

1900.

V

SOLEDAD

Si quieres, alma canora,
que el verdor de la pradera
que hoy recorres sea eterno,
cultiva la flor de ahora,
que eso es guardar primavera
para los meses de invierno.

1902.

VI

CARMEN

Carmen: mi indiano rabel,
a más del nombre de loco,
me ha dado un haz de laurel,
¡pero es poco!.. .

Feliz, si llego a alcanzar,
después de tanta fatiga
y en pos de tanto cantar,
una amiga.. .

Que según cuentan los sabios
y los astrólogos cuentan,
más verdad se halla en dos labios
aunque mientan,

y más calor en dos ojos,
aunque nos nieguen su llama,
que en los incendios más rojos
de la Fama!

1901.

VII

ATLANTIDA

Todo el que cruza esta vida,
según los sabios tan vana,
lleva en su espíritu, Adriana,
una Atlántida escondida. . .

Paraíso en floración
cuya voz nos trae el mar
cuando solemos cruzar
muy cerca de un corazón.

¡Qué de taciturnos ceños
y qué de siniestras calmas
no ocultan imperios de almas
y continentes de sueños!

¡Y qué de negros abismos
y de implacables dragones
guardan nuestros corazones
hasta de nosotros mismos!..

Rasgar, Adriana, aquel hielo,
y entre esa bruma sombría
cruzar el mar sin más guía
que las estrellas del cielo;

Ser luz, ser fuego que abrasa,
ser esperanza y olvido;
tener la visión de un nido
ante cada acción que pasa;

Doblar, por fin, la alta vela
ante esa Atlántida oscura
tras la que toda alma pura,
dormida o despierta, vuela;

Ser rey de ese mundo ignoto...
Sólo sé de un barco, amiga,
que tanta gloria consiga...
y es el amor su piloto...

1902.

VIII

EN LA PARTIDA

Rosa:

la estrella errante
cuyo fulgor declina,
la olada sollozante
que por el mar camina...
el cardo aéreo y leve,
la nube, el son, la nieve;
el errabundo bardo
que suspiró en tu fiesta
—pálida flor de cardo
que hoy a volar se apresta—;
todo lo que un momento
debe su vida al viento,
llámalo aroma, canto
amor, ternura o llanto...

viene de lejos, crece,
teje en el alma un nido...
pasa, se desvanece,
¡cae en eterno olvido!.. .

1904.

IX

A LAURITA

Paisanita andadora,
¿qué podré yo contarte
del frescor de la aurora,
del ensueño o del arte;

¿qué del lago encantado
o de su ignota playa,
que no te haya contado
primavera, tu aya?...

Mi balandra, en su viaje,
ya sus luces enciende;
yo ya ignoro el lenguaje
que tu almita comprende;

mudo, a veces, el llanto
mi soledad acosa:
¡cierra, cierra a mi canto
tu orejita de rosa!...

Pide música al aura,
sigue al mirlo en su vuelo;
sus pío-píos, Laura,
cuentan cosas del cielo.

Para ti y sus querubes
escribió Dios el cuento
que suspiran las nubes
cuando las lleva el viento;

y hay mil voces hermanas
que hablan para ti sola,
en las locas campanas,
en el viento, en la ola,

en la hojita que rueda
y en el agua que pasa,
y en la alondra que enreda
su nidito a tu casa...

¡Oye! niña querida,
mientras dura el encanto;
que ya nunca en la vida
se renueva ese canto...

París, 1905.

X

LUISITA PARTE DE ROMA

Las golondrinas
apenas crían alas
dejan las ruinas;
tú las igualas:
te vas, ligera,
a llevar a otros mundos
tu primavera.

Hoy, de esta Roma
que te vió pichoncita,
te vas paloma...
¡Te vas, Luchita,
de este divino
cielo, que tu alma hacía
más cristalino!

Amor, que un día
robó a Psiquis, proteja
tu travesía.
Su ala de abeja
te rapte, y lleve
sobre el monte y la nube,
l'agua y la nieve...

Perfume al viento
que te lleva a otros lares,
flor de Sorrento,
zumo de azahares.
Voz de sirena
ponga en tu oído errante
la mar Tirrena...

Paz, a la tierra,
mientras tú la atraveses,
brinde la guerra...
Como las mieses
ante la brisa,
los ejércitos se abran
a tu sonrisa...

Tierra que huelles
cubran de flores
presidentes y reyes

y emperadores;
y hasta la aduana
de Francia, cuando pases,
se torne humana...

¡Adiós!... Ya Roma
vela, al mirarte lejos,
su sacra Loma,
sus pinos viejos,
sus cielos puros...
¡Sea eterna tu dicha
como sus muros!...

Tu pobre amigo
en Roma no se queda;
se va contigo...
a tu alma enreda
sus hojas verdes...
¡Que el tiempo las respete!
¡Que lo recuerdes!

Roma, 1917.

XI

GRABADO EN UNA COPA

Para Juan Francisco González Escobar.

Se ennoblezcan tus bordes
¡copa! al contacto de esos libres labios,
por el amor y la desdicha, sabios;
con la verdad, acordes.

Bogotá, 1920.

V

LA VOZ DE LA RAZA

(1899 - 1903)

I

LA VOZ DE LA RAZA

¿España? ¿Francia? ¿Roma? ¡No! ¡no!...
[No turba el vuelo
de mi alma la nostalgia de sus campiñas de oro,
en donde habita y reina, como un distante abuelo
el viejo sol latino: ¡risueño sol!... No lloro,
ni tiemblo, ni me afo por los brumosos montes
de la Germania heroica o el Septentrión distante,
ni arranca al ojo mío sus patrios horizontes
la enorme y formidable visión del balbuceante
imperio que hasta el cielo remonta sus viviendas:
mansión de águilas locas, laboratorio augusto,
que hace temblar a Hohenzollern sobre su trono adusto
y estremecerse al Anglo bajo sus viejas tiendas.

Pequeño como un grano de arena, sueño, espero,
perdido aquí, en el fondo de mi nativo estero.
No aspiro a la mar honda de que hablan los alciones
errantes, que atraviesan, volando, las naciones

y los mares... ¡Me basta, para la gloria muda
de mi ambición, tendido sobre la arcilla ruda
que holló mi planta siempre, saber lo que le cuenta
la savia engendradora a la raíz sedienta;
oír el rumoreo del encinar futuro
en la simiente muda; bajar al reino obscuro
del porvenir; ser hombre, ser hijo, ser esclavo,
ser bardo, serlo todo por este pueblo bravo,
por este mundo nuevo sumido en la penumbra,
que desde el alto polo la Cruz del Sur alumbra;
por esta virgen ruda que adora mi alma inquieta
con fiebre evocadora de amante y de poeta!

¡Ay del cachorro torpe que las maternas ubres
desdeña, porque en ellas no está la leche fuerte
de la africana leona! Desgarra oculta mano,
con hierros de nostalgia, la frente que no advierte
la luz, y en ella mora. ¡Precisa ser gitano
plumón de cardo loco para entregarse al viento,
cruzar tierras y mares con su turbión violento,
ser paria en este mundo, y errar por él proscrito,
sin detenerse nunca, como Caín, maldito!...

¡Mozo! la tierra agreste que te sustenta, cava;
pídele fuerza y sea tu amiga, y no tu esclava.
Respetá, roble joven, al bosque: genio suyo
es tu potente genio, y es gloria dél, tu orgullo.

¡Alma sensible que oyes a la distancia y sabes hasta lo que preludian las errabundas aves, escucha en torno tuyo y acoge el peregrino cantar que a tu alma busca, y alegra tu camino!

Y tú, alma mía, canta las penas y ternuras de tu progenie amada. Sé lumbre en sus oscuras cavernas. ¡Canta! ¡Canta la mar gloriosa, el llano fecundo, la montaña que aún guarda un eco indiano! y esparce sueños dulces, y luz de estrellas nieva sobre esta cuna agreste que abriga un alma nueva.

En las amargas horas del gran camino, en donde nadie protege a nadie, ni humana voz responde cuando el altivo llama, hazte para tu guerra dos báculos gigantes del Cielo y de la Tierra... No desprecies la ortiga, ni el vendaval contrario, ni las silentes bocas, ni el coro tabernario de los batracios: todo, para el potente, es bueno como la miel; le exaltan el odio y el veneno. Que no es el himno grande la nota dulce y pura, sino el clamor unánime, que el águila en su altura recoge: tempestuoso, tiernísimo, protervo, mezcla de insulto y ruego, de amor y de odio acerbo...

¡Oh espíritu! ¡Sé fuerte! La tierra intacta espera tu amor. Arraiga en ella, y ¡arriba! siempre ¡arriba! remóntate, cual llama de incendio, prisionera del suelo que la nutre, y del azul cautiva.

II

SELVA PATRIA

Montaña secreta y muda
qu e nos albergas, te adoro
terca así, y así desnuda;
tu alma hirsuta es un tesoro...

Cam no soy: respeto y guardo
tu desnudez siempre bella;
pobre es mi capa de bardo...
quiero cubrirte con ella.

Desde Ercilla, aquel guerrero
tu primero y grande amor,
tu lecho persiste entero,
intacto tu labio en flor;

clama aún el indio esclavo
contra el viandante que llega;
ladra al astro el perro bravo
que se ayunta en tu alma ciega;

senda no hay que nos conduzca
por tu seno a campo raso;
la maraña que te ofusca
sólo cede al machetazo;

y a tal punto tu alma recia
guarda aún la herencia tibia
de la indiana madre Fresia
y el intrépido Valdivia,

¡que aún retumban tus collados
con los gritos y las señas
de tus hijos empalados
o hechos trizas en las peñas!.. .

*

Pero, ¡triunfas!.. . Fuera Homero
y evocara en himnos broncos
tu aborigen sol primero,
la epopeya de tus troncos,

y ese enorme siglo, vago
como un sueño, en que a tus montes
no tornaron del gran lago
los salvajes mastodontes...

Sol, yo fuera, y alumbrara
en tu cumbre más bravía,
la alba túnica y la tiara
que el gran Inca trajo un día,

cuando, en palio de esmeraldas,
vino a amarte en tus breñales,
caballero en las espaldas
de sus siervos imperiales.

Y, si grande mi clamor,
¡cómo, a su lírico empeño,
despertara el guerreador
que duerme el eterno sueño!

Y de nuevo, en monte y playa,
¡cómo, al piafar de sus potros,
pelearan la gran batalla
los de Pillán, y los Otros!...

¡Sueño, pasa!... ¡Trepá, mente!
No te pares en la falda
de la montaña rugiente;
deja la selva a tu espalda;

huella riscos, ¡sube! ¡sube!
alcanza la enorme tea...
Ya flota la ardiente nube,
ya el cráter relampaguea,

ya del volcán sofrenado
revienta la inmensa voz:
¡gran Toqui, ya te han vengado!
¡Caupolicán, ya eres dios!...

*

Tal, ¡oh Montaña! el gran día
de tu gran siglo. Tu historia
callara, sin él, vacía;
gimiera, sin él, tu gloria.

Cántelo el bardo que tenga
lengua de león, arpa fuerte,
y ala que el vuelo detenga
la del ciclón y la muerte.

Cante y su canto, a manera
de trompeta evocadora,
remezca la madriguera
de estas raposas de ahora,

con el glorioso rugido
de ese olvidado leopardo
que nació del vientre herido
por la espada de Bernardo...

*

¡Pero el Hombre tarda!... ¡Tarda
su luz de alba! Nadie sabe
qué lecho su germen guarda,
qué bosque guarda su nave,

en qué desierto, en qué polo
solitario o en qué océano
cavernoso, forja Eolo
el gran Terral soberano,

a cuyo empuje, la bruma
secular, huirá espantada
como estiva y frágil pluma
por el austro arrebatada...

¡Pero vendrá, Selva oscura,
vendrá el que forja el abismo
para endulzar tu amargura;
trueno será su mutismo,

lluvia abrílea en campo yermo
su palabra; miel, su lloro;
libro abierto al ojo enfermo
de la turba, su alma de oro.

Y hoja no habrá de árbol triste,
ni tronco de roble andino
que ignoren lo que tú fuiste
en tu alborear purpurino...

¡Ni habrá olvido para el fuerte
que fué tu amor: manso o fiero,
será arrancado a la muerte
por el campeón justiciero!...

III

A EDUARDO DE LA BARRA

(En su muerte, otoño de 1900).

¡Fiero campeón!... Tu caída
no la anunció la trompeta
que al derrumbarse tu vida
contó a la patria aturdida
tus grandezas de poeta;

ni la anuncia este rumor
de muchedumbre, que imita
el dolorido clamor
con que una selva infinita
llora a su encina mejor;

ni es muestra de que destellas
lejos del mundo y sus males,
lo que cuentan las estrellas
sobre que han visto tus huellas
en los eternos umbrales. . .

Pero me basta, oh fornido
luchador, para saber
que de este mundo has partido,
ver cómo ya se han erguido
los que venciste hasta ayer;

y contemplar cómo pára
su carrera, y a tu lecho
llega a mirarte la cara
quien hasta ayer no mirara
más que tu planta en su pecho. . .

Que en tanto que tus rugidos
por cien ecos repetidos
asordaron las montañas,
no hubo cuervos ni alimañas
que abandonaran sus nidos;

que tu fiereza altanera
fué un torrente secular
que todos vimos bajar,
sin un remanso siquiera,
desde la cumbre hasta el mar!.. .

*

¡Oh formidable guerrero!
Yo vi tu barba serena
bajo tu casco de acero
cuando barrías la arena
como solo caballero;

y escuché las armonías
de ese bosque de laureles
donde apenas si cabías
con tu gloria, tus lebreles
y los lobos que seguías.. .

Y más tarde pude verte,
gladiador que no descansa,
arrastrando, casi inerte,
medio afirmado en la muerte,
por los caminos, tu lanza.. .

Hasta que, al fin, vino un día
en que oyó sonar la tierra
tu viejo clarín de guerra,
ante esa eterna y sombría
fortaleza que hoy te encierra.

¡y en cuyas sombras arcanas
se hundió tu sien gigantea,
como en edades lejanas
las montañas diluvianas
bajo la inmensa marea!...

*

Y entonces fué cuando aquí
por vez postrera te vi:
marchabas; pero esta vez
no te llevaban tus pies
ni hervía tu sangre en ti...

Ya erraba tu espectro austero
donde errará eternamente,
y el taciturno barquero
tornaba a su embarcadero
por sobre el lago doliente;

ya, a las ráfagas del viento
zumbador y turbulento
de un otoño que no viste,
columpiaba el sauce triste
su ramaje amarillento;

cuando en larga y enlutada
procesión de lento andar,
por la campiña apartada
fuimos tu cuerpo a dejar,
bajo una tarde dorada,

en el regazo sombrío,
libre de pena y de hastío,
de esta vieja y noble amiga
que, cuando llega el gran frío,
con su capa nos abriga...

*

No tañeron las campanas
en las altas catedrales,
ni enlutaron sus ventanas
ante el duelo de tus canas
los alcázares feudales;

tras de tus restos gloriosos
no se vieron ir pendones
enlutados con crespones,
ni tambores dolorosos,
ni solemnes batallones. . .

Pero los astros del cielo
donde erraba tu alma altiva,
te alumbraron desde arriba,
a través del blanco velo
de la niebla fugitiva.

¡Y, en tu honor, cien rotas mazas
recordaron su castigo;
y de la noche al abrigo,
se vieron sangrar corazas
que se midieron contigo! . . .

Y del abismo del mar
donde el futuro se cría,
surgió una voz secular,
que oyó quien quiso escuchar,
y que a tu sombra decía:

«¡Duerme, por fin, ave extraña,
que vigilando viviste;
descansa de tanta hazaña;
duerme en la eterna montaña
por lo que aquí no dormiste!

«¡Feliz la tierra en que están
esparcidas tus cenizas:
que ellas el germen serán
de laureles que verán
otros hombres y otras brisas»...

IV

LAS MINAS

I

Ante el eterno y vago rumor de las mareas australes, bajo un cielo que enormes chimeneas mantienen siempre obscuro, y en la ribera en donde bajo las verdes ondas el Nahuelbuta esconde sus ya domadas cuevas occidentales, medra la tierra en cuyo seno vive el carbón de piedra bajo nacientes bosques de resinosos pinos exóticos, en hondos filones submarinos, y hasta en el fondo mismo del mar, de cuyas aguas lo extraen los rastrillos para encender las fraguas y los fogones pobres.

Cuando los estivales meses la costa alegran, llegan los temporales para aquel mar; los vientos del sur sobre las rocas

empujan las oladas rugientes, y las locas espumas, levantando su risueña blancura hasta los mismos árboles, sobre la tinta oscura de los ramajes, posan su lividez de nieve.

Luego viene el invierno, llega la niebla, llueve, y alto, sobre los verdes cerros de la ribera pasan las ventolinas, sin que la más ligera ondulación enturbie los plácidos cristales del mar. Entonces bajan las lianas invernales a acariciar su imagen sobre las aguas; chilla la pálida gaviota pescando por la orilla, y en la tranquila borda de algún lanchón, posados meditan, largamente, los cuervos enlutados, mientras que allá, en la altura, cruzan con vuelo lento las nubes, en rebaños, arreadas por el viento. Pero ni el sol, ni el aire, ni las heladas brumas de los meses de invierno, ni el mar con sus espumas blanquísimas sonríen para los pobladores de aquellas tierras hartas de brisas y de flores; hombres descoloridos, y adolescentes, viejos antes de tiempo, viven en aquel mundo, lejos de toda luz, en lo hondo de las oscuras minas, a rastras, y arañando sin fe, con sus felinas uñas, la virgen roca donde el carbón se encierra... rasgando, tristemente, los senos insalubres de esta fecunda madre que se llama la Tierra, ¡madre con tantos hijos y con tan pocas ubres!..

Es triste y miserable, como la muerte triste la vida de las minas: el hombre, allí no existe; la pobre bestia humana, gastada y sudorosa, arrastra allí sus miembros entre la luz dudosa de míseros candiles, como cualquier gusano... El hombre es en las minas un simulacro humano. No es aire el vagabundo bostezo que en las frías labores olvidadas y ardientes galerías pesadamente flota, sacando los sudores más acres de los cuerpos de aquellos luchadores de las tinieblas; de esos humanos desperdicios que viven encorvados al peso de mil vicios y pasiones ajenas, porque para los hombres aún no ha llegado el brazo que probará que hay nom-
[bres
y hombres, y hará, sin vanos egoísmos ni utopías, cargar a cada uno con sus miserias propias... Pero en las hondas minas no alienta esa esperanza; la estrella anunciadora del nuevo albor, no alcanza con sus risueños rayos a calentar la pena de aquel oscuro siervo que ignora su cadena... Alguna vez, la bestia, cansada de tan cruento dolor, despierta y pide, con el ruidoso acento de las revueltas locas que encienden las angustias, un pan de limpio trigo para sus fauces mustias; y ruge; pero entonces ¡oh justa y santa mengua! el plomo o la metralla le destrozan la lengua,

o acaso un calabozo sin luz ni amor, en nombre de las eternas leyes o de la paz del hombre, sepulta para siempre bajo su techo helado hasta el clamor sin eco del que pidió un bocado.

3

A veces, en la negra ciudad de los ausentes del sol, entre el helado gotear de las vertientes y el son opaco y hondo que vibran las barretas al arrancar el bloque de las obscuras vetas, se escucha un misterioso clamor, el dolorido clamor de un gran cetáceo que se sintiera herido... Algo como si un fuerte y extrahumano minero clavara, rudamente, su barreta de acero en las entrañas mismas de aquel país de penas; algo como distantes rumores de cadenas... Es que allá arriba, en lo hondo del mar que, sobre el
[lomo
de las cansadas minas, su pesadez de plomo descarga... algún risueño bajel, tal vez venido de las distantes tierras del sol, entre el rugido de las alegres olas y el vocinglero acento de cuervos y gaviotas, sus áncoras fondea, en tanto que los rudos marinos dan al viento, largando las cadenas, su eterna melopea...
Arriba, la esperanza, la luz, los sonrosados crepúsculos, el aire que alegra o que restaña

cualquier dolor; abajo, los dorsos encorvados,
la fuga de la sangre y el hambre cruel que araña.
Y mientras en el fondo del mar, en lecho blando
las áncoras dormidas se sueñan navegando;
y mientras el marino respira el aire fresco
y alegra sus nostalgias mirando el pintoresco
paisaje de la orilla, las nubes que semejan
fantasmas y los barcos que llegan o se alejan;
abajo, en esas cuevas sin luz, en donde anida
la tisis, los forzados bastardos de la vida
empujan, arrastrando sus torsos por el barro,
tiznados y desnudos, un miserable carro:
¡el carro en que al incierto fulgor de los candiles
destella el rico bloque que arrojarán mañana
—hecho diamante u oro—, las impudicias viles
de algún viviente inútil, sobre el jergón de Nana!...

4

El bienestar es pobre de amor y el egoísmo
en la corriente humana sólo se ve a sí mismo.
Aquel que sueña bajo la luz del sol, ignora
las lágrimas del triste que en las tinieblas llora...
De ahí que alguna mano caritativa y sana
tenga que abrir los ojos a la miseria humana;
mostrar sus pobres ropas a los demás mortales,
desenterrar del tiempo la clave de sus males,
romper la venda de oro que cubre tantos ojos
y echar simientes nuevas en ruinas y rastros.

Hoy, que por dondequiera se alegran los caminos
al eco de los cantos de aquellos peregrinos
que ha tanto que dejaron la tierra: la olvidada
Justicia, la risueña Esperanza y la sagrada
Fraternidad, recuerden los que su voz escuchan
a aquéllos que en el seno de las tinieblas luchan...

¡Y tú, mortal, que cruzas la tierra con los ojos
clavados en ti mismo, levanta los abrojos
que pisas y contempla, si tienes alma, tantas
espaldas como sirven para aliviar tus plantas!...

Y tú, viajero amable, que en los serenos días
de la estación del trigo, piadosamente guías
la paz de tu conciencia por esas ya taladas
colinas, donde surgen las minas arruinadas;
por esas rumorosas riberas de los mares
de Arauco, donde sueñan las rocas seculares,
en tanto que chicuelos desnudos, de los riscos
arrancan, encorvados, malezas y mariscos;
al asomarte a un pozo colmado de aguas muertas
donde las ranas cantan sus canciones inciertas,
y en cuyos rotos bordes, hundidos y deshechos,
los frescos musgos brotan y crecen los helechos...
piensa en los tristes días en que por allí mismo,
ceñudos y callados bajaban al abismo

los que hoy, acaso, duermen, ahogados con sus penas,
en el rincón más hondo del infeliz venero,
sin que a turbarlos lleguen, ni el son de las cadenas,
ni el eco de las anclas, ni el paso del viajero...

Coronel, 1899.

V

EL CORSARIO

(fragmento)

A José Manuel Moreno y González

.....

¡Pasaste, oh genio del terror! ¡Pasaste
para no más volver, como el cometa
de órbita ingrata... Pero yo te veo
más claro y férreo que te vieran nunca
los cuervos errabundos... Y, en la plena
irradiación de los modernos soles
que me alumbran, columbro el farolillo
de tu errante bajel, terror de un mundo
y consuelo de mi alma!..

Porque adoro
¡oh gran Corso! tu audacia inmensa, digna
de la alteza del hombre y de cantares
sonoros como el mar... Vivir te siento,
romper te miro con la argentea cota
la furia del ciclón; tu sombra aún pasa;

aún rugen el huracán que te arrastraba
sobre la comba de este mundo; aún hace
—nuncio de tu llegada— el Gran Cometa
obscurer las nébulas... Los frailes
en sus floridos huertos se estremecen,
y los infantes y las hembras tiemblan
en la indefensa playa... Se desvela
en su lecho el Virrey; funde el guerrero
con zumo envenenado el plomo santo,
y el viejo Inquisidor la blanca leña
recoge y amontona, orando...

¡Pasas!...

¡Oh Spilberg! ¡Oh piloto vagabundo,
que aprendiste en la bóveda del cielo
y en la biblia del mar el solo idioma
que me place escuchar!... Tú, que supiste
más de la inmensidad y de lo eterno
que el inmóvil gusano en su corteza
clavado, mientras gimen los abismos
al vuelo de los astros... ¡Haz que mi alma
afrente el huracán y triunfe y cruce
el infinito mar, como tu frágil
bajel! Haz que el errante farolillo
de mi nave la gran tiniebla rasgue,
brille en la tempestad, vele en la calma,
cruce el abismo, alumbre la ceguera
de los hombres y ¡muera, sólo muera
cuando haya ardido, a su contacto, otra alma!...

VI

LA HEREDAD PERDIDA

A doña Ana Swinburn de Jordán.

¡Salve, clara mañana, castas horas,
cielos ebrios de azul!... Gárrulos, cantan
los pájaros... Dolientes, mugidoras,
las vacas maternas agigantan
el silencio del valle... Merma, al raso,
la sombra del espino, paso a paso.
Y en el plácido alar del firmamento,
y en muros y horizontes —con acento
de flauta de pastor, en Garcilaso—
parece resonar mi pensamiento...

Ha llovido, mas brilla el sol ahora
en el azul profundo. Cielo arriba,
lenta, pasa una banda viajadora
de nubes, con andares de cautiva.

De distantes ribazos y senderos
surgen gritos velados de boyeros
impacientes; clamores pastorales
que retumban por quiebras y tapias.
Todo está húmedo y fresco; los aleros
gotean; flota el vaho en los trigales.

Y por el viento rondador traídos
me llegan de campiñas y de alcores,
separados a veces, ora unidos
en frescas armonías, los olores
de la mojada tierra, del manzano
silvestre; de la paja del verano
que ya dora las eras; de la vieja
y alta alameda que, sin fin, se aleja,
y del pasto, que es lecho del villano
y alegría del buey y de la oveja.

Y con el soplo del terral y el suave
perfume de las húmedas llanadas,
y con el grito resonante y grave
del hombre, ¡qué de cosas encantadas
no vienen a mi alma, de tus cielos
llorosos, del olor de tus canelos
y de toda esa noble y santa vida
gozada bajo tu ala bendecida,
oh rústica heredad de mis abuelos,
tan grata a mi niñez, y ya perdida!...

¡Cuántos años van ya que, de mi cuna
distante, mi esperanza se fatiga
persiguiendo la gloria, la fortuna
o el saber, sin que vuelen, buena amiga,
de mis ojos inquietos tus colores
benignos, de mi oído tus rumores
y tu aroma, del alma! . . . Tú acompañas
mi alegría y mi pena. Cuando extrañas
grandezas me anonadan, tú de flores
me cubres, me rodeas y me engañas. . .

Yo tuve un perro fiel que acariciaba
mis manos y mis penas conocía;
pero el perro murió: vi su alma esclava
partir antes que tú. . . Quise yo, un día,
con unción fraternal a una alma noble:
la amistad se tronchó ¡se troncha el roble! . . .
Largos años un árbol dióme abrigo:
ya no hay árbol, su dueño era mi amigo. . .
Ya lo ves, sólo tú no eres ni doble
ni mortal ¡oh rincón que vas conmigo! . . .

Y ¿quién te goza ahora? ¿quién descansa
al rumor de tus árboles sombríos
o se baña al caer la tarde mansa
en los frescos raudales de tus ríos
que tienen nombres que no entienden todos? . . .
Del camino real, en los recodos,

¿todavía, de noche, como estrella
muriente, la luz pálida destella
que persigna a viandantes y a beodos?...
¿Ladra aún la zorra por la viña aquella?...

¿Quién se aduerme al amparo del alero
del viejo corredor de nuestra casa
a las horas del véspero, en febrero?...
Es el instante en que, temblando, pasa
la primera luciérnaga; los manes
indígenas despiertan; los volcanes
parpadean; se escucha hacia el oriente
del Laja despeñado la corriente;
algo agita la selva... son los canes
que ladran a la pálida creciente...

Todo cambia y habrá también cambiado
aquel dulce paisaje. Nuestro techo
familiar, como un nido abandonado,
ha mucho tiempo que estará deshecho.
Algún alma sin sueños ni ternuras
violará con su arado tus oscuras
florestas. Darán lumbre a las raposas
fugitivas tus selvas armoniosas...
Ya nadie escuchará en tus noches puras
la música secreta de las cosas...

Pero yo vivo, y tu verdor conmigo
¡oh tierra inolvidable! Diste un día
albergue a mi niñez y hoy presta abrigo
a tu sombra errabunda el alma mía...
Es la ley: da la fuente su agua clara
al sauce joven que después la ampara...
Sólo que, nadie, cuando baja el manto
de la muerte, recuerda ese amor santo;
nada cuenta su historia ¡oh sombra cara!
y acaso, a entrambos, nos recuerde un canto...

VII

A MANUEL BARROS BORGONO (1)

Henos aquí, todavía
—taciturnos moradores
junto a un lago evaporado—
contemplando, noche y día,
este abismo sin rumores,
este obscuro mar callado,

este vacuo monumento
que al silente paso invita
y entre cuyas sombras erra,
viudo y triste, el pensamiento
de aquel hombre que hoy habita
bajo cuatro pies de tierra...

(1) Estos versos, en homenaje al eminente cirujano, Rector de la Universidad de Chile, fueron dichos en 1903, meses después de su muerte, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

Aquí estamos los que luchan,
los que van a campo abierto,
los vencidos del mañana,
los que guían, los que escuchan,
los que cruzan el desierto
con la ignota caravana:

toda esa grey que, en la vida,
marcha por vario camino,
sigue distinto rebaño,
junto a la tumba está unida
de este gentil peregrino
para quien nadie fué extraño...

El nos une cuando todo
nos separa, cuando nada
nos acerca... Bendigamos
al mortal que de este modo
lanza flores de la Nada
sobre el suelo que cruzamos;

y alegremos nuestras frentes
con estas rosas postreras
de su alma, presa del hielo:
tan clara como esas fuentes
que guardan las cordilleras
para las aves del cielo...

¡Cómo se aferra esta sombra
a nuestras almas inquietas
nacidas para el olvido:
abismos en que se escombra
todo amor, y en cuyas grietas
tiene el orgullo su nido!

¡Cómo vemos, cada tarde,
desde el barco que nos lleva,
su pálido cuerpo errar,
bajo cada estrella que arde
y a cada ráfaga nueva,
sobre los llanos del mar!

Pasa el tiempo; dan las horas
su golpe en la gran campana
que en este peregrinaje,
con voces consoladoras,
anuncia a la raza humana
que llega el eterno viaje;

nace el viento y muere el viento;
se trueca el árbol frondoso
en esqueleto sombrío,
que es el mudar su elemento...
y al vuelo sigue el reposo
y al entusiasmo el hastío;

a nuestras propias miradas,
sueños, pasiones de un día,
vemos morir en el centro
de nuestro pecho olvidadas;
que hay una esfinge sombría
que las devora acá adentro,

y, sin embargo, esta vaga
Sombra, este Espectro amigo,
ni se va ni desvanece;
y a cada sol que se apaga
más nos arrastra consigo,
más se hace carne y más crece.

Le ve el discípulo amante
junto al cadáver desnudo,
o en el sitial solitario,
cuando en la torre distante,
del trabajo noble o rudo
marca el comienzo el horario.

Y se le escucha a deshora
marchar, a pasos callados,
con la nobleza de ayer,
bajo la comba sonora
de los claustros desolados
del palacio del saber...

Y, aquí mismo, ¿quién pudiera,
sino él, unir nuestras manos
que el diario luchar divide,
en torno a esta mansa hoguera,
bajo esta tienda de hermanos
donde su espectro preside?...

Grave lección la que evoca
este vivir de ultratumba;
no la olvide el egoísmo:
¡nadie llora por la roca
que sola, al fin, se derrumba
como un paria en el abismo!...

*

¿Por qué te fuiste tan luego?...
¿por qué dejaste este mundo
por un país tan remoto,
¡oh viajador sin sosiego!
tú, que del barco errabundo
eras el solo piloto?

¿tú, que rasgabas las brumas
con rumbo a un polo distante
preñado de lobregueces;

tú, que eras en las espumas
velamen, viento, cuadrante,
y hasta el alción, muchas veces?...

Todo se acuerda de ti,
todo te pide y te llama,
desde el amigo a la flor
que cultivabas aquí;
y hasta el dolor te reclama,
que era tu hermano el dolor.

Arbol hay que por tu mano
tuvo el agua bienhechora
que le encumbrara hasta el cielo...
¡pobre de él! no espere en vano
que le respeten ahora
el viento, el hacha o el hielo.

Ni espere esta patria oscura,
que viera blanquear tu tienda
en su más alta colina,
que otra mayor desventura
llegue a turbarla en la senda
por donde, a ciegas, camina...

¡Que un corazón que se apaga
o una sien que el terremoto
troncha en estas soledades,

son faros que el mar se traga
en archipiélago ignoto
poblado de tempestades!...

¡Pobre Patria!... ¡Como nieve
silenciosa y prematura
que amortaja un monumento,
y le turba y le conmueve
y le rasga y le tritura
desde el ápice al cimiento;

tal la pena, el ansia loca,
la flaqueza y el cinismo
van cubriendo sus murallas,
levantadas roca a roca,
desde el fondo del abismo
y al fragor de cien batallas!

Algo enerva su alma altiva,
cardo vil sus campos llena,
ya no cantan sus montañas;
vive terca y pensativa...
¡Sabe Dios la horrible pena
que le quema las entrañas!

Yo no lloro: siento y grito
mi dolor, al ver la Raza
que, cual débil peregrino

de este páramo infinito
que hoy a vuelo el mundo pasa,
se ha tendido en el camino;

y me apena ver caer,
asaltados por la muerte,
en la eterna fosa fría,
a los lázaros de ayer
de este pueblo noble y fuerte,
pero ciego todavía.

Hubo un siglo... No está lejos,
aún se escucha claramente
su vanguardia de clarines
y aún nos ciegan los reflejos
de la cota refulgente
de sus altos paladines;

siglo de oro, en que a manera
de nacer precoz de flores
sobre viejo campo yerto,
surgió una ancha primavera
de serenos sembradores
sobre este árido desierto.

Y tú fuiste, ¡oh, sombra amiga!
uno de ellos. Tú sembraste,
con tu ejemplo y con tu labio,

esta fe que no fatiga,
firme ariete del contraste,
noble azote del agravio;

este horror por todo aquello
que es indolencia; esta guerra
contra el mal, la audacia erguida
y el egoísmo: ¡vil sello
que hoy marca esta pobre tierra
de mercaderes guarida!...

¡Duerme! ¡Duerme!... Sabe sólo
que no es eterno el quebranto.
Corre un temblor de esperanza
desde el desierto hasta el polo...
Siempre el placer siguió al llanto
y el ciclón al agua mansa...

Y mientras llega la hora
de que la nueva mañana
derrita la escarcha dura,
y de que el agua invasora
arrastre la muerta liana
que aplasta la linfa pura;

y en tanto que valga al bueno
mejor dormir que escuchar
este llorante clamor

de que el espacio está lleno,
desde la sierra hasta el mar,
desde el palacio al alcor;

¡oh espíritu fuerte y noble!
por quien agito el cordaje
de un arpa hasta ayer inerte;
como a la sombra de un roble,
bajo el eterno ramaje
de nuestro amor ¡duerme! ¡duerme!...

VIII

BAJA MAREA

Quienquiera que a las horas en que la mar reposa,
tendido sobre aquellos peñascos seculares
o desde alguna obscura caverna rumorosa,
haya velado el sueño de los dormidos mares,
en las solemnes horas de la marea baja,
cuando del agua surgen los submarinos riscos
cubiertos de miríadas hirvientes de mariscos
que el manto de las algas flotantes amortaja;
quienquiera que haya oído la voz llena de ciencia
del vasto mar que aduerme su augusta somnolencia
entre las solitarias caletas de esa orilla,
puede cruzar como ave de vuelo soberano,
sin doblegar en tierra la frente o la rodilla,
ante la más soberbia pirámide elevada,
para escalar el cielo, por el orgullo humano...

Allí, los vendavales del austro y del poniente, cuya experiencia es vasta como la madre tierra, recorren noche y día los golfos solitarios, cantando en sobrehumanos lenguajes su doliente canción de peregrinos. Los bosques legendarios, que aún alzan en la orilla su secular grandeza, suspiran por los Aucas, ausentes moradores que en los heroicos tiempos les prodigaron glorias; las hondas grutas mugen; sobre los arrecifes los albatroses callan, y el océano cuenta mil cosas erizantes que ignoran las historias: leyendas de naufragios, de trombas y de esquifes que en medio de la sombra se traga la tormenta.

Y narra los terrores de aquellos navegantes que arrojara a las islas en las noches de invierno, y las plegarias llenas de horror de los errantes viajeros extraviados, que encuentran el eterno descanso entre las brumas de cada otoño... Y habla de los Conquistadores, de aquellos fieros hijos del hambre y de la gloria, que en frágiles bajeles llegar viera una aurora de mundos muy lejanos, audaces, soñadores, y con los ojos fijos sobre los oros todos y todos los laureles de todos los torrentes y bosques araucanos.

Y habla, también, de Ercilla: de ese glorioso abuelo, más hijo de este suelo que de otra patria alguna, al son de cuyos cantos se columpió la cuna de nuestra raza. Y cuenta la fama y el estrago

de aquellos tenebrosos piratas cuya historia hoy es en nuestras islas sólo un recuerdo vago. Y, más que de esos hijos del mal o de la gloria, el mar habla de Hernando, de aquel augusto hermano del gran Colón: glorioso circundador primero del orbe, cuya sombra, como el espectro austero de un semidiós, llevada por invisible mano, tres siglos ha que vaga sobre el inmenso oceano...

Mas ellos se marcharon; sus sombras ya han partido, las unas a la gloria, las otras al olvido...

El polvo de sus huesos mezclóse ya a la tierra que pisan nuestras plantas o al agua de los mares que eternamente rugen. Cayeron ya los bosques que les brindaron lanzas para la heroica guerra, y en más de un viejo casco o en una carcomida coraza de esos tiempos, yo he visto crecer flores junto a la agreste choza donde la triste vida arrastran, hoy vencidos, los antes vencedores...

Hoy sólo son las rocas de aquella playa agreste, abiertas en arcadas y grutas rumorosas, las que, al rugir las olas del huracán de oeste o en las serenas tardes, escuchan silenciosas el viejo y sabio cuento del mar.

De cuando en cuando algún meditabundo mariscador, seguido de dos o tres chicuelos, de muslos y de brazos

desnudos, el misterio de aquel rincón perdido con su presencia turban. Las huellas de sus pasos negrean en la playa mientras el mar lo quiere; e indiferentes, mudos ante la misteriosa solemnidad sin nombre que tiembla en cada cosa, de las calladas grutas al natural abrigo llenan el negro saco, que es su mejor amigo.

Los pájaros marinos, repletos y cansados, dormitan en los riscos de mar afuera o saltan por la mojada orilla, cogiendo los varados cardúmenes. Debajo del agua cristalina se ven extraños grupos de estrellas sonrosadas tendidas en el fondo. La mansa golondrina de mar, el vuelo tiende por dentro de las grutas. Y sobre todo aquello, como el rumor lejano de un caracol gigante, bajo la augusta gloria del alto sol, se escucha la voz del oceano: la voz del mar que cuenta su milenaria historia...

Pero, en aquellas horas en que rugiendo sube la marejada espesa bajo una amarga nube de espumas y en que el viento, zumbando, se atropella por entre los enhiestos desfiladeros, nadie, ni un pájaro ni hombre se asoman por aquella región: el rezagado mariscador recoge su negro saco y parte, mientras las verdes olas tras él se van, borrando las huellas de sus pasos.

Recógense los cuervos a sus guaridas solas...
Y mientras a lo lejos, por sobre el mar remoto,
cortando el horizonte, se alejan rumbo al Asia
las purpurinas velas de algún bajel ignoto,
la soledad, aquella grandiosa ordeñadora
de espíritus, derrama solemne y soñadora,
bajo el azul del cielo, sobre la mar sombría,
las invisibles ánforas de su melancolía...

En Playa Blanca, Talcahuano, 1900.

IX

EL LANZAMIENTO

De pronto, en pleno día, cual si hubiera caído ya la tarde, la montaña paró de resonar. . . Bajó la fiera del monte. Despertóse la alimaña rondadora y el último gemido del viejo roble herido por las rústicas hachas, rebotando, naufragó en el silencio. . . Se diría una inmensa embriaguez, o la agonía de una madre común. . . Labriegos mudos corrían por las sendas, sollozando, con sus hijos a cuestras. Perros fieles, silvestres y lanudos, les seguían. Los pájaros salvajes devoraban, chillando, los planteles

indefensos. Inmensa era la pena que turbaba la paz de los boscajes. ¡Horrible y desolante la condena que azotaba a sus hombres!

En un claro del bosque el centenario campesino, patriarca de las selvas, escuchaba, como un reo de muerte, la implacable sentencia del destino. La justicia del hombre le arrojaba del terruño. Debiera salir luego, al instante. Rodar era su suerte como rueda un leproso. . . No era suya la tierra, no era suyo aquel asilo de raposas, labrado por sus manos. La Ley lo quiere así: no es del labriego que la vence, la selva impenetrable, sino del que la compra. . . Las mujeres lloraban y el anciano venerable sollozaba también. La selva pía respondía al clamor de aquellos seres desolados. . . Tardaban. Ya no había sino que obedecer. Era la hora de la siesta y, en fila, lentamente, partieron para siempre, y hasta ahora. . . Aquello semejaba una partida para la eternidad. . .

Corría al frente
el río, era la linde más cercana
y a través de su gélida corriente
tomó la dolorosa caravana.
Montaña iba adelante,
la vaca de los niños; sus mugidos
buscaban a sus críos que, ateridos,
la seguían. Tras de ellos *Cordillera*
marchaba, el gemebundo y viejo toro,
y a la siga iba, el último, *Flor de Oro*,
el pobre ternerillo delicado
que a su madre perdió cuando naciera.
Siervos de siervos, el haber salvado
los bueyes arrastraban bajo el grito
siniestro, que lanzaba al infinito
la rabia del boyero... Tristemente
balaron las ovejas
al paso del torrente:
las selvas resonaron con sus quejas;
y después, ¡nada más!... ¡Miseró fruto
de veinte años de lucha y de trabajo:
la mies se helaba, se moría el bruto
y siempre, a cada empuje, más abajo!...
Bien valía la pena
de llorar...

Y lloraba, en seguimiento
del ganado, la mustia cabalgata.
El viejo iba el primero. La melena

de los coigües movidos por el viento
le arañaba las barbas de oro y plata.
Mudo, sobre el caballo campesino,
clavaba, fijamente, las pupilas
seniles y tranquilas
en las hojas caídas del camino.
La selva repetía los sollozos
de la anciana mujer que iba a su grupa;
y en seguida los mozos
caminaban, sus hijos y mujeres,
cargando los campestres menesteres;
su alma hasta el fondo lacerada estaba,
pero hervía la sangre y la cadena
que hundía ahora su cabeza esclava
no alcanzaba a arrancar los sueños fijos
en su pecho: besaban a sus hijos
y soñaban en medio de su pena...
Guadalupe, la huérfana, a la siga
de todos, gimoteaba de fatiga
con su chico en los brazos; y el pequeño,
que todo lo miraba como un sueño,
bajo el materno andrajo miserable
cargaba la paloma y sonreía...

Y así por la montaña inacabable
la errante caravana descendía
con la vaga inquietud y la inconsciencia
de bestias que abandonan la querencia.

«¿Adónde vamos?»— se decían todos en su mudo terror— y su alma oscura de víctimas, forjada en los exodos de la raza, «a la selva, a la llanura — les contestaba— al páramo, al camino, a donde van por el invierno el ave de los cielos, el cardo peregrino y el agua del torrente... ¿quién lo sabe?»...

«¿Qué haré? ¡Dios mío!»— en su infinita pena gemía el viejo— y esa lengua ignota cuya voz tan clarísima resuena dentro del alma que la suerte azota, le contestaba: «Rodarás primero por la selva materna, luego el llano dará senda a tu paso lastimero; verás al hombre y sentirás su mano más fría que la nieve de esta sierra; cual puñado de tierra tirado al río, en ese mundo extraño se hundirá tu familia perseguida; venderás tu rebaño y tu lecho... y tus hijas en seguida... Hasta que un día de piedad, la muerte venga y te diga: «Te engañaste, ¡oh viejo montañés, fatigado por la suerte! tampoco es tuyo este rincón sombrío, esta vida no es tuya... Mi consejo de báculo te sirva. Cruza el río

de nuevo, cruza el valle nuevamente,
los eternos linderos atraviesa
y doblega, por fin, tras tan doliente
caminata, en mi seno, tu cabeza... »

Así con la callada caravana
dialogaban la muerte, la tristeza
o la desolación. La selva indiana
doblegaba sobre ella la cabeza
como un ala materna. Las raposas
hacían resonar las hondonadas
con sus gritos. Bandadas tumultuosas
de pájaros dejaban las aguadas
al acercarse el infeliz proscrito.
El bosque inacabable se volvía
y el camino tornábase infinito;
pero los hijos de la selva oscura,
que temían al sol y a la llanura,
lo deseaban más largo todavía...

De pronto un sofocado rumor de hojas
y el volar de unas aves intranquilas
sacaron de su pasmo y sus congojas
a los hijos del bosque; sus pupilas
tornáronse a mirar por vez primera
el camino sin fin, la senda brava
de sus quejas y lástimas testigo...
era León, el buen perro, el viejo amigo

que alejarse los viera
sin llamarlo, y allí les alcanzaba...
¡Nunca el bruto viniera! Fué una espina
sobre espinas (ya el día era pasado
largamente), la gente peregrina
desbordó su dolor acumulado,
y así como si un puma
rugiera bajo el hambre que le abrumba,
un sollozo infinito,
confusión de blasfemia y de plegaria,
prolongó sus querellas,
al primer resplandor de las estrellas,
por la inmensa montaña solitaria...

Cordillera de Nahuelbuta, 1900.

VI

LA PROCESION DE SAN PEDRO
Y BENDICION DEL MAR EN
TALCAHUANO

(1899)

EN LAS CALLES

¡Junio! Mes de las aguas, mes de las brisas,
mes en que hacen los pavos su testamento
y en que las rubias ostras —monjas clarisas—
rompen la celda nácar de su convento;
mes que envuelve en corrientes y camanchacas
las solitarias islas del mar amargo,
y en que si el pasto verde sobra a las vacas
también está la muerte de mantel largo.
Hoy es tu último día: lo dice el tono
de las campanas ebrias y el grito humano
con que sale a la pesca con su Patrono
todo lo que hay de lobos en Talcahuano.
La mar está de gala: por hoy el viento
se ha metido en los mares, galantemente,
y en los muelles y ranflas, que es un contento,
como furel varado brilla la gente.
Hierva la mar, de barcas. Las velas curvas
juegan al sol, llevadas a la bolina,
y mientras llega el Santo pifian las turbas
a un bergantín que cruza la Quiriquina.

¡Qué frescura de tarde! ¡qué algarabía!
¡qué ladridos de perros y hablar de gringos!
si parece que uniera este solo día
toda la transparencia de diez domingos...
Trajes negros, azules, blancos y rojos
bordan las serranías que el golfo lame,
y no hay techos, ni grúas ni cabos flojos
donde la gente de aguas no se encarama.
Y la campana suena que ya es locura,
y estallan voladores, que viene el Viejo,
y de pronto la gente ve al señor Cura
que sale abriendo cancha por un callejo...
Crece la grito entonces, se oyen los sonos
de la charanga, ondea la masa humana
y es un mover pañuelos en los balcones
que parece un incendio cada ventana.
Trae el olor a incienso la ventolina
y en seguida, entre coros de canto llano,
con la Cruz aparecen tras de una esquina
dos rojos monaguillos y un cura anciano.
Lento como un navío, cantando a secas,
sigue después un chantre cubierto de oro,
lanzando agua bendita con grandes muecas,
para salud del suelo, que aún está moro...
Y en seguida la gente, ya sin aliento,
ve aparecer con paso que desazona,
junto al morado Obispo, que va muy lento,
el coro de Canonjes de la Pencona.
Solemnes, revestidos, con antiparras
y dando miraditas, a los balcones

van cantando el breviario con voces charras,
entre nubes de incienso y aclamaciones...
Pero el Santo no sale... «¿Qué le ha pasao?»
—grita la turbamulta— y opina un viejo:
«Es que fuma Ño Peiro y habrá bajao
pa comprar un cigarro, que el viaje es lejo»...
Chilla una vieja entonces: «¡Perro judío,
límpiase esos hocicos como Dios manda!
¿no vís que no son brutos el hijo mío
ni los hombres de carne que traen l'anda?»
Y antes que ella concluya, la turba estalla
en una apoteosis de chivateos...
Es que el señor San Pedro sale a la playa
entre lluvias de flores y balanceos.
Y al son de la campana que allá repica,
corre el clamor en olas por la ribera,
desde los muelles viejos a Villarrica,
llenando con sus ecos la tierra entera.
Y suena un cañonazo y otro responde,
y con el himno patrio que ya despunta,
mil tiros disparados, quién sabe dónde,
todas las cabelleras ponen de punta.

* * *

Sobre unas andas de oro San Pedro viene
entre cuatro banderas con flecos de oro...
¡Feliz la Cofradía que lo sostiene
sobre sus musculosos hombros de toro!

Su pesca será doble desde mañana,
las aguas que la ahoguen serán benditas;
¡con qué mirar que enciende la sangre humana
les clavan sus ojazos las mujercitas!...
No ha envejecido el Santo. Como un mozuelo
lleva rosado el rostro y alegre el talle,
pero en su testa calva se copia el cielo
como en las aguas lluvias que hay en la calle.
¡Cata! La barba negra, crespa y lozana,
va diciéndole a gritos al más pacato:
«Barba con tantos años, sin una cana,
claro es que usa por peines *manos de gato*»...
En la siniestra mano dos llaves alza
el portero del cielo: la llave grande
y otra con que ha de abrirles la puerta falsa
a los hijos del pueblo que el mar le mande.
Y como va a la pesca, por cumplimiento,
ya que salir sin redes fuera desdoro,
entre sus sacras manos columpia el viento
una malla luciente de plata y oro.
Y así, sobre diez mozos de buena traza,
desfila por el claro que el pueblo le abre,
sin temer que el mal tiempo, que ya amenaza,
como apaga las velas, lo descalabre.

¿Qué ha pasado?... Se pára todo el cortejo
y, aplaudiendo, la gente se arremolina:
es que *El Tecte* se avanza, fletero viejo,
a saludar al Santo por la Marina.

Lleva su saco al hombro y a la cintura
una faja encendida, bien apretada,
y entre la barba cana y la tez obscura
una nariz de fuego, como granada.
Entre aspavientos grandes mil cosas dice,
y cuando su entusiasmo raya en extremos,
termina épicamente: «¡Patrón, avise
cuando requiera un bote con cuatro remos!»
Dice El Tecele, y se cuadra, mientras el Santo,
sin mirarle siquiera, de largo pasa,
y entre nubes de flores, incienso y canto,
por el muelle se cuele, como en su casa...

EN EL MAR

Volador que te encumbras de cuando en cuando
y de tu fuego efímero haces derroche,
ve a decir a las nubes que van pasando
que contengan sus aguas hasta la noche;
y si te sobran fuerzas, al sol te arrima,
y si no va de prisa ni está de siesta,
dile que nos responda si desde encima
ha alumbrado otra fiesta como esta fiesta.
Si ha mirado otra barca más imponente
que ésta que ya, entre flores, al Santo encierra,
desde las caletillas de San Vicente
hasta los Liverpool de la Inglaterra...
Todo en la mar es fiesta, todo clamores,
todo música, trajes, mozas, galanes,

disparos y banderas y voladores
y adornos de copigües con arrayanes.
Y desde la ribera mira la gente
cómo por la verdosa mar se adelanta,
rauda sobre las olas, como serpiente,
rumbo a la sacra pesca, la escuadra santa...
¡Qué sucesión de barcos! ¡Qué linda flota!
¡Quién que la ve no piensa que se encamina
a conquistar alguna región remota
o a repoblar las lomas de Quiriquina?...
Que allí van los de Túmbez y los Pencones,
y los que en Mares Altas tienen sus lares;
todo lo que hay de lobos y tiburones
y hombres de pelo en pecho sobre los mares.
Nadie falta ni teme la mar inquieta,
ni el temporal advierte que se avecina,
desde el ricacho orondo, que va en goleta,
hasta la Rosa Coja, que vió la *Ruina*.
Cantan en cada barco. Triunfan las jarras,
roncas están las voces, pero no secas,
y hasta las ventolinas tocan guitarras
para que dance el agua sus zamacuecas...
«¡Viva el señor San Pedro! —chilla una moza,
mientras las olas zumban su sinfonía—
si él no fuera tan viejo, fuera otra cosa...
pero si ya no baila no es culpa mía».
«¡Ay! —una voz se queja—. ¡Me están mojando
gritan las mares hondas de puro frío,
cada vez que las riegan de cuando en cuando
con el agua bendita del Santo mío!...»

Y entre el bullicio alegre y el clamoreo
que hacen bailar adentro los corazones,
crece de las chalupas el balanceo,
bajan repiqueteando los goterones;
y antes de que lo advierta la turba, brilla
un resplandor y, luego, retumba un trueno
que hace crujir los barcos hasta la quilla
y redoblando corre de seno en seno...
¡Vira!... grita el piloto que lleva al Santo
bajo el chubasco loco, mientras la gente,
vuelta la capa de oro, casulla o manto,
corre, buscando asilo, bajo del puente.
¡Vira!... ¡Malhaya el agua! ¡Malhaya el viento
que hacen bailar la flota como un pingajo,
y entre los mil visajes del mareamiento
tienen ya a medio mundo cabeza abajo!...
Y ¡ay del señor San Pedro si en la virada
sobre su peana frágil no se sostiene!...
quiera la Virgen Santa no pase nada
porque se acaba el mundo si al agua viene...
¡Qué confusión, Dios mío! ¡Qué escapadero!...
como cuando en cardumen van las sardinas
y hallan en su camino furel guerrero
y huyen, haciendo aletas de sus espinas;
como cuando los cuervos van en bandadas
sobre las olas verdes y suena un tiro,
y entre aletazos locos y carcajadas
vuelven en su camino, como un suspiro;
como cuando un rebaño de ovejas locas
entre nubes de polvo se escapa al cerro,

y atropellando arbustos, saltando rocas
vuelve todo azorado, porque vió al perro...
Nunca se vió regata más concurrida;
trueno en popa las barcas navegan solas...
pero... ¿qué grito es ese que entre la huída,
con el clamor del viento, llevan las olas?
¿Qué es lo que se fué al agua del barco santo
que en torbellino blanco salta la espuma
y hace que se persignen, llenos de espanto,
viejas y remadores entre la bruma?
¡Santos del calendario! ¿Qué es lo que pasa
que en sus embarcaciones se han desmayado
Rosa la Paticoja, la Nicolasa,
cuatro seminaristas y un prebendado?...
¡Olas de la mar honda que vais rodando,
vientos y lluvias locas que junio fragua,
id a avisar al pueblo que está esperando,
que es su señor San Pedro quien se fué al agua!...
¡que eso que con anteojos y catalejos
los de la playa buscan en la neblina,
es el mayor desastre que vieran viejos
desde las guerras luengas hasta la Ruina!

.....

Pero, también decidles (bajando el tono)
al campanero ciego del campanario,
a la mujer que llora por su Patrono
y a la que junto al fuego reza el rosario,

que, según ya se sabe, cuatro fleteros
viejos y de palabras como ellas solas,
vieron correr al Santo, con pies ligeros,
rumbo a las mares altas, sobre las olas...
Y que también se cree —si no es seguro—
que el desmayo de aquéllas... no era desmayo,
sino aquello que nombran vinito puro
de las cosechas nuevas de abril y mayo...

EPÍLOGO

¡Llueve! ¡Llueve! La noche lo cubre todo...
Ruge la mar de junio como una fiera
y es cada calle un río de lluvia y lodo,
y el retumbar del trueno ya desespera.
¡Llora! San Pedro ¡llora!... No hay un cristiano
que alrededor del fuego no se caliente;
pasa el mate quemante de mano en mano,
baja por las gargantas el aguardiente;
y hasta en los camarotes de algún navío
gozan, su pipa el viejo, su ron el mozo;
sólo el señor San Pedro tiembla de frío
en lo más escondido del mar furioso...
Solo, mirando al cielo, con sus dos llaves,
bajo las aguas verdes y cristalinas
mira cómo lo estudian los ojos graves,
turnios y dislocados de las corvinas.

Siente, sin inmutarse (de yeso al cabo),
que un consistorio entero de jaibas mozas
miden su santo cuerpo de cabo a rabo
con sus garfiadas patas irrespetuosas...
¿Es un azar de tantos o es un castigo?...
¡Vieja que estás rezando, dobla tus preces,
que hace ya veinte siglos tu pobre amigo
al Salvador del Mundo negó tres veces!...

V I I

P O E M A S

(1899 - 1903)

I

EL CARACOL

A doña Martina Barros de Orrego

Cuando la brisa barría apenas
las nieblas grises de la mañana
y al arrastrarse por las arenas
con sus espumas como azucenas
jugaba en sueños la mar cercana,
junto a la choza de sus mayores
se despidieron los pescadores.

La bruma triste les envolvía:
ella gemía «¿Qué haré yo ahora?...»
y una gaviota revoladora
oyó al marino que le decía
que era su virgen, su pescadora,
que no llorara, que volvería...

Y como urgiera ya el tiempo: «Toma
—le dijo el mozo—, ya el viento asoma,
la gente sale, ya viene el sol...»
y recogiendo del agua clara
que entre las rocas la mar dejara,
más armiñado que una paloma
puso en sus manos un caracol:

«Que él te recuerde cuánto te quiero,
que oigas mis quejas en sus rumores;
de cierto vale poco dinero
pues que son pobres nuestros amores;
pero es eterno su rumor suave,
y aunque es humilde, su labio sabe
de los remotos mares bravíos
y de los mundos que voy a andar,
más que tus padres y que los míos
y más que el viento que habita el mar...»

Ambos lloraron. Un ave inquieta
graznó sobre ellos. El humo lento
de las chozuelas de la caleta
blanqueaba, apenas, como un aliento...
Y bajo el cielo más transparente,
tras la fortuna, que se ama en vano,
partió el navío, rumbo a Occidente,
sobre el inmenso y augusto oceano...

Y cuenta el viento que desde aquella
mañana triste, ¡fatal mañana!
acariciada por la doncella
la humilde concha de porcelana,
le habló en su lengua de rumores,
de viajes locos, de pechos fieles,
de remembranzas y devaneos
junto a la borda de los bajeles,
de aves errantes que van a pares
buscando albergue sobre los mares,
de tempestades y de ciclones,
y de esos tristes besos perdidos
que van, con rumbos desconocidos,
bajo las altas constelaciones...

Y el tiempo vino, silente y grave,
siguiendo siempre su ruta ciega,
con el misterio de aquella nave
que en una extraña canción noruega
lleva invisible su casco lento
bajo las brumas del mundo aquel,
siempre azotada de un mismo viento,
con un fantasma por timonel...

Y con los años, la niña hermosa
cuya frescura ya ajaban canas,
mirando al agua desde la choza,
vió marchitarse la tinta rosa

de sus mejillas, antes lozanas...
Aún no clareaba detrás del monte
y ya copiaban el horizonte
sus grandes ojos color de mar;
y en ellos iban las golondrinas,
en sus revuelos de peregrinas,
a ver las barcas ultramarinas
que en lontananza solían cruzar.

Y siempre, siempre la suspirante
y humilde prenda de amor, seguía
contando historias del nauta errante
llenas de inmensa melancolía:
ya eran nostalgias desconsoladas
en lo infinito del mar lloradas;
noches de nieve que el viento azota;
miserias y hambres en tierra ignota;
triste cortejo que siempre avanza
por esas rutas, en que sus huellas
deja, guiada por las estrellas,
la banda loca de la Esperanza...

Y el tiempo alado siguió en su vuelo,
y en sus mudanzas siguió la mar,
y al campo santo más de un abuelo
en la caleta fué a descansar:
siempre escuchando la voz lejana,
la pescadora tornóse anciana;

barcos ignotos, aves de paso
ya del oriente ya del ocaso
la mar surcaban cada mañana;
sólo aquel loco bajel risueño
que al Occidente partiera un día
tras la fortuna, que es sólo un sueño,
en lontananza no aparecía...

Y de la concha susurradora,
la amable historia, doliente asaz,
seguía oyendo la pescadora,
vaga y distante cada vez más.
La sombra triste de otros amores
cruzaba, a veces, por sus rumores...
Hasta que un día trajo el destino,
con los clamores de un torbellino
y entre infinitos ecos perdida,
la última queja del peregrino
sobre una roca desconocida...
Y entre las brumas de la mañana
de un taciturno día de invierno,
sobre cuatro hombros subió la anciana,
vuelta hacia el cielo la frente cana,
por las colinas del sueño eterno...

Dejó la tierra como paloma
que, abandonada, su alero deja
y errante sigue de loma en loma
tras del amado que se le aleja...

Le dió la tumba refugio blando;
y allí, a su lado, siguióle hablando
junto a los mares, el caracol,
del sueño eterno, la eterna espera,
y de este humano vivir soñando
sola y distinta dicha sincera
que el hombre alcanza y alumbra el sol.

Santiago-Talcahuano.
Nov. 1900-mayo 1901.

II

EL BESO

1

Dame un beso, paloma...
¡soy tan joven! Tu beso me levanta
cada vez que la vida me desploma.
¡Soy tan débil! Tu beso me agiganta.
¡Es mi labio tan solo y tan amargo,
es el vivir tan largo,
y es tan inmenso mi temor por eso!...
Fortaléceme, amada: dame un beso.

2

¿Has visto?... El mediodía
me insulta y me condena... Necesito
abrevarme en tus labios, alma mía...
Dame un beso: ¡tu amor es infinito!

¡Gracias! ¡Gracias!... Tú sola no maldices;
tú sabes que soy bueno, y me lo dices;
tú me alivianas de la vida el peso...
¡Otro beso, paloma! ¡Quiero un beso!

3

¡Ha caído la noche!
¡Cómo pasa la vida!... Cejijuntos
nos despiden los hombres... ¡Qué derroche
de tristeza y de amor hicimos juntos!...
Muero de amarte, pero ¡quién pudiera
volver contigo a la pasión primera!
Fué tu amor como túnica de Neso...
Mas, no importa. ¡Fuí tuyo! ¡Dame un beso!...

Santiago, 1902.

III

LA ESTRELLA DESCONOCIDA

A mi maestro don Carlos Cornish.

1

En el fondo de los bosques y en un tiempo ya distante, ignorado de las gentes, un astrónomo habitaba; sabio adusto y solitario, cuyo espíritu gigante como un ave, de astro en astro, por las noches revolaba.

Las luciérnagas venían a parar su vuelo errante sobre la ancha torre antigua donde el alba le encontraba junto al viejo y escarchado telescopio vacilante que en el cielo, eternamente, su pupila fiel clavaba.

Era un alma fugitiva del humano cautiverio;
solitario, cuyos ojos, anegados en misterio,
ya tan sólo se entreabrían al temblor de las estrellas;

ellas sólo consolaban su habitual melancolía;
contemplábalas de noche y, al nacer la luz del día,
retirado en las cavernas, se iba allí a soñar con ellas.

2

¡Pobre anciano! Tiempo hacía que buscaba, loca-
[mente,
los nocturnos resplandores de un incógnito lucero
cuya lumbré nunca vieran reflejarse en el torrente
ni la alondra, por la aurora, ni al crepúsculo el vespero...

Y era extraño... que en el muro de su torre, claramente
cien problemas, ya resueltos, le mostraban el sendero,
y ni el hambre, que odia al sabio, ni la bruma, ni el re-
[lente
lograrían ya arrancarle su celeste prisionero;

moriría, pero el mundo guardaría su grandeza;
su ancha planta arraigaría de la envidia en la cabeza,
y en la tierra, ya perdidos de su tumba hasta los ras-
[tros,

bastaría a los humanos de alma sabia y frente altiva,
levantar a los abismos la mirada pensativa
para hallar allí, su nombre, recogido por los astros!

3

Tales eran sus ensueños y fué tal la cantilena
que escucharan las palomas en el bosque hospitalario,
hasta un día en que, azotado por el viento y por la pena,
no volvió a mirar los astros el vencido solitario...

Nadie vió rodar su cuerpo sobre la ancha y vieja
[almena,
ni una lágrima siquiera visitó su triste osario:
sólo oyóse, vagamente, bajo la alta luna llena,
como el toque desvelado de un remoto campanario...

Murió el sabio, sin dolores: como un viento que
[no siente
que se para; como un lago que se filtra, lentamente;
como un barco envejecido que naufraga en mar tran-
[quila;

y en la torre, desde entonces, misterioso centinela,
siempre fijo, el telescopio la ignorada tumba vela,
reflejando los abismos en su huérfana pupila.

Y allí está... mientras que el astro que el anciano
 [persiguiera
 como a errante fuego fatuo que disipa la mañana,
 siempre ignoto, en lo más hondo del espacio reverbera,
 sin que nunca un rayo suyo dé en la triste senda hu-
 [mana...

Ningún bardo le ha cantado, ningún pueblo le venera,
 no refleja ningún lago su sonrisa soberana,
 no hay amantes que se inquieten por su lumbre men-
 [sajera,
 ni ha alumbrado las errancias de ninguna caravana...

Pero existe, como existe bajo el mudo mar, la perla;
 como oculto en playa oscura, quien delira por cogerla;
 como el genio, en tanta frente que derriba el desen-
 [canto;

y es la lumbre de esa estrella como el alma luminosa
 de aquel sabio cuyo nombre nadie sabe, y cuya fosa
 ni aún conocen las alondras que la alegran con su
 [canto...

IV

EL ESTERO

1

Cruzando una montaña gigantesca
en horas de pasión y sed ardiente,
ansioso de agua fresca
mi labio exacerbado y continente,
llegó, de pronto, a estremecer mi oído
el hondo y plañidero
murmullo de un estero
en quebrada selvática escondido.

2

Era enorme y salvaje la montaña,
mas, salvaje y enorme era mi anhelo;
y rompí la maraña
por libar el incógnito arroyuelo...

¡Qué frescura! ¡Qué paz! ¡Qué voz más clara!
¡Qué luz más transparente
la de aquella corriente
que otro labio mortal jamás tocara!

3

¡Y bebí! ¡Me sacié!... Me dije: apura,
consume un manantial tan cristalino,
que nunca agua tan pura
como ésta encontrarás en tu camino...
¡Y al punto, ante la selva estremecida,
como si me embriagara,
sequé la fuente clara,
partí, llorando, y me perdí en la vida!.. .

Linares, 1900.

V

EN AJENO HOGAR

A doña Elisa Puelma de Barros

Todo, en aquel hogar, me era propicio:
los verdes ojos de la niña Estela,
la mano cariñosa del patricio,
la sonrisa perenne de la abuela;

la madre, siempre triste, que gustaba
de verme, cada noche, en aquel nido,
tal vez porque mi edad le recordaba
su pobre Juan, en hora cruel perdido;

los gatos familiares; las frescuras
de las rosas, en jarras argentinas;
el sabor de las clásicas pinturas
y las graves sonatas peregrinas...

Todo allí me era amable y placentero,
todo allí lo encontraba: grato abrigo
mi orfandad, mis ensueños un alero,
y mi mano escarchada un fuego amigo.

Y, sin embargo, una indecible pena
contristábame allí... Me hacían daño
los tibios besos de esa madre ajena
y el calor de ese hogar, que me era extraño...

Y en tanto que en las llamas de escarlata
del fuego familiar mi vista hundía,
de aquel tibio rincón, como ave ingrata,
se alejaba, volando, el alma mía...

Se alejaba, volando, en la doliente
caravana de amores sin consuelo
que, buscando otro amor, eternamente
vienen y van, bajo el azul del cielo...

.....

¿No has visto alguna sombra, a aquellas horas,
entrar ¡oh madre! en tu aposento amado?
¿junto al fuego tus manos tejedoras,
al sentirse besadas, no han temblado?

¿O escuchando llover, u oyendo el ruido
del mar, mientras rezabas la plegaria,
el clamor angustiado no has oído
de alguna alta y viajera procelaria?...

Es mi sombra; soy yo, que al lado tuyo
vuelo, a entibiar mi desolado invierno;
yo, que hambriento de hogar, en sueños huyo
de este abandono que parece eterno.

Es mi sombra, que hastiada de esta vida
con nostalgias de cárcel y destierro,
tiende, a veces, al viento el ala herida
y va a turbar tu solitario encierro...

Que no hay ojos más nobles que tus reales
ojos, que el tiempo, vanamente, hiere;
ni azulados, ni verdes cual raudales,
pero que son como mi amor los quiere.

Ni hay fuego alguno que fundir los hielos
de mi alma logre cual tu lumbre amable,
ni otra mano, en la tierra ni en los cielos,
que cual la tuya, de ternezas me hable.

Ni hay cuadros, a mis ojos, más grandiosos
que esos pálidos astros centelleantes
que a adorar me enseñaron, temblorosos
tus dedos, en crepúsculos distantes.

Ni rosas que mi espíritu perfumen
cuando me acuerdo de aquel muro ausente
sobre el cual otras rosas se consumen
esperando mi vuelta, inútilmente;

ni música más grata a mi alma sola
que, a tu lado, en las noches tutelares,
las llorosas rapsodias de mi Lola
o el gran rumor de mis nativos mares!.. .

Que pueden las ausencias perpetuadas
dar instintos de fiera al alma buena,
desolarse las almas escarchadas
y en piedra, al hombre, convertir la pena;

y pueden las caricias o el arrullo
del amor, la piedad o la fortuna,
nieblas de olvido o ráfagas de orgullo
sembrar, entre la Vida y nuestra cuna... .

¡Pero nada, ni el tiempo que marchita,
ni del mundo la comba cansadora,
pueden robarnos la visión bendita
del hogar, de su beso y de su aurora!...

VI

EL CANTO DE LOS PAJAROS

En las viñas de abril; en el florido
ramaje del durazno, en primavera;
en el viejo tapial descolorido;
en valles y montañas, dondequiera
se columpie una rama protectora,
cantan las aves al clarear la aurora.

Y no es que busque el ruiseñor del cielo
su pan o que el espacio pueda oírlo,
ni es que llamen las madres al polluelo,
ni pida amor, a su pareja, el mirlo:
tiernas o rudas, líricas o graves,
tan sólo cantan por cantar, las aves...

Es la alegría de vivir, la santa
inconsciencia del labio sin deseos
lo que arranca ese trino a su garganta
y las hace llenar con sus gorjeos
el silencio del alba y del rocío...
Así aroma la flor y canta el río...

Y, asimismo, las almas virtuosas
modulan su canción, no siempre oída,
y alza el bardo sus quejas armoniosas
en medio de las luchas de la vida...
Voz del ave, del bueno y del que sueña,
¿quién te aprende, acá abajo? ¿Quién te enseña?...

No cortemos la rama floreciente
en que el ave se posa; con sonrisa
maligna, no burlemos la silente
virtud que por la sombra se desliza;
divino ruseñor del ala inquieta,
¡flor de flores!... honremos al poeta.

VII

EL LIRIO Y SU IMAGEN

Un lirio montañés, abierto apenas
al borde cristalino de una fuente,
vió en las aguas serenas
reflejarse su cáliz transparente,
y al punto, el inocente,
sin sospechar siquiera
que aquella flor no era
sino una sombra hermosa
fingida por el agua mentirosa,
en su anhelo de amar, rudo y sencillo,
se prendó de su sombra, el pobrecillo.

Cada aurora, la gota de rocío
que la noche dejaba en su corola,
brindábala al ser pío
que así alegraba su existencia sola...

¡Verter rocío en la ola!...
En vano el bosque amigo,
del tierno error testigo,
turbaba la corriente
desprendiendo sus hojas, lentamente;
en vano el sueño del remanso hería:
se iban las hojas, y el amor volvía...

Y así como una amada inclina el cuello
para besar a su amador dormido,
así aquel lirio bello
doblaba el tallo, de esperanza henchido.
De ciego amor movido,
tornaba hacia el amado
su cáliz delicado,
sin advertir la queja
de más de un lirio que hacia el mar se aleja
llorando, sobre el agua mansa y pura,
su tronchada esperanza y desventura.

Hasta que un día, al fin —día implacable
que alcanza a todos y que nadie espera—,
tronchóse el lirio amable
al besar a su ignota compañera...
Cayó en la primavera,
cuando su más jocundo
cantar entona el mundo

y, en bandas, los jilgueros
retozan en los altos durazneros...
Se fué y con él, en la corriente mansa,
se marcharon su sombra y su esperanza.

Y al ver del lirio fenecer la estrella,
musitó, suspirando, la montaña:
Tu propia imagen bella
¡oh dulce juventud! cómo te engaña...
la sirte que te baña
no ves, y sólo miras
el sueño en que deliras
hasta que, al fin, tu empeño
toca la realidad, y muere el sueño...
Mas, sueña ¡oh juventud, de encantos llena!
que el sueño es dulce y la esperanza es buena...

VIII

NARCISA

A doña Carmela Cobo de Espejo

Sobre el mar y en un cerro cuyas cuevas
repechaba, en silencio, el pueblo mío,
como trepa la viña en las enhiestas
colinas riberanas del Bío-bío;
sin sueños de ambición y sin amores,
en su clara casita de madera,
sola con su telar y con sus flores,
habitaba Narcisa, la encajera.

Encantaba aquel nido... Desde lejos
invitaba a volar; en sus balcones
crecían malvas en barriles viejos
y en su huerto claveles a montones,

pelargonias ardientes, cardenales
y alegres maravillas ampulosas,
y un rosal que atestado de nidales
aplastaba el alero con sus rosas.

Y encantaba Narcisa, siempre a solas,
tejiendo y destejiendo, alegremente,
con la malla sutil de las estolas,
la tela de su vida transparente;
o contemplando el mar azul del puerto
en sus nostalgias y piadosas cuitas,
o el techo de la iglesia junto al huerto
poblado de palomas infinitas.

Era Narcisa tan afable y buena
que la llegamos adorar los niños
como a una aya común: de tez morena,
casi joven, vestida sin aliños,
más constantes amigos no tenía
que se acercaran a golpear su puerta,
que nuestra bulliciosa compañía
y el alma, en pena, de su madre muerta.

Eramos diez, y en su jardín verdeaban
diez siembras diminutas; diez jilgueros,
que eran nuestros también, se columpiaban
en sus jaulas de caña, prisioneros;

Cuco, su perro, nos quería; el gato nos mayaba, a la siga, dulcemente, y hasta el azul, sobre aquel huerto grato, parecía besarnos en la frente.

Cada tarde, jadeantes de fatiga, trepábamos por sendas y escalones a saquear el jardín de nuestra amiga o a escuchar sus consejas y canciones; y después, por la noche, ya rendidos, vagar veía más de una alta estrella por la tierra sin luz, entretejidos nuestros ensueños y los sueños de ella...

De este modo, en nosotros, la encajera fué cultivando, con terneza suma, su recuerdo, esta amable enredadera que hoy florece en nuestra alma y la perfuma; dulce oficio con que ella consolaba, sin saberlo, tal vez, en su alegría, su pobre vida del trabajo esclava, que acaso nunca de otro amor sabría...

Pero, un día, ¡catástrofe espantosa! nuestros padres, con ceño tremebundo, nos ordenaron ¡indecible cosa! no ver más a Narcisa en este mundo...

nos hablaron del mal, del Dios airado,
de obediencia filial, de su cariño...
fué aquello cual si hubiéramos robado
un pedazo del alma a cada niño.

Fué un dolor... No estudiamos... Se hizo eterna
nuestra vida... Soñamos con demonios...
Pero nadie rompió la orden paterna;
y ¡adiós! casita azul y pelargonios,
rosal de nieve y madre selva oscura;
y ¡adiós! ella, también, la desterrada,
que acaso moriría de amargura
en tanta soledad abandonada.

Desde lejos mirábamos al nido...
Mas yo, que entonces, al igual de ahora,
sólo escuchaba al corazón, sin ruido
de casa, a tientas, me escapé una aurora;
y a paso de rapsoda, cuando avanza
junto a las tapias o las altas mieses,
subí, lleno de miedo y de esperanza,
por la senda ya hollada tantas veces.

Todo estaba como antes: ni en la loma
se hollaba sangre, ni traía la brisa
olor de azufre, sino el fresco aroma
de la mar y del huerto de Narcisa.

Chispeaba el cielo, y a la voz risueña
del día, mudamente, cerro abajo,
cegados por el sol, como quien sueña,
bajaban los obreros al trabajo.

Un gallo rezagado, sobre el techo
de la iglesia cantaba, alegremente,
y allí estaba, cual siempre, en el repecho,
la casita modesta y sonriente;
y allí estaban los altos cardenales
y las malvas humildes y la orquesta
de enjaulados jilgueros y zorzales,
todo bañado por un sol de fiesta.

Entré al huerto. Temblábanme de frío
las manos yertas y, pisando quedo
sobre el pasto cubierto de rocío,
llegué a la puerta, la golpeé con miedo,
y una anciana salió, desconocida
para mí, que con gestos de enfermera
me suspiró: «¿La quieres ver, mi vida?»...
y yo, temblando, contesté: «Quisiera»...

Y entré en la casa, como entró Aladino
de la cueva encantada, en el sosiego...
¡Qué misterio! Roncando en el camino
Cuco dormía, y al amor del fuego

otra vieja, cubierta y encorvada,
puestos en trenzas los cabellos canos,
conversaba con Dios, sin decir nada,
revolviendo un rosario entre las manos.

Subí al cuarto... Narcisa estaba en cama
y, a su lado, una lámpara mezquina
la iluminaba con su pobre llama;
el telar, olvidado en una esquina;
ni un rumor, ni una queja, y solo amigo
bajo aquel techo que quisimos tanto,
un jilguero colgado en el postigo,
que llamaba a los otros con su canto.

«¿Eres tú?» con voz trémula y marchita
Narcisa, al verme, suspiró angustiada,
«Vete, vete, mi bien, que estoy maldita...
pero calla ¡por Dios! no cuentes nada...»
y apartando de mí su cara hermosa,
quiso esconder en su desnudo pecho
una criatura de color de rosa
que dormía a su lado, sobre el lecho...

¡Qué sorpresa! Paréme, amedrentado;
pero luego, riendo y en puntillas,
lleguéme a ver a aquel recién llegado
y a tocarle, temblando, las mejillas.

¡Era un ángel!... ¡Qué dedos tan pequeños!...
No pude más, y respirando apenas
eché a correr, como se corre en sueños,
ya sin dudas, sin cuitas y sin penas.

Y volé, devorando los instantes
como loco plumón que el viento lleva,
cerro abajo, temiendo morirme antes
de contar a los otros la gran nueva;
y en aquella mismísima alborada,
al sueño alegre y al candor propicia,
no hubo niño, ni pájaro ni almohada
que no escucharan la feliz noticia...

Ya Narcisa tenía un compañero
que alegrara sus años... Dios, que vela
por la dicha de todos, justiciero,
y que a pobres y débiles consuela,
en un barco venido de la China,
de una estrella guiado por el rayo,
un chiquito de boca purpurina
le había enviado, cuando canta el gallo,

VIII

TRAMONTO ROMANO

(1918)

TRAMONTO ROMANO

(*fragmentos*)

Montes Albanos, 1912.

A Paul Claudel.

I

¡Oh los raptos del alma, peregrina
del Lacio taciturno en la campaña,
cuando el sol, por el ángelus, declina,

y de amor se sonroja la montaña,
y por el pasmo, como el mundo, herido
el espíritu, en lágrimas se baña!..

Solitaria, en su valle dolorido,
Roma soñaba, tras las brumas de oro
de su eterna esperanza y de su olvido.

Dios vaciaba en el cielo su tesoro
vesperal, y plañendo en las colinas
de Alba, la madre, despertaba el coro

de los espectros, de las altas ruinas
en que el grillo se queja, y sus canciones
eternizan las fuentes cristalinas;

linfas en que apagaran los Catones
su sed de eternidad, y en que bañara
Cicerón, bajo el sol, sus oraciones...

Cantaba en nuestras almas la voz clara
de Italia y triscador, en nuestras venas,
sus locuras Dionysos derramara,

cuando el ángelus, la hora, las almenas
incendiadas, la Cúpula distante,
y las montañas de silencio llenas,

plegaron nuestro labio en un instante,
y unieron, con el hombre y la alimaña,
al pasmo universal nuestra alma errante...

Callamos... que enmudece ante alma extraña
el hombre, aunque solloce interiormente
como llora en sus antros la montaña.

Extranjeros, marchábamos, la frente
pensativa, sin ver que, paso a paso,
se apagaba la vida, dulcemente...

Viajaban nuestras almas, al ocaso
o al orto; cada sueño al lar que viera
su adiós postrero o su primer abrazo.

Quien, hollaba sus nieves; quien, la austera
soledad de sus landas conmovía
con sus pasos; quien, viejo, a una quimera

moribunda sus quejas ofrecía:
patrias, tumbas, amores, ideales,
nos abrazaban al morir del día...

II

Yo, ¡mi Patria! en tus labios inmortales
consumía los míos, y en tus ojos
como dos astros, mis pupilas leales;

desgarraba mi planta en tus abrojos,
y me embriagaba de placer y orgullo
al resplandor de tus recuerdos rojos;

arrullaba mis sueños con tu arrullo,
y me encumbraba con tu voz leonina,
¡cóndor que vas al sol! ¡rosa en capullo!...

¿Quién nace como tú? ¿Qué dios camina
sobre muslos más sólidos? ¿Qué lanza
de mozo con más ímpetus fulmina?

¿Qué Arauco en floración al tuyo alcanza?
¿Quién lleva, como tú, su pobre ofrenda
al Dios de la verdad y la esperanza?...

Alba —y alba eres tú— plantó su tienda
en cráteres y riscos menos duros
que los tuyos... Escucha su leyenda,

pide lumbre a su hogar, antros oscuros
exaltan sus proféticas sibilas,
oye el secreto de sus hombres puros,

hunde tu corazón y tus pupilas
en sus míseras chozas y en sus pajas
que no fueron más nobles que tus «quilas»...

Mira su desnudez: no hay más alhajas
de sus mujeres en el lar fecundo
que las Cornelias; ni en su adiós, mortajas

otras que el polvo y el orar profundo...
Abrévate en el diáfano torrente
que fué inmenso diluvio y cubrió al mundo...

Llevó Roma su casco refulgente,
como una antorcha, por los campos arios,
y aún preside su espectro al Occidente.

Nació Cristo del mal de sus sicarios,
el Panteón dió a la Cúpula su línea,
y a la Cúpula el sol tus incensarios...

Tuya es su Ley, y es suya tu fulmínea
lanza, y son tuyas, como el mar sonoras,
tu palabra y tu cítara apolínea...

¡Grandes fueron su día y sus auroras,
largos son sus crepúsculos: eternos,
eternicen sus siglos nuestras horas!

III

Rieguen ¡oh Chile! tus torrentes tiernos
las raíces del árbol milenario
que escarcharan, otrora, los inviernos

del Lacio triunfador y visionario;
de su antigua virtud que al fiero olaje
del mal se hundiera con estruendo icario...

Hay un árbol que engolfa su ramaje
en los espacios en que el fuerte briga
por llevar hasta el cielo su homenaje;

nobles espectros su opulencia abriga,
sombras de héroes y dioses que a una rota
más alta incitan la triunfal cuadriga.

Su tronco, desgarrado, gota a gota,
vierte mieles que embriagan como vinos
olímpicos el pecho del patriota.

A su sombra se ayuntan los destinos:
El es la Tradición, clarín sagrado,
numen de Alba y altar de sus caminos;

aguijón por los dioses acerado
que el orgullo agiganta y la mezquina
soberbia entrega a la irrisión del hado...

Sólo muere su Loba matutina
cuando senil, y criminal, y errante
la garra del olvido la asesina...

Medio hundida en su tumba, delirante,
negaba Roma el pan a su alimaña
materna... Cayó Grecia, en un instante,

con su epopeya y con su Olimpo. España
reía a carcajadas de su Loco
divino, cuando Dios la hirió en la entraña.

De la Francia inmortal, celeste foco,
leona con la infecundia escarnecida
por su olvido filial, ya queda poco.

Aún se aferra a su espada y a la vida
el Nibelungo y las Walquirias cantan
en los banquetes de su edad florida.

Aún al son de sus salmos se levantan
hasta el cielo los anglos verecundos
y a sus pasos los mares se agigantan...

¡Que así triunfa la ley de los fecundos,
de los grandes del bien y de la gloria
que bautizan los astros y los mundos,

y así abisma el destino la memoria
de los que envenenaran sus cisternas,
ludibrios de la vida y de la historia!...

IV

¡Oh verdades fatídicas y eternas,
voz del tiempo, clamores inmortales
que agrietaran las délficas cavernas;

diana heroica en las cunas imperiales,
cántico en Alba y lúgubre alarido
de Roma en las seniles saturnales;

trueno con que Jehová dictó al Ungido,
sobre el Sinái, su perennal mandato,
rayo desde el Olimpo enfurecido;

épico estruendo a los Homeros grato,
delicioso al profeta, en su amargura,
y a Tirteo en su lírico arrebató!...

¡Parte, oh voz secular! Deja la obscura
selva en que Roma, nueva Sion, delira;
acaricia, al pasar, su desventura,

y al grito de mi fe, la comba gira
del orbe occidental, sobre el oceano
en que sueña la Atlántida, y suspira...

Esa, que a tu ala astral tiende la mano,
radiante y sola como un astro, es ella,
mi América gentil, brote romano,

Catay del sueño, suspirada estrella
que alumbrara a Platón en su camino
y a Virgilio en su lírica querella...

No temas que tu estruendo peregrino
turbe su aurora o su coraje espante:
Dios mora en su alma y Cristo en su destino;

España, la inmortal, la Dama Andante
del cielo y de la tierra, le dió vida;
si el férreo Lusitano fué su amante,

Francia canta en la cuna bien nacida
de sus cachorros; y la yergue el trueno
del Dante, cuando el Monstruo la intimida...

¡Bien está tu esplendor bajo el sereno
Palio de luz con que el Señor cubriera
su lar frondoso, de esperanzas lleno;

bien tu augurio en la cúpula cimera
que la Cruz y sus himnos divinizan;
triunfa en su noche tu palabra austera

y en su alba altiva, tu clarín; bien rizan
tus tempestades las inmensas aguas
en que sus carabelas se deslizan;

bien se forjan tus bronces en sus fraguas,
y bien soportan, cual tu Olimpo, eternos,
el trono de tu Dios, sus Aconcaguas! . . .

Baja, sibila antigua, a sus avernos;
domen la tempestad de sus Tabores,
Faros de Sion, tus rutilantes cuernos;

marchen tus torbellinos rugidores
ante sus pasos, cuando el sol la ciega,
y en sus noches sin astros, los fulgores

de tus alas olímpicas despliega.
Dale tu verbo, que es clarín que incita,
razón que enfrena y músculo que brega.

Tu espíritu la forje, eterna llama
del sol de la verdad: el que ilumina
como un incendio, el tenebroso drama

en que el hombre se aturde y descamina;
el que es revelación, el que es consejo,
y fuente que refleja, cristalina,

el vicio y la virtud, como un espejo;
da al mundo nuevo tu potente mano,
como en su hora pueril la diste al Viejo...

V

¡Se cumplen los horóscopos! No en vano
clamara la sibila en los nopales
del Anahuac, su vaticinio arcano,

y escucharan los cóndores caudales
del gran Tahuantisuyo, en la Alta Sierra,
trono del Inca, sus promesas reales...

La voz de los oráculos no yerra:
ya América está en pie, ya el férreo mozo
que Virgilio anunció, cubre la tierra

de amor, de primavera y de alborozo.
Su cuerpo musculado centellea
bajo el beso del sol. Despunta el bozo

sobre su labio en que el amor gorjea,
la prez murmura y se estremece el canto.
No fué más bello en la llanura hebrea

David, cuando, inflamado en fuego santo,
a la vida surgió, bélica aurora,
y altivo como un dios, sin otro manto

que el de su adolescencia triunfadora,
por arma sola el pedernal certero,
la agreste cabellera que el sol dora

como yelmo triunfal, divino hondero,
símbolo eterno del ideal que encima
la fuerza, tumbó al cíclope altanero,

¡y en su ruina gigante, hasta la cima
remontóse en que, indómita, la eterna
juventud se corona y se sublima!...

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCIÓN CHILENA

I X

P E R E G R I N A N D O

(1905 - 1952)

I

SENSUM VITAE

Que otros busquen tu sentido
o inquietan ¡Vida! tu intento;
ya no te peso ni pido,
te bendigo o te lamento;
lloro tu amor o tu olvido:
vivo al viento...

Soñé, otrora, en tu corriente
sondar el fin de tu abismo
y, como el sauce en la fuente
maternal, me hallé a mí mismo...
¡Ay! lloraré, eternamente,
tu espejismo...

Temerario y no vencido,
grité mi ansia a las estrellas,
y mi alma— planeta herido—
se alejó a volar con ellas...
¿Soledad?... ¿silencio?... ¿olvido?...
Son sus huellas...

1905.

II

AMOR Y MUERTE

Cegaste ¡amor! mi alma errante
con tu loca llamarada,
y ebrio de ti, vi un instante,
flotar a Dios en mi nada...

Besé en la boca al destino,
rosas poblaron mi invierno
en aquel pasmo divino
que en mi candor creí eterno...

Hoy que, llorándote, invoco
tu espectro, que nunca expira,
detesto el éxtasis loco
en que me hundió tu mentira;

maldigo tu paroxismo,
¡falsario! que en mi hora insana,
la majestad de Dios mismo
diste a la muerte, tu hermana...

1907.

III

ALMA...

¡Alma! el calvario y el amor son uno,
para subir a Dios no hay dos escalas;
fuera de ellos, camino no hay ninguno
para la gloria: aquéllas son sus alas...
Ciego, rueda el orgullo al precipicio
de las angustias; y el placer, al vicio...
Fuera de ellos, no hay rumbo conocido
para la muerte y el eterno olvido.

1908.

IV

AMIGOS...

¡Amigos! melancólica es nuestra edad... Aguardan
sombras al visionario.

Las madres se despiden y las esposas tardan...

Ebria, la tierra danza no sé qué vals de muerte...
¿Dios se agita en su osario?...

¡Despertemos, amigos, antes de que El despierte!...

1909.

V

MAS QUE LA GLORIA...

Más que la gloria y más que un alto nombre,
más que el amor, que al odio se eslabona,
la amistad, triunfo obscuro, es para el hombre
su honor más alto y su mayor corona.

1909.

VI

SELVA OSCURA

¡Dante! ¡Padre y Mentor! Tu selva oscura
me angustia el alma y me desgarrá el pecho;
tu loba inexorable me tortura;

tu pantera crüel duerme en mi lecho;
tu noche me atormenta; rugidora,
cierra tu leona mi camino estrecho...

Surge una estrella, y creo que es la aurora;
rueda un guijarro, y se me apaga el mundo...
Tu fe me encumbra y tu terror me azora.

Si enorme tu dolor, sé milenario
tu triunfo... Mas ¡qué lento es el consuelo
de tu Beatriz! ¡Qué amargo tu calvario!...
¡Dante! ¡dame tu luz! ¡ábreme el cielo!...

1910.

VII

FONTANA CANDIDA

A Honorio Henríquez, amigo fiel.

Para mí, nada pido.
Dadme una rama de árbol, una roca,
y las tendré por nido.

Mi nombre, pronunciado
con ánimo gentil por vuestra boca,
me hará creerme amado.

Evocad mi memoria
al ver una luciérnaga, una estrella,
y me daréis la gloria . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN GUAYANES

Pobre es mi celda, pero
a veces canta o se lamenta en ella
el universo entero...

¡Mi ideal!... lo harta un perfume
de yerba fresca; en la oblación de un beso
su mole se consume.

Llama que al cielo amaga
es mi ambición... que un niño cruza, ileso,
y una lágrima apaga.

¡Todo lo tengo! y, breve,
cabe en un verso mi caudal: más grave
es un copo de nieve.

Detesto el mal, y sigo
su pñara, ¡mi carne bien lo sabe!
pero a mis jueces digo:

dolor me apacentara...
soy el loto que sorbe en agua impura
su aroma y su miel clara...

mi cuerpo, con sus lodos,
¡dejádmelo! que es mío... con su albura,
mi espíritu es de todos...

Y así, aspirando al cielo,
y aspirando a la tierra, y aspirando
a la quietud y al vuelo,

en este inquieto viaje
me siento derribar, de cuando en cuando,
por el contrario olaje...

Y duermo... Y en el sueño
me pregunto: ¿Quién soy? ¿Quién me conoce?
¿Estoy despierto o sueño?

¿Es crimen, es mentira
el placer que me aflige?, ¿Santo goce
el dolor que me inspira?...

Y alguien responde... acaso
el ángel bueno, que me guarda; el malo,
que me perturba el paso;

¿Dios mismo? ¿acaso Cristo,
por la boca del lodo en que resbalo,
del lirio que conquisto?...

Y el dictamen obscuro,
bajo el aire celeste, en la vigilia,
deformo o transfiguro

en dádiva secreta;
en salmo de esperanza, a la familia,
al amigo, al poeta;

en hieles del despecho;
en áspid que amenaza por la espalda...
y me emponzoña el pecho;

en un meditar, solo;
o en hoja y flor que en ática guirnalda
tiendo a los pies de Apolo...

Ya aletazo aquilino
toca mi ciega fuente, y va a los vientos
el chorro cristalino,

milagroso fantasma
que enloquece a los pájaros sedientos
y a los árboles pasma...

Ya mi ala a Dios exalto,
y mi pluma se inflama como loca
en Su fanal más alto...

Ya mi bordón requiero,
y no aquieta mi labio hasta que toca
la sandalia de Homero...

¡Tu cielo azul! ¡mis lares!
¡patria, nevado monte, casa vieja,
roble de mis cantares!

¡que tu amor me apacigüe!...
quiero ser en tu rama dulce abeja...
solitario copigüe...

Y tú, que el agua acreces
del mar en que me esperas, con tu llanto,
¡madre!... ¿no fuí mil veces

golondrina en tu alero,
Rey Mago en tu pesebre, en tu quebranto
serenador lucero?...

¡Oh amor! Para invocarte
unjo de aromas finos mi piel ruda;
mírome en tu agua, aparte;

Para abolir tu reja
pido al hambre su súplica más muda;
a la torcaz, su queja;

y si me das oído,
y me entrega su miel tu labio joven,
a tu más hondo nido

vuelo a asilar mi aurora,
¡para que las alondras no me roben
la eternidad de tu hora!...

*

Mas ¡ay! nada perdura...
Murciélagos me ve la tarde triste;
candil, la noche oscura.

Cabe la turbia poza
gime la rana humilde; por su alpiste
mi ruiseñor solloza...

Dios, patria, amor, ensueño,
¡se me apartan!... Destíleme el olvido
su embriagador beleño,

y me entrego a mi suerte,
¡frágil alga que azota enfurecido
un aquilón de muerte!.. .

*

Y al vendaval, el alga:
—Muévate ¡oh Dios! mi lóbrego destino;
mi confesión me valga.. .

Y al alga, el vendaval:
—Flota y canta.. . Serás carbón divino;
te mudaré en cristal.

Roma, 1916.

VIII

PANICA

A Luis Fernando Veloz.

¡Huye, balandra! ¡vuela!
¡llega a Capri! la noche nos alcanza!
Más que tu loca vela
corre sobre el Tirreno mi esperanza. . .

Ya el sol se precipita
en su ocaso llameante; ya Sorrento,
roja de amor, palpita;
carne se hace la roca; beso el viento. . .

Las ondas tienen venas
como senos fecundos; las campanas
cantan como sirenas;
Pan delira en las grutas riberanas. . .

¡Huye, balandra! hiende
del homérico golfo los cristales;
ya Nápoles enciende
en la playa remota sus fanales;

ya entre olímpicas brumas
su humeante cráter el Vesubio esconde...
calla el Averno en Cumas,
Báia canta; Pompeya no responde...

Llévame ¡oh barco!... Acuna
la quimera sin rostro que persigo...
¡Tú raptas mi fortuna!
¡Mis sueños de poeta van contigo!...

¿Amor? ¿belleza? ¿gloria?
¿ansias de eternidad o de infinito?...
¡Bajel, toda mi historia
se cifra en esta fuga y este grito!...

Capri, 1917.

IX

SPES VNICA

A D. Angel Alessandrini Pace

Ya está de vuelta la nieve,
la inconstante, la liviana;
el otoño —sueño breve—
deshojóse esta mañana;

sólo ayer verano ardía,
y la alondra tempranera
ya se acerca,—voz de un día...—
¡Qué torrente! ¡Qué carrera!

¡Qué fuga! en que, aniquilado,
miro, al fin, del tiempo cruel,
cuánto espero y cuánto he amado!...
¿No habrá quien me salve dél?...

¿La ciencia? ¿el oro? ¿la espada?
¿la humana gloria? ¿tú mismo,
potente amor?... ¡Si sois nada!
¡Si os traga, al cabo, ese abismo!...

¡Corazón, afirma el pie
en la sola roca fuerte
que, inmóvil, triunfar se ve
sobre este aluvión de muerte!

¡Alma, que lo eterno añoras,
tiende el ala al solo viento
que no aniquilan las horas
y debe al Cielo su aliento!

La Cruz, que imploran tus ojos
es roca viva, y es luz...
¡corazón, ponte de hinojos!
¡alma, abrázate a la Cruz!...

X

FAROS

Faros paternas
que alumbrasteis mi largo camino
angustiado de sirtes glaciales,
de cálidas trombas, de calmas letales;
en que, a ratos, vino
a silbarme su ¡adiós! el destino,
la muerte a ofrecerme su licor amargo,
sus abrazos rojos,
su descanso largo. . .

Vigilantes ojos
que hicisteis más claras y bellas
mis noches radiantes de amor y de estrellas,
en que el Gran Piloto piloteó mi nave,
me abrió sus ferrados torreones,
quemó para mí sus carbones,

abrigó en sus brazos mi fatiga impura
y vació en mis venas, con su ron divino,
la llama que al zíngaro vil transfigura
en celeste peregrino...

Faros tutelares,
guías de mis mares:
¡Qué verde es la tierra! su playa ¡qué mansa!
Al calor de otra alma ¡qué tibio el invierno!
¡Cómo alivia el llanto cabe el lar paterno!
Bajo el árbol patrio ¡qué bien se descansa!...
Antes que a la mía dieron vuestros focos
a otras almas ciegas su divina lumbre;
mas, ¡cuántas aún lanzan sus clamores locos
bajo cielos sordos a su pesadumbre!...
Mostradles ¡oh Faros! el Catay glorioso;
dadles el reposo:
¡la cumbre!

1919.

XI

AD ASTRA

(A Ella...).

¡Vela que, dulcemente,
nos meces y nos llevas,
sobre la mar riente,
hacia alboradas nuevas;

vas de la dicha en pos,
vas en pos de la Vida,
piloteada por Dios,
por el amor henchida!...

1925.

XII

COMUNION

A Juan Mujica, poeta.

¡Vuelvo a ser niño! . . . cándida la aurora,
diáfano el sueño, milagroso el día . . .
Como al borde del nido, el alma, pía
ante la inmensidad arrobadora . . .

La madre . . . el Ángel . . . la piedad que aflora . . .
Y en los vitrales de la noche fría,
el burrito en la luna, con María
y el Niño, en brazos, que bendice y llora . . .

¡Oh milagro de Amor! . . . ¡vuelvo a ser niño!
¡Soplo de eternidad mi polvo orea!
¡Transfigúrame el Astro de Justicia!

Y en su inocente túnica de armiño
pasa Jesús . . . ¡Jesús de Galilea!
que en sus brazos me toma, y me acaricia . . .

1952.

INDICE

	Págs.
Alero	5
Dedicatoria	7
Diego Dublé Urrutia y su obra lírica	9

PENSAMIENTOS DE LA TARDE

I.—Mi laúd	39
II.—Alas enfermas	41
III.—Hipocresía	43
• IV.—La campana de las capuchinas	46
V.—La luna	48
VI.—Armonías	50
VII.—Cartas	53
VIII.—Las hojas	55
IX.—Esperanza	60
X.—Brillaba	63
XI.—Año Nuevo	65
XII.—Flor de otoño	67
XIII.—Alter ego	69
XIV.—Nenúfares	72
XV.—En vacaciones	73

	Págs.
XVI.—Un viejo	75
XVII.—Lágrima	76
XVIII.—Azahares	77
XIX.—El otoño	78
XX.—Por un camino	82
XXI.—A bordo	85
XXII.—En la Pascua	87
XXIII.—Director	90
XXIV.—Corazón marchito	92
XXV.—Mis canciones	95
XXVI.—Paz	96

REMINISCENCIAS

I.—Preludios	99
II.—El recuerdo	104
III.—Desde lejos	109
IV.—La tierra	112
V.—En el fondo del lago	117
VI.—La inspiración	119
VII.—Primavera	123
VIII.—Naturaleza	126

MELANCOLIA

I.—Crepúsculo	131
II.—Las hojas	135
III.—Feliz, ¡oh, tú!	138
IV.—Noche lírica	140
V.—A un alma buena	145
VI.—Lágrimas	148
VII.—Los viejos	151

	Págs.
VIII.—Voces íntimas	154
IX.—¡Se fué!	159
X.—En la noche	162
XI.—Piedad	164
XII.—Tarde	165
XIII.—La eterna lucha	167
XIV.—Angustia	171

HOJAS DE ALBUM

I.—Balada	175
II.—A una novia	178
III.—A Roxana	180
IV.—Graciela	182
V.—Soledad	183
VI.—Carmen	184
VII.—Atlántida	186
VIII.—En la partida	188
IX.—Laurita	190
X.—Luisita parte de Roma	193
XI.—Grabado en una copa	196

LA VOZ DE LA RAZA

I.—La voz de la raza	199
II.—Selva patria	202
III.—A Eduardo de la Barra	208
IV.—Las minas	215
V.—El corsario	222
VI.—La heredad perdida	224
VII.—A Manuel Barros Borgoño	229
VIII.—Baja marea	239
IX.—El lanzamiento	244

LA PROCESION DE SAN PEDRO Y BENDICION
DEL MAR EN TALCAHUANO

	Págs.
En las calles	253
En el mar	257
Epílogo	261

POEMAS

I.—El caracol	265
II.—El beso	271
III.—La estrella desconocida	273
IV.—El estero	277
V.—El ajeno hogar	279
VI.—El canto de los pájaros	284
VII.—El lirio y su imagen	286
VIII.—Narcisa	289

TRAMONTO ROMANO

Tramonto romano (fragmentos)	299
------------------------------------	-----

PEREGRINANDO

I.—Sensum vitae	313
II.—Amor y muerte	315
III.—Alma	317
IV.—Amigos	318
V.—Más que la gloria	319
VI.—Selva obscura	320

	<u>Págs.</u>
VII.—Fontana cándida	321
VIII.—Pánica	328
IX.—Spes vnica	330
X.—Faros	332
XI.—Ad astra	334
XII.—Comuni3n	335

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
A LOS VEINTICINCO DÍAS DEL
MES DE ABRIL DE 1953,
EN LOS TALLERES GRÁFI-
COS DE LA EDITORIAL
NASCIMENTO, EN
SANTIAGO DE
CHILE

